
El color del anhelo
B. E. RAYA

ÍNDICE

RESEÑA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Notas del autor

RESEÑA

Kanao Nash creyó que adaptarse a su nueva vida sería su mayor desafío, pero estaba equivocada. Después de varios meses en la ciudad, comenzó a comprender que su verdadero reto era entender su propio corazón. La relación con Elizabeth Macmillan, la mujer perfecta y siempre distante, se vuelve cada vez más confusa y peligrosa para ambas. Además de que tiene que tomar importantes decisiones y sus valores y prioridades no siempre son compatibles con la forma de pensar de la persona de la cual se está enamorando.

Elizabeth Macmillan intenta mantener la serenidad y la compostura ante todos, pero los días junto a Kanao empiezan a resquebrajar las paredes que tanto tiempo le costó construir. Entre momentos de necesidad, miradas que arden y palabras que hieren, nace un anhelo que ninguna de las dos se atreve a nombrar.

Ambas tendrán que enfrentarse a sus creencias, sus prioridades y a un mundo que no está dispuesto a aceptar lo que sienten. Porque aceptar ese deseo significaría derrumbar las vidas que construyeron, y quizás perderlo todo.

Kanao nunca imaginó que el mayor peligro de su nueva vida sería su propio corazón. Elizabeth siempre mantuvo el control, hasta que los ojos de Kanao comenzaron a perseguirla incluso en sus sueños.

Una historia de deseo, anhelo y amor prohibido, donde cada decisión puede cambiarlo todo.

Capítulo 1

Kanao estaba, una vez más, en medio de las lobas. O, mejor dicho, damas de la familia Macmillan. ¿Algún día se sentiría cómoda entre ellas? Lo dudaba sinceramente. Con el tiempo había aprendido que, aunque sus sonrisas fueran corteses y sus palabras amables, muchas de ellas dominaban el arte de ser personas pasivas-agresivas. Sus ojos, sin embargo, siempre decían la verdad. La mayoría de ellas toleraban a su madre y a Kanao porque debían hacerlo, no porque las apreciaran de verdad.

Por suerte, como una aparición salvadora, Elizabeth Macmillan emergió de entre la multitud. Kanao jamás lo admitiría en voz alta, pero agradeció profundamente su presencia en la reunión de la tía Olga.

—Kanao.

La llamó con suavidad, sin siquiera mirar a sus parientes.

>>—Ven conmigo.

Elizabeth le ofreció la mano, y Kanao, mortificada por ser el centro de atención una vez más, aceptó su mano y permitió que la guiara. No solo la miraban con juicio, ahora también se notaban claras expresiones de desdén. Elizabeth, imperturbable, la condujo fuera del aquelarre de sonrisas envenenadas. Sin soltar su mano, caminaron por un largo pasillo hasta llegar al jardín trasero, al rincón más verde y florido.

Para sorpresa de Kanao, una manta de picnic las esperaba sobre el césped, junto a una botella de vino y dos copas. Elizabeth se sentó con elegancia frente a ella, quitándose los tacones y acomodándose sobre los almohadones con despreocupación.

—Elizabeth, nos pueden descubrir.

Susurró Kanao, mirando hacia la casa con inquietud, temiendo que alguien las espiara. La sola idea de que sus padres descubrieran su relación la helaba.

—¿Y qué importa?

Replicó Elizabeth con indiferencia, jalándola suavemente para que se recostara a su lado.

Kanao dudó; el corazón le latía con fuerza. Pero la paz en el rostro de Elizabeth le transmitió calma. Al verla cerrar los ojos, sus propios párpados comenzaron a pesar. Sin poder resistirse, cayó rendida por el sueño.

Por un momento, su mundo se esfumó en una espiral de vergüenza y alivio. Al recobrar la conciencia, estaba mirando un cielo despejado que le recordó a Honolulu. Todo era más sencillo allá. Estaba recostada junto a Elizabeth, hombro con hombro.

Cuando sus ojos se encontraron, Elizabeth soltó una risa suave, rodó sobre su costado y colocó una mano sobre su vientre apenas abultado. Kanao sintió que el aire le faltaba. Pero la sonrisa de Elizabeth era genuina. Ella, siempre tan digna y elegante, rara vez mostraba algo tan sincero.

Elizabeth se inclinó, le dio un beso corto pero significativo en los labios y la atrajo contra su cuerpo. Kanao sintió cómo el cansancio se apoderaba de nuevo de ella, más fuerte que antes.

—Descansa, Kanao.

Susurró Elizabeth.

>>— Tú y el bebé lo necesitan.

Su voz fue como un soplo cálido en su oído. Kanao asintió apenas y, sin poder luchar más, se dejó arrastrar por el sueño.

Ahora mismo, sentía calor y una paz inusual. Envuelta en una manta suave, Kanao se dejó llevar por esa sensación de seguridad. Su cuerpo era demasiado pesado para moverse, pero alcanzaba a oír voces lejanas.

—Está muy deshidratada y tiene el pulso elevado.

Dijo una voz masculina desconocida.

—¿Tendrá que quedarse en el hospital?

Preguntó su madre, con tono preocupado.

—No es necesario. Confirmamos que sus malestares son propios del embarazo. Pueden llevarla a casa. Necesita reposo, buena alimentación y una cita con un obstetra lo antes posible.

Respondió el médico. ¿Embarazo? Todo volvió a su mente como una avalancha. El picnic, Elizabeth, el beso… Solo había sido un sueño. Una fantasía desesperada. Kanao no tenía fuerzas para entrar

en pánico. Solo podía cerrar los ojos y dejarse arrastrar otra vez por el agotamiento.

❀

Cuando despertó de nuevo, lo primero que vio fueron los rayos del sol filtrándose por la ventana. Recordaba vagamente a Eliot cargándola, colocándola en la cama. Qué humillante. Había llegado en ambulancia, como si fuera una persona con discapacidad. Pero, al mismo tiempo, deseaba que el mundo desapareciera.

Estaba sola en la habitación. Se incorporó con dificultad, notando lo débil que se sentía. Al llegar al baño, se miró en el espejo y deseó no haberlo hecho. Su rostro estaba pálido, ojeroso y su cabello era un desastre. <<Aún más de lo que siempre era>>

—Qué estúpida fui.

Murmuró.

—Ah, ahí estás. Pensé que te habías escapado.

Dijo Eliot desde la puerta del baño.

>>—No deberías estar fuera de la cama.

—Tenía que ir al baño.

Contestó esquivando la mirada.

—Debiste llamar a alguien. ¿Y si te desmayas?

—Ya me siento mejor. No soy una inútil.

Respondió con frialdad.

—Nunca dije eso.

Eliot suspiró.

>>—Solo nos preocupamos por ti.

Kanao bajó la cabeza.

—No todos.

Susurró, conteniendo las lágrimas. Eliot intentó disimular su disgusto. Él sabía muy bien a quién se refería Kanao.

—Vamos, regresa a la cama. Ya viene tu desayuno.

Dijo señalando la habitación. Kanao agradeció que no insistiera ni la ayudara a caminar. Le aliviaba conservar un poco de dignidad.

—¿Cómo está mi madre?

Preguntó al acomodarse. Eliot alzó una ceja.

—¿Tu madre? Está bien. No fue ella quien se desmayó.

—Me refiero a si está… ¿Decepcionada?

Dijo, frotándose las manos. Eliot se sentó a su lado.

—¿Por qué lo estaría?

—Por todo esto…

No pudo decirlo. Se cubrió el rostro con ambas manos.

>>—Terminé con Rubén antes del compromiso de mamá. Me engañó. Estaba tan abrumada por la boda, la mudanza… olvidé por completo mi periodo. Además, siempre usamos protección.

Dijo, avergonzada.

—Bueno, todo hombre sabe que el guante de plástico no siempre funciona.

Hizo una mueca.

—Y respecto a la infidelidad… bueno, algunos hombres son idiotas. Y los embarazos no planeados son más comunes de lo que crees.

Murmuró Eliot.

—Y ahora esto… estoy embarazada. ¡No puedo estarlo!

—Las pruebas son positivas.

Respondió con calma.

>>—Mi padre ya está buscando al mejor obstetra de la ciudad. Nadie está molesto.

—¿Ni siquiera tu padre?

—No, él está encantado. Sin vergüenza, asegura que perdió la esperanza de que Elizabeth o yo lo hagamos abuelo. Tú le estás cumpliendo un sueño.

Al mencionar a Elizabeth, Kanao se tensó. Eliot lo notó y se mordió el labio.

>>—Lo siento. No quise…

—No importa.

Lo interrumpió. Se tumbó de lado, dándole la espalda. Miró a la pared, sintiéndose tan perdida como el día en que llegó. Pronto la juzgarían, la señalarían, y debería tomar una decisión difícil.

Elizabeth… ya no estaba. Kanao sabía que a Elizabeth no le gustaban los niños. No podía culparla por darle la espalda. Esto era

un lío que solo ella debía resolver. Un embarazo no planeado. Un futuro incierto. Y un corazón roto.

—Kanao.

La voz de Eliot apenas fue un murmullo.

>>—No tienes que decidir nada ahora. Todo estará bien. Te apoyaremos, incondicionalmente.

Kanao apretó los labios. Agradecía sus palabras… pero no se hacía ilusiones. Nada sería fácil. Como siempre, terminaría decepcionando a todos. Y también a sí misma.

Capítulo 2

Elizabeth entró en la habitación de Kanao tambaleándose gracias a la botella de whisky que había bebido, acompañada esporádicamente de tragos de coñac y vodka cuando se acabó el whisky.

Tres combinaciones bastante peligrosas, así como peligrosa era la situación a la que se enfrentaba. Ni siquiera debería estar ahí. Había evitado la casa de su padre por tres días y, de la nada, a causa de la embriaguez, había pedido un taxi y había llegado de madrugada a casa de su progenitor.

El alcohol causaba que ella cometiera estupideces, así que debería plantearse seriamente la posibilidad de dejar la bebida. Elizabeth se rió de la absurda idea mientras se acercaba a la cama.

¡La hermosa, tierna e inocente Kanao Nash estaba embarazada! Le parecía estar en medio de una maldita pesadilla. Era una maldita realidad que había querido evadir; sin embargo, con tantos malditos chats familiares, era difícil no enterarse de las últimas noticias. El escándalo del año. Sus familiares más conservadores estaban dando gritos al cielo al enterarse de que la nueva incorporación de la familia ahora sería madre soltera.

Una vergüenza para el apellido. Al menos hasta el momento en que su padre aclaró que el feto no era de cualquier hombre. Kanao no había llegado a la ciudad y se había acostado con todos en Nashville, como todos aparentemente estaban asumiendo. Su padre cortésmente tuvo que aclarar, *<<aunque no le debía a nadie explicación alguna>>,* que el padre era un exnovio de Kanao. Muchos se sintieron aliviados al comprender entonces que solamente fue un accidente de una relación y que Kanao Nash no era una licenciosa sin freno. Y un porcentaje considerable de la familia ya se estaba apuntando a la boda y al bautizo.

¿Eso sucedería?

¿Ella estaba dispuesta a tener a ese niño?

¿Kanao contactaría con su ex novio para darle la feliz noticia?

¿Siquiera alguien estaba preocupado por la salud de la chica hawaiana?

Según su padre, Kanao presentaba algunos inconvenientes a causa de su estado. Náuseas, vómitos, anemia, problemas digestivos, hipertensión arterial y posiblemente diabetes gestacional. Además de un cuadro de depresión, ya que en tres días no había salido de su habitación y se negaba a asistir a la cita con su obstetra, por más que Luane había hecho de todo para consolarla. Por lo que escuchó esta tarde, estaban considerando invitar a su tía Anahela a la ciudad. Al parecer, Kanao era más allegada a su tía que a su propia madre.

Acercándose a la cama, Elizabeth se desvistió y apagó la luz de la mesita de noche; después se metió en la cama junto a Kanao. Mientras observaba a esta chica problemática dormir, acarició concisamente su cabello rizado, que se había convertido en un desastre sobre la almohada. Kanao parecía lamentable, pero adorable.

En retrospectiva, Elizabeth nunca se dio cuenta. ¿Cómo iba a sospecharlo? Ni siquiera consideró la falta de su periodo menstrual, ya que la menstruación de Elizabeth llegó en ocasiones en las que no se vieron y, tontamente, consideró que fue igual para ella. ¿Cómo iba a imaginar que ella estaba embarazada? Esa idea nunca le pasó por la cabeza. Para Elizabeth, ella era dulce, ingenua y hermosa, pero no tan despistada.

Se inclinó y le plantó un beso en la mejilla de Kanao dormida. Podía oler una dulce fragancia en su cabello. El beso en la mejilla se convirtió en un beso en la frente.

—¿Elizabeth?

Kanao murmuró adormilada mientras Elizabeth besaba sus labios. Sus ojos revolotearon, lucharon por abrirse correctamente, deleitándose con unos ojos color agua que estaban estropeados por el sueño. Elizabeth la besó en los labios una vez más, antes de inclinarse para estar encima de Kanao. Aunque lo permitió, se opuso cuando Elizabeth intentó quitarle la enorme camisa que llevaba.

—Elizabeth, no…

—¿Por qué no?

Preguntó Elizabeth con una suave sonrisa, sin dejar de luchar con la prenda. Comenzó a besarla detrás de las orejas y por el costado del cuello. Kanao lo aceptó al principio, pero su expresión cambió cuando Elizabeth la besó y le chupó los labios.

—Hueles a alcohol.

Comentó Kanao de repente, intentando apartar a Elizabeth. Ella, sin embargo, enterró su rostro en el pecho de Kanao.

Kanao comenzó a respirar más profundamente y refunfuñó suavemente, adormilada, mientras Elizabeth jugaba con sus pezones. Hubo una mezcla de sonidos de placer y dolor. Parecía más sensible que de costumbre.

—¿Duele?

Kanao se sonrojó mientras asentía ligeramente. Parecía un poco enferma, un poco más pálida que de costumbre, así que retrocedió y se volvió a tumbar a su costado, atrayéndola a sus brazos, y cerró los ojos.

>>—Duerme.

Ordenó. Antes de respirar profundamente y relajarse.

❀

Elizabeth durmió cómodamente y se sintió completamente satisfecha al abrir los ojos. No había dormido bien en días. Ni siquiera tenía resaca, situación por la que estaba agradecida.

Poco a poco recordó dónde se encontraba y todo lo sucedido la noche anterior. Girándose de costado, acarició el cabello de Kanao, con su propia cabeza apoyada en la palma de su mano. A pesar de la oscuridad de la habitación, Elizabeth estudió el rostro de Kanao. Notó que ella parecía un poco demacrada, a pesar de que sus mejillas aún estaban rojas y radiantes. Su piel tenía un tono pálido y suave. Ninguna de estas cosas parecía las características habituales de una persona enferma. Pero gracias a todos los que le informaban del tema; aunque ella no deseaba saber nada, sabía que Kanao la estaba pasando mal a causa del invasor imprevisto que tenía en el vientre.

Elizabeth tocó con su mano la frente de Kanao y entrecerró los ojos con preocupación. Aunque muchos intentaban romantizar el embarazo, era mejor admitir que esa situación era todo menos fácil. Lo que nunca dicen esos eslóganes de mujeres embarazadas y sonrientes es que un embarazo implica cansancio, estrés, ansiedad y cambios emocionales y físicos significativos.

En ese momento, escuchó los sonidos típicos ruidosos en la mansión que anunciaban que los sirvientes estaban comenzando con sus labores del día. ¿Por qué el jardinero se empeñaba en usar la podadora tan temprano?

Kanao se removió un poco, pero no se despertó. Con cautela, Elizabeth se sentó y con cuidado jaló la fina manta y con ella, Elizabeth cubrió a Kanao y la dejó allí para descansar.

Capítulo 3

Kanao abrió lentamente los ojos y se dio cuenta de que estaba sola. El repentino vacío que había sentido estos días Elizabeth volvió a invadirla, haciéndola sentir como una niña perdida en un mundo extraño y desconocido. Nuevamente había soñado con Elizabeth; fue tan real.

—No seas tonta, Kanao.

Se regañó a sí misma. Ya debería quedarle claro que a Elizabeth ya no le importaba. La pregunta era: ¿Le importó alguna vez? Tristemente, la respuesta era negativa.

Se sentó lentamente y apartó el edredón que la cubría. Su mirada vagó hacia la recámara escasamente iluminada. Durante estos días, las cortinas de su alcoba permanecieron cerradas. Cosa que en el pasado siempre odió: amaba la luz, el viento, sentirse en libertad.

Mientras se sentaba contra el cabecero, controló su respiración en un intento de calmar su estómago. Ya era hora de que reaccionará y dejará de ser tan lamentable.

Otra oleada de náuseas la invadió y ella alcanzó el vaso de agua que estaba en la mesilla. Sentía una sensación de inquietud e incomodidad; su mente estaba llena de ansiedad.

>>—Es hora de dejar de ser tan lamentable y estúpida, Kanao.

Ella murmuró para sí misma. Kanao se puso de pie como si estuviera poseída. Como pudo a causa de los mareos, llegó hasta el cuarto de baño. Tardó una eternidad en lavarse la cara, los dientes e intentar hacer algo con su rebelde cabello. Al salir, como sus fuerzas ahora eran casi nulas, decidió vestirse solamente con ropa holgada y cómoda. Un jersey viejo y unos pantalones de algodón no estaban a la altura de la familia Macmillan, pero el color rosa y la tela de algodón tan cómoda le proporcionaban algo de calidez.

Armándose de todo su valor, se dispuso a salir de su alcoba; necesitaba regresar al mundo de los vivos y decidir qué hacer a continuación. Desayunar con su madre y su padrastro sería una buena idea para comenzar. Además, necesitaba encontrar cómo

disculparse; su madre estaba contenta con la idea de convertirse en abuela, no obstante, como la conocía bastante bien, Kanao se daba cuenta de que ella estaba un poco triste, ya que sus circunstancias de cómo había tenido a Kanao se estaban repitiendo.

¿Madre? ¿Ella, siendo madre? Ni siquiera podía imaginarlo. Ni siquiera era capaz de valerse por sí misma; mucho menos tenía idea de qué hacer con una pequeña vida en sus manos.

Mientras llegaba a las escaleras, su mirada fue al tercer piso. No pudo evitar sentirse como una niña, riéndose de sí misma y anhelando ver a Elizabeth al mismo tiempo. Era absurdo.

Con pasos lentos y demasiado agitada, llegó al primer piso y un sirviente se ofreció a acompañarla al comedor donde estaba listo el desayuno. Kanao le agradeció, pero estaba dispuesta a llegar por sí misma. Estaba embarazada, no lisiada. Las mujeres embarazadas se valían por sí mismas todo el tiempo desde la época de piedra. ¿Por qué ella no podía hacerlo?

Acercándose a la estancia, comenzó a escuchar voces: su madre, Keith y… Elizabeth. Se detuvo tras la puerta que separaba la estancia del pasillo. ¿Elizabeth? ¿Estaba ahí? No podía ser cierto. ¿Entonces lo de anoche…? Se burló de sí misma. Aunque Elizabeth estaba en casa de su padre, no quería decir que hubiera ido a dormir con ella. Estaba a punto de hacer notar su presencia, cuando la voz de su madre la detuvo.

—Quieren realizarle algunos estudios para cerciorarse de que todo está bien y buscar la forma de combatir mejor su anemia.

Kanao hizo una pausa para escuchar.

—Y también es recomendable que asista con un terapeuta; esto debe ser difícil para ella.

Agregó Keith. Kanao se pegó a la pared y continuó escuchando.

>>—La noticia de un bebé es maravillosa, pero también comprendo que puede ser un shock. No conozco a nadie que esté preparado para ser madre o padre. Yo al menos aun no tengo la menor idea de que es lo que hago como padre, aunque mis hijos son adultos.

Bromeó el señor Macmillan.

—Pero ella nos tiene a nosotros. Aunque no quiera compartir la noticia con su exnovio, nos tiene para apoyarla.

Dijo su madre alegremente.

>>—Yo estoy emocionada con la idea de ser abuela.

Kanao esbozó una sonrisa; no esperaría menos de su madre. Era un alivio saber que no estaba del todo molesta por repetir sus mismos errores. Su madre fue mamá soltera y ahora el mismo círculo se repetiría.

—Se están adelantando. No deberían emocionarse tanto.

La voz tranquila y fría de Elizabeth la hizo estremecerse. Se cubrió la boca con su mano.

>>—Tal vez ella no desee tenerlo y eso es completamente válido también. ¿Lo han considerado?

Kanao quedó desconcertada por las crueles palabras. Su saliva se atascó en la garganta y trató de reprimir la tos. ¿No tenerlo? Cubriéndose la boca con ambas manos y sintiendo que su corazón latía más rápido, todo su cuerpo comenzó a temblar.

—Elizabeth, ¿cómo puedes insinuar algo así?

Comentó el señor Macmillan.

—¿Insinuar qué? ¿Un aborto?

Habló Elizabeth, con frialdad.

—¡Mi hija no haría nada tan espantoso! ¡Es un bebé indefenso!

Alegó su madre.

—Es un feto, no una persona.

Contradijo Elizabeth.

—Hija, además, recuerda que el aborto está prohibido en el estado desde el año 2022.

Comentó Keith.

—No está prohibido, solamente restringido hasta ciertos casos. Seguramente podemos ganar un amparo en la suprema corte al ser un embarazo no deseado. La mujer tiene derecho a decidir sobre su propio cuerpo.

Dijo Elizabeth con la mayor de las calmas, como si estuviera hablando del clima.

>>—Y si no ganamos el amparo, podemos viajar a California, Colorado, Maryland, Nueva York y Washington, ahí el aborto es legal

y protegido.

Kanao miró a su alrededor con más ansiedad que nunca. Sabía que su visión se nublaba constantemente por las lágrimas, pero no sentía ninguna emoción. No queriendo escuchar más, se alejó de ahí con paso inestable.

En el camino se encontró a un par de sirvientes que le preguntaron si se encontraba bien. Kanao los ignoró a todos y salió al jardín, caminó y caminó, hasta que llegó al lugar más retirado del jardín. El cual estaba cubierto por unos frondosos arbustos, rosales y unos árboles. Llegó hasta la sombra de uno de los árboles y prácticamente cayó de rodillas.

—¿Aborto?

Susurró con horror. Kanao se tapó la boca para evitar que sus lamentables sollozos se liberaran. Miró hacia el jardín con ojos llorosos.

Ella apenas se estaba haciendo a la idea de que estaba embarazada, pero jamás se le cruzó por la cabeza dañar a esa vida de ninguna forma. Kanao dejó escapar un suspiro y el gemido que había estado conteniendo durante mucho tiempo.

En medio de los jadeos y sollozos, los ecos de las arcadas impregnaron el aire, mezclándose con los sonidos de su propia desesperación.

Vació el contenido de su estómago en uno de los rosales. Después caminó hacia atrás hasta que se alejó un poco del fétido olor. Quedó sentada de forma poco elegante, recargada contra uno de los árboles. Su cabello, enredado como estaba, estaba cubierto de hierba y su tez era pálida.

<<Un feto>>

Las crueles palabras de Elizabeth nadaron por la cabeza de Kanao y atravesaron su corazón. Sintió dolor en el pecho como una fuerza física. Sabía que en el fondo lo que compartía con Elizabeth no era amor, pero creía que había, al menos, algo de sentimientos en su relación. Aunque fuera solo por simpatía hacia una mujer pobre que había acabado en una situación terrible.

No obstante, estaba claro que para Elizabeth no era nada más que una situación molesta. Cuando Kanao fue consciente de lo tonta

que fue, una profunda tristeza se instaló en su corazón, eclipsando la creciente ira.

Había creído en Elizabeth. A pesar de lo que cualquiera pudiera decir, ella era la única persona que la había protegido en este mundo cruel en el que se encontraba. Por eso, estúpidamente Kanao se hizo ilusiones. Hasta tontamente llegó a pensar que era amor. No le costaría trabajo enamorarse de Elizabeth, aunque ambas fueran mujeres. Ni siquiera le hubiera importado enfrentarse a la ira de la familia en cuanto fueran descubiertas.

>>—No, no es cierto.

Dijo Kanao en voz baja. No era que hubiera podido enamorarse de Elizabeth. Irónicamente, Kanao se dio cuenta de que ya se había enamorado de Elizabeth y justo descubría esa verdad en el día que precisamente le rompía el corazón.

Kanao sintió una creciente sensación de tristeza y autocompasión al reflexionar sobre todo lo sucedido desde que llegó a esa ciudad. Tontamente se hizo ilusiones falsas. La idea de su propia estupidez le dolía. Su corazón se hundió aún más. Hizo todo lo posible por contener las lágrimas, pero las lágrimas ya estaban nublando su visión. Anhelaba gritar y discutir, incapaz de soportar el dolor que sólo profundizaba su pena.

Kanao sintió que el miedo se apoderaba de ella cuando se dio cuenta de que Elizabeth no podría verla más que como una de las tantas mujeres con la que compartía sexo. ¿Qué podía esperar? Después de todo, había engañado a la mujer con la que se iba a casar y de la que estaba enamorada. Kanao no podía esperar que con ella la situación sería diferente si después de todo lo que tenían era una relación ilícita. La mano de Kanao fue a su vientre por primera vez.

Un feto.

Una vida.

Un bebé.

Su bebé.

Ella era la tonta aquí. Era quien había escogido en el pasado a novios idiotas y el último fue el peor. Además, fue su culpa no

cuidarse de manera apropiada y más estúpida fue al no sospechar nada. ¿Cómo no se dio cuenta?

Además, también era su culpa haber decidido enredarse con una persona de su mismo género y que, para colmo, no tenía corazón. No era amor, nunca lo fue. Fue entonces cuando las lágrimas de Kanao comenzaron a fluir incontrolablemente.

Mientras las lágrimas empañaban su visión. No pudo evitar sentirse agradecida de estar abriendo los ojos a tiempo. Estaba derrotada, pero no vencida. Los gemidos de tristeza de Kanao poco a poco se calmaron.

Aterrorizada aún, pero con una fuerza renovada, Kanao se tragó las lágrimas. Y miró al cielo. No podía seguir lamentándose.

Capítulo 4

—Deberías comer más, cariño.

Dijo su madre, mirando los platos medio vacíos.

>>—Debes pensar en la salud del bebé, el doctor fue muy insistente, necesitas comer y descansar por el bienestar de mi nieto.

Kanao la miró con ojos en blanco y asintió con la cabeza. Agarró la cuchara y se metió la comida en la boca. Lo masticó y finalmente lo tragó. Cada vez que su madre se refería al niño como *"Su nieto"* Kanao sentía emociones encontradas.

Habían sido días complicados y llenos de revelaciones y de incertidumbre. No sintió tanto temor en su vida como cuando visitó al obstetra y efectivamente al realizarle la primera ecografía se confirmó lo que ya se sabía. Estaba embarazada. Era real. Un niño crecía en su barriga y ella estaba tan aterrada.

>>—Lo estás haciendo bien, cariño.

Alabó su madre, mientras continuaban comiendo. Ahora Kanao pasaba más tiempo fuera de su habitación. Aunque aún era complicado, ella estaba decidida a salir de ese maldito pozo en el que se había sumergido. Incluso hasta se estaba animando para llamar a la señorita Eaton para averiguar si seguía teniendo trabajo. Aunque su padrastro le aseguró que no debería de preocuparse por eso ahora. Lo que necesitaba era recobrar su fortaleza.

Terminando lo último de su comida, y después Kanao decidió ponerse a trabajar en unos bordados en la mesita del jardín. Pronto un sirviente le llevó agua y fruta para que siguiera disgustando de algunos aperitivos.

Kanao solamente se concentró en hilvanar la tela con la cual haría un hermoso vestido para su madre. Se sentía tan cansada, a pesar del paso de los días. Hablar con su tía le había ayudado a considerar otro par de opciones. Aunque hablar con su ex novio para contarle del embarazo estaba descartado. Sí estaba considerando aceptar la oferta de su tía de volver a la Honolulu, aunque sea para tomarse el tiempo de descansar y poner en perspectiva todas sus opciones.

El tiempo pasó hasta que casi comenzó a oscurecer. Kanao dejó escapar un profundo suspiro mientras se masajeaba las manos; sentía los dedos adoloridos. Estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que no fue consciente de la persona que estuvo a su espalda por bastante tiempo observándola.

—Dijeron que llevas aquí horas.

La voz de Elizabeth la hizo ponerse tensa. Podría haber sido un truco de su imaginación. Ella no contestó.

>>—Deberías descansar, Kanao. Aun tu piel tiene un tono verdoso.

¿Qué le importaba a ella eso? Después de todo, desde aquel día del evento donde ella le había dado la espalda y marchado, no se habían vuelto a ver. Dos días atrás, aunque estuvo en casa, nunca pasó a visitarla. Solamente la escuchó hablando atrocidades en el comedor y Kanao no tuvo la fuerza para buscarla y reclamarle.

El día que más la necesitó, que fue cuando se enteró de la noticia, Kanao esperó ansiosamente su regreso, pero ella nunca regresó. Al principio, Kanao estuvo triste y enojada; ahora, días después, solamente sentía desilusión y un profundo vacío en el corazón.

Se sentía profundamente avergonzada de su propia inmadurez e ingenuidad. Como niña que anhelaba el amor de Elizabeth y había soñado con una vida de felicidad, se dio cuenta de que nunca entendió realmente lo que su relación con ella habría implicado. No era nada, solamente sexo.

Los dedos de Kanao temblaron mientras intentaba calmarse y no llorar. Logró recuperar algo de control de sus emociones justo cuando Elizabeth caminaba y se acercaba a la mesa.

Elizabeth se sentó en la silla justo enfrente de Kanao, para poder observarla de cerca. Se desabrochó el último botón de la blusa y dejó escapar un suave suspiro. Kanao había pasado los últimos días descansando y Elizabeth no había encontrado la mejor manera de poder abordarla.

Ver el rostro de Kanao cada vez más demacrado, día tras día, le recordó a Elizabeth el precio que le estaba cobrando el embarazo. Parecía que el feto estaba llevando a esta mujer tan llena de vida al

límite. Esto era lo que estaba intentando que su padre y Luane comprendieran. Les gustará o no. La considerarán cruel o malvada; la verdad era que el feto estaba dañando a Kanao.

Mientras Elizabeth contemplaba el vientre todavía plano de Kanao. No podía negar que se sentía sumamente incómoda. No odiaba a los niños. Solamente era el hecho de que ella no deseaba hijos y, por supuesto, que la idea de que la mujer que le gustaba en ese momento estaba embarazada no le agradaba en lo absoluto.

—¿Qué haces aquí?

Kanao la miró con cautela y se frotó las manos nerviosamente. Parecía agotada.

—Kanao.

—¿Sí?

—Tú…

No estaba seguro de si debía decirlo, pero era mejor dejar de evitar el elefante blanco en la habitación.

>>—¿Has pensado en que vas a hacer?

—Elizabeth...

Ella lo miró con ojos lastimeros.

>>—¿Por qué estás aquí? Me ignoraste aquel día y lo has hecho durante días

Elizabeth frunció el ceño; seguramente esta actitud fría por parte de Kanao nunca la esperó. Parecía molesta, furiosa porque le hicieran una pregunta tan ridícula.

—Kanao…

—Te escuché…

La voz de Kanao se quebró, se tomó un momento para reunir coraje, se llevó la mano al vientre.

>>—Te escuché hablar en el comedor el otro día sobre abortar.

Elizabeth permaneció en silencio y escuchó con atención. Las palabras que fueron difíciles al principio se derramaron de los labios de Kanao como una cascada.

>>—Sabía que eres fría, pero no tan cruel.

Kanao juntó sus manos frías y trató de calmar los latidos de su corazón.

—Es un embarazo no deseado.

Dijo Elizabeth con calma. Kanao podía sentir la tristeza ahogándola, pero logró contener las lágrimas.

>>—Estas enferma, ¿Cómo piensas mantenerlo?

Kanao estaba avergonzada y molesta, pero forzó una sonrisa a través de la tristeza, esperando que eso evitará que llorara. No quería enojar a Elizabeth llorando y no quería terminar la conversación que había alimentado su coraje.

—Hay una enorme diferencia entre un embarazo no deseado y uno no planeado.

Planteó Kanao con una expresión tranquila y sin emociones en su rostro. Para Kanao estaba claro que Elizabeth solamente conocía a la perfección su cuerpo, pero no su alma. Para empeorar las cosas, estaba luchando contra las náuseas matutinas, lo que no hacía más que aumentar su miseria. Kanao nuevamente colocó sus manos sobre la parte inferior de su estómago.

>>—Obviamente es algo inesperado, no lo vi venir, fui una descuidada…

Kanao se secó los ojos.

>>—Pero un hijo no es indeseado. Al menos no por mí. Siempre estuvo en mis planes convertirme en madre, aunque no lo esperaba tan pronto.

—¿Estás considerando en tenerlo?

Elizabeth frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Si.

Kanao hizo todo lo posible por contener las lágrimas, lo cual fue difícil porque sus ojos ardían de tristeza y su respiración se volvía más difícil de controlar.

—¿Acaso enloqueciste? ¿Cómo planeas…?

—Dime Elizabeth…

Interrumpió Kanao.

>>—Honestamente, ¿Llegaste a sentir algo más por mí que simple atracción?

Preguntó Kanao roja de vergüenza y por el esfuerzo de controlar las ganas de llorar. Elizabeth se llenó de una mezcla de sentimientos y emociones extrañas mientras miraba a Kanao, odiosamente hermosa y con ojos llorosos.

—¿Qué quieres escuchar, Kanao?

Elizabeth levantó una ceja.

>>—¿Quieres que te confiese que te amo?

Su mirada sobre Kanao era exasperante. Kanao estaba perdida, su mente daba vueltas por el impacto. Las palabras sarcásticas de Elizabeth eran peores que una bofetada.

>>—Hace mucho jure no enamorarme en mi vida.

Dijo Elizabeth, tragándose el nudo de ira.

>>—No necesitamos ponerle una etiqueta a esto. Atracción, lujuria, sentimientos. ¿Qué más da? Ahora lo que importa es pensar en tu salud y en el daño que esto te está causando.

Elizabeth miró a Kanao; con triste apariencia, le devolvió la mirada.

—Es normal tener malestares en el primer trimestre.

Gritó Kanao, sacudiendo la cabeza.

>>—Más que mi bebé, me hace daño tu actitud.

—¿Mi actitud? ¿Soy la villana por preocuparme primero por tu bienestar?

Los labios de Elizabeth se curvaron en una mueca de desprecio.

>>—Además, estoy siendo práctica. Planeado o no deseado, da lo mismo. No puedes valerte por ti misma. ¿Cómo lo vas a mantener? Se supone que ibas a estudiar.

La ira de Elizabeth se salió de control. Se sentía tan frustrada. ¿Por qué esta chica era tan irracional? Un bebé era demasiada responsabilidad y muchas molestias.

>>—Y antes de que me digas, que tú puedes trabajar y mantenerlo... ¿Entonces quien lo criara? ¿Nuestros padres? Es injusto traer a niños a este mundo en esas condiciones.

Los ojos de Elizabeth se dirigieron al vientre de Kanao.

>>— Algunos creen que la decisión de tener hijos implica una responsabilidad moral de hacer lo correcto. Pero la realidad es que debes proporcionarles las necesidades básicas, como alimentación, vivienda, educación y atención médica. Si los padres no pueden cumplir con esta responsabilidad, se podría considerar que es injusto traer al mundo a un niño que sufrirá.

Kanao se sonrojó, se secó las lágrimas con la manga de su suéter y se rodeó el vientre con los brazos, abrazándose a sí misma.

—El niño... yo lo criaré.

—¿Me estás tomando el pelo?

Elizabeth dejó escapar una risa sarcástica.

— La decisión de tener hijos es personal y se debe respetar la libertad de elección de cada individuo.

—¿Estás segura de que puedes manejar eso?

—Sí, es mi bebé.

Kanao se mordió el labio.

—En esta etapa es solo un embrión, son células…

—¡Cállate!

Kanao se puso de pie.

>>—¡Ya no quiero escucharte!

Al ver su determinación en el rostro, Elizabeth sabía que Kanao nunca aceptaría rendirse con ese embarazo. Lo que sólo alimentó aún más su persistente ira.

—Por favor. No te alteres tanto.

Elizabeth se levantó. Kanao, por su parte, lanzó lejos su costura. Jamás fue intención de Elizabeth que esto llegara hasta este punto. Ciertamente estuvo evitándola, pero ese día fue ahí con el propósito de intentar tranquilizar a Kanao y explicarle con calma las decisiones que tenía que valorar. Al menos, había empezado con esa intención, pero todo se salió de control. Kanao no debió haber escuchado esa conversación. A pesar de eso, Elizabeth no se arrepentía. Estaba convencida de que interrumpir su embarazo era la mejor opción.

—¿Cómo no quieres que me altere? Quieres que mate a mi bebé.

—Pudo agendarte una cita con un terapeuta.

Elizabeth volvió a mirar a Kanao, inexpresiva.

>>—Necesitas analizar mejor las cosas. Poner todo en perspectiva. Que no te gane el corazón Kanao. Piensa las cosas fríamente.

Las lágrimas de Kanao fluían sin parar, empapando todo su rostro y su cuello. Ella la miró con una mirada penetrante y vacía, como la de un niño perdido, y asintió lentamente.

—No tengo nada que pensar. Ya tomé la decisión que importa.

Susurró.

—Kanao, primero habla con la terapeuta.

—No la necesito.

Kanao se limpió las lágrimas.

>>—Mi decisión está tomada. No quiero volverte a ver en mi vida. Te odio.

Gritó, dejando a Elizabeth en shock a causa de sus palabras. Mientras ella se daba la vuelta y se alejaba. Elizabeth suspiró al escuchar la respuesta de Kanao mezclada con sollozos de tristeza. Una sensación de desconcierto mezclada con una sensación de vergüenza la invadió, dejándola sucia, como si acabara de bañarse en agua fangosa.

Capítulo 5

La semana pasó y Kanao decidió que era momento de levantarse y enfrentarse al mundo. Aún tenía decisiones que tomar, pero no podía dejar que la autocompasión la carcomiera.

Su primer plan fue reincorporarse a trabajar; sin embargo, su madre la convenció para que esperara un poco más, ya que sus fiebres, mareos y constantes náuseas no cesaban del todo. La señorita Eaton era la mejor persona del mundo. Cuando habló con ella y le explicó la situación, dijo que no debería de preocuparse por el trabajo ahora. Que su puesto estaría esperándola para cuando estuviera lista. Y que si era su deseo seguir diseñando y enviando sus bocetos, ella se encargaría de que ese servicio le fuera pagado.

Kanao se sintió contenta y aliviada; por lo menos ese sería un ingreso modesto y se propuso ahorrar lo más que pudiera.

Un día de la semana, sorpresivamente recibieron la visita de varios miembros de la familia Macmillan. Para completo horror de Kanao, el grupo lo venía liderando la tía Olga. Su instinto de conservación le dijo que permaneciera encerrada en el segundo piso, lejos del escrutinio de la familia. Si ellas iban a censurarla, Kanao no iba a permitir que la ofendieran.

No obstante, se equivocó. Fue Luisa la que subió a buscarla y le informó que tía Olga fue la que insistió en que todos deberían de acudir a felicitarle y llevarle algunos obsequios. Kanao quedó en shock. Ella supuso que toda la familia estaría furiosa por su estado. Lo cierto era que la mayoría la criticaba por ello y no le sorprendía; desde que llegó a esa familia, Kanao nunca fue digna de aprobación de nadie.

Sin embargo, Olga Macmillan, en este tema, puso a todo mundo en su lugar, diciéndoles que un niño, sean cuales sean las circunstancias, era una bendición. Que un niño trae alegría, propósito y un significado profundo a la vida de los adultos. Y al escuchar esas palabras, Kanao se soltó a llorar nuevamente. No lo digo en voz alta, pero deseo que Elizabeth pensara de esa manera.

Después de que Luisa le ayudará a tranquilizarse, la acompañó al salón donde varios miembros de la familia ya estaban degustando un té, café o un vino. Acompañado de muchos aperitivos. Hasta parecía una discreta recepción.

La recibieron con sonrisas cordiales y felicitaciones. Fue sencillo identificar a las personas que estaban ahí solamente por orden de tía Olga, pero también recibió felicitaciones sinceras. Y eso la hizo sentir cálida.

—Por lo general, cuando se acude a un baby shower, se espera que los invitados traigan obsequios para el bebé. No flores.

Dijo Olga Macmillan a su sobrino Eliot cuando fue el turno de felicitar a la futura madre. Kanao parpadeó incómoda, mientras sujetaba las flores que Eliot acababa de entregarle. Eran unos girasoles preciosos.

—La madre también merece un regalo, tía.

Se excusó Eliot.

>>—Todos aquí trajeron obsequios de sobra para el pequeño. Era justo que alguien tuviera algún detalle con la madre.

La gran mayoría de las mujeres en la sala también dieron su opinión y alabaron la consideración de Eliot. Por su parte, Olga Macmillan limpió una partícula de polvo inexistente de su falda, mientras tomaba un sorbo de whisky con soda. Todas sus acciones distantes, calculadas y su forma impersonal de tratar a las personas nuevamente le recordaron a Elizabeth.

—Eres muy considerado, sobrino.

Tía Olga agitó un vaso medio lleno hacia Eliot.

>>—La mujer que sea tu esposa será muy afortunada.

Ante el comentario, otros más se sumaron a modo de preguntas incesantes hacia Eliot sobre si ya tenía novia.

—Gracias por tu comentario, tía, pero hasta el momento temo informarles que no tengo suerte en el amor.

—Es porque no has sabido buscar su sabiduría.

Olga Macmillan miró a su sobrino con los ojos entrecerrados. Kanao apretó el precioso ramo en sus brazos y dio un paso al costado. No quería estar en los zapatos de Eliot en este momento y,

por una ocasión que la tía Olga estaba de su lado, no iba a desaprovecharlo tratando de ayudar a Eliot.

—Ojalá fuera solo eso. Pero para mí es más fácil ganar en las máquinas de azar que encontrar el amor.

Dijo Eliot, descaradamente. La tensión se disipó momentáneamente con una carcajada de la tía Olga, quien lanzó una mirada suspicaz a su sobrino. Kanao, que se había sentido intimidada, también esbozó una sonrisa.

—Solo esperemos que cuando lo encuentres no seas tan tonto como tu hermana, que por una tontería perdió a una gran mujer.

Y fue así como la sonrisa de Kanao se borró de golpe.

—Recuerda que soy el hermano más listo, tía.

Dijo Eliot, acercándose a Kanao sutilmente para sujetarla del brazo cuando ella se tambaleó.

>>—Y será mejor que dejemos de hablar de mí. Estamos aquí para celebrar la próxima llegada de un miembro a la familia.

Sonrió a todas las mujeres que estaban en la sala.

>>—Kanao va a necesitar todos sus consejos, hermosas damas.

Mientras Eliot miraba a Kanao, sonrió; era una sonrisa muy similar a la de Elizabeth, pero la mirada de Eliot era más cálida.

—Gracias.

Kanao se sonrojó de vergüenza.

>>—Y gracias por las flores, son muy bonitas.

La conversación continuó, hablando sobre todo lo que implicaba un embarazo y sus molestias. Todas las mujeres que ya habían tenido hijos le intentaron dar consejos para combatir los malestares y todos los cuidados que debería tener. Mientras conversaban, Kanao se sintió intimidada al principio, pero poco a poco se relajó en el flujo de la conversación. Nadie le preguntó sobre la identidad del padre del niño o si se pondría en contacto con él y cuando alguien decía una palabra fuera de lugar se ganaba una mirada severa de tía Olga.

Al parecer era bastante pronto para organizar una fiesta para el bebé, pero esta familia se brincó todo el protocolo. Dejándole saber de esta manera, que los Macmillan estaban con ella a pesar de las circunstancias. Kanao estaba tan agradecida por ese apoyo. Justo

cuando Kanao estaba relajada y feliz abriendo los obsequios para su hijo, Luisa, desde la ventana donde había estado hablando por teléfono, informó que el auto de Elizabeth acababa de llegar.

❀

Fue más que obvio que, desde la llegada de Elizabeth, el ambiente en la reunión cambió un poco. Elizabeth simplemente había entrado, saludado a toda la familia y dejado en el regazo de Kanao una pequeña caja de obsequio; después se había alejado, se había servido un whisky y se había reunido con el grupo de sus tíos y su padre que jugaban a las cartas en la mesa de juego que estaba al otro lado del salón.

—Esa niña no va a cambiar nunca.

Murmuró la tía Olga a su lado. Aunque muchos argumentaran que un baby shower era cosa de mujeres, también había hombres en la reunión que la felicitaron cordialmente y se alejaron con los demás hombres; sin embargo, había excepciones en que alguno que otro se acercaba al grupo en los sofás para compartir algún comentario o sentarse un rato al lado de sus esposas. Eliot, por ejemplo, estaba sentado a un costado de Kanao conversando y criticando los obsequios que había abierto hasta ahora.

—Kanao.

La llamó Eliot.

>>—Sigue, aun te faltan obsequios por abrir.

—Gracias.

Dijo Kanao, con una suave sonrisa. Ella conscientemente juntó sus manos sobre su vientre. Kanao continuó abriendo los obsequios. De entre todas las bolsas de regalos y cajas medianas recibió distintas cosas para bebés. Desde chupetes, zapatitos, ropa, pañales, biberones. Hasta cosas más prácticas como una máquina para calentar biberones, juguetes, portabebés y monitores. Y las cajas más grandes eran de muebles.

Eran tantas cosas que Kanao se sintió abrumada. Hasta no más de una hora atrás, Kanao había estado preocupada por todo lo que necesitaba comprar y no tenía los recursos necesarios y gracias a

toda la familia Macmillan ahora tenía todo lo más indispensable. Aunque aún le tenía miedo a tía Olga, reconocía que la mujer era lo máximo.

El regalo de Elizabeth se quedó en el sofá, casi oculto por uno de los cojines; nadie pareció extrañarlo y Kanao menos. Fue una suerte que nadie le exigiera abrirlo, ya que Kanao presentía que era algo que alteraría su buen estado de ánimo.

Cuando comenzó a tardecer, muchos familiares comenzaron a despedirse; aunque agotada, Kanao se aseguró de ella misma despedirlos y darles las gracias por los detalles recibidos.

Para el final de la tarde eran muy pocos los que quedaban y Olga y Luisa se quedarían a cenar a insistencia de la madre de Kanao y en agradecimiento por este improvisado baby shower.

Regresando a su lugar en el sofá, Kanao estaba doblando la ropita de bebé para después poderla transportar con comodidad a su habitación, cuando Eliot se sentó a su lado y le ofreció un plato de fruta.

—Escuché que has estado luchando contra náuseas y que la fruta es lo que más toleras, ¿cómo te sientes?

Preguntó Eliot con una sonrisa.

—Lo estoy haciendo bien.

—Lo estás haciendo mejor que bien. Eres extraordinaria y muy valiente. Además has conquistado a tía Olga, eso es una gran hazaña.

Los comentarios de Eliot estaban llenos de admiración exagerada.

—Créeme, yo soy la más sorprendida. Siempre pensé que tu tía sería la primera en juzgarme severamente.

Eliot rió.

—Mi tía tiene un corazón de chocolate.

Eliot la volvió a presionar para que comiera moviendo el plato frente a ella.

>>—Kanao, recuerda que el bienestar tanto tuyo como de tu hijo es de suma importancia. Mantén eso en primer plano en tu mente.

—Gracias, lo haré.

Kanao habló en un estado de desconcierto mientras observaba la exhibición de frutas. De mala gana, tomó el tenedor y probó la fruta.

Kanao saboreó cada bocado de la dulce y jugosa fruta. Al principio, quedó absorta en los magníficos y exóticos sabores, se olvidó de todo lo demás y se volvió voraz en el consumo de la fruta.

Mientras ella comía, Eliot decidió ayudarla a organizar todos los obsequios. Kanao estaba desconcertada por su propio comportamiento; era como si no hubiera comido nada en días, pero su concentración estaba completamente en el siguiente bocado, mientras ensartaba otra pieza de fruta.

Entonces, de repente Kanao sintió una mirada incómoda atravesar su frenesí alimentario y, cuando levantó la vista, Elizabeth la estaba mirando desde el otro lado del salón. Sus miradas se encontraron, pero Elizabeth no intentó ocultar su mirada.

Kanao sintió que un nudo le subía a la garganta, haciéndole imposible dar otro mordisco o alcanzar otro trozo de melocotón.

—Come más.

Dijo Eliot, suavizando con una sonrisa amable. Kanao no pudo evitar sentirse cohibida, pero logró llevarse la última rodaja de fresa a la boca. Eliot dejó escapar un suspiro y continuó acomodando los regalos. Estratégicamente se colocó enfrente de ella, intentando ocultarla de la vista de Elizabeth. <<*Está bien, debo soportar*>>. Era más que obvio que no podría evitar a Elizabeth de por vida. Por lo tanto, debía acostumbrarse a esto. Esperaba que llegara pronto el día en que encontrarse en la misma habitación no significara nada.

Buscando consuelo, Kanao se acarició el vientre y encontró algo de consuelo en el hecho de que su hijo por nacer todavía estaba con ella, brindándole poca compañía. Masticó y saboreó lentamente cada bocado de fruta. El sabor era celestial.

Cuando terminó, todo el plato de fruta quiso unirse a Eliot, Luisa y a su madre en la organización de todos los demás obsequios. Pero le dijeron que no se moviera del sofá. Fue entonces que su codo, chocó con la pequeña caja olvidada en el sofá. Quiso lanzarla lejos, pero Luisa se le adelantó y ella misma, de curiosa, con una sonrisa en la cara y palabras burlonas sobre que no se imaginaba a Elizabeth escogiendo un regalo para bebés, abrió la caja.

Las reacciones de las cuatro personas que vieron el contenido fueron varias. Luisa rodó los ojos argumentando que ya se esperaba algo como eso. Su madre sonrió con comprensión, argumentando que Elizabeth era una persona ocupada y práctica. Eliot apretó los labios y Kanao simplemente intentó que la decepción no la afectara.

Un cheque. El maravilloso y espectacular regalo por parte de Elizabeth Macmillan para el feto que Kanao tenía en su barriga era un cheque por diez mil dólares. ¡Diez mil dólares! ¿Eso era bastante generoso o una exageración?

Regalar dinero en lugar de un obsequio pensado a conciencia era bastante impersonal, pero aceptable en todos los eventos. Otra mujer en el lugar de Kanao estaría brincando de gusto. En cambio, ella sintió ese cheque como una bofetada en la cara.

No supo cómo se controló también. Evitando que esto no la afectara más de lo necesario, decidió tomar un bulto de ropita de bebé para guardarlo en una de las bolsas.

Prestó oídos sordos a las palabras que intercambiaron Luisa con Elizabeth sobre su generoso y nada original regalo. Una vez que metió suficiente ropa en una de las bolsas, sonrió a su madre y le dijo que se retiraría a descansar. Su madre comprendió que estaba cansada y le prometió terminar de organizar todo para después llevarlo a su habitación. Kanao se acercó a tía Olga para agradecerle personalmente y, después de manera general, hizo lo propio con el resto de personas aun en el salón. Para después, con la espalda recta y piernas inestables, salió del salón decididamente sin mirar atrás.

❀

—Mi hermana quiere que Kanao vaya unos días de vacaciones a Honolulu.

Dijo Luane desde su lugar en la mesa del comedor.

—Creo que eso sería lo mejor, está muy pálida.

Comentó su tía Olga.

—Ella está enferma y es mejor que permanezca en la ciudad bajo la supervisión de sus médicos.

Respondió Elizabeth sin dudarlo. Era más que obvio para ella que si Kanao regresaba a su isla, nunca volvería. ¿En serio nadie se daba cuenta de ello? ¿Tan poco la conocían?

—¿Crees que no hay hospitales de calidad en Hawái?

Cuestionó su tía.

—Eso no lo sé.

Dijo Elizabeth, enfrentando a su tía con una mirada fría.

>>—¿Pero se han dado cuenta que todos piensan en la salud y bienestar del feto, antes que en la salud de Kanao?

Dijo con disgusto.

>>—Ella está enferma y parecen ignorarlo.

—¿Feto?

Su hermano la fulminó con la mirada.

>>—¡Es un bebé, Elizabeth!

Elizabeth enfrentó la mirada de su hermano.

— Un feto es la denominación que recibe el producto de la concepción desde la octava semana de gestación hasta el nacimiento. Antes de la octava semana, se denomina embrión. Una vez que nace, se convierte en un bebé. ¿Quieres que cambie la palabra feto por embrión?

—¡Elizabeth!

Intervino su padre con voz autoritaria.

>>—Ya hablamos sobre el tema. Olvídate de tus conceptos e ideas de mujer liberal, eso influye en el estado de ánimo de Kanao.

Muchos en la mesa hicieron una mueca de desaprobación mientras miraban a Elizabeth, como si fuera la cosa más lamentable y miserable que jamás habían visto.

—¡Son ustedes quienes están perjudicando a Kanao con toda esa presión sobre sus hombros!

Molesta, se levantó y golpeó la mesa con la palma abierta.

>>— La presión social que están ejerciendo sobre ella para prosiga con su embarazo es demasiada.

—Elizabeth. No la estamos forzando a nada. Esto es lo que ella quiere.

Elizabeth frunció el ceño y miró a Eliot.

—¿Estás seguro? Apenas ha pasado poco tiempo para que pueda decir las cosas y hoy la llenaron de regalos.

Comentó furiosa.

>>—Me están satanizando por mi opinión sobre los embarazos no deseados y las decisiones que puede tomar una mujer sobre su cuerpo, pero ustedes no aceptan la maldad de sus acciones. No analizan la situación antes de actuar.

Gruñó, frustrada.

>>—Muchas mujeres, se enfrentan a la presión social para ser madres, incluso si no lo desean, lo que puede llevar a sentimientos de culpa, ansiedad y estrés.

Nadie supo qué contestar para rebatir sus argumentos. Elizabeth exhaló un profundo suspiro y se alejó de la mesa. Elizabeth enderezó su postura, sintiendo el escrutinio de todos sobre ella.

>>—Tal vez tener hijos si estaba dentro de los planes de Kanao. Pero no ahora. No en estas circunstancias, debe poder tomar esa decisión sin sentirse culpable o presionada.

Y con esas palabras se alejó.

Capítulo 6

—¿No crees que deberías descansar?

Preguntó su madre; sin embargo, Kanao siguió concentrada en la máquina de coser. Gracias a Luisa, esa semana se le había ocurrido iniciar con su propio negocio. Un taller de corte y confección. En el cual, aparte de trabajar para distintas marcas y encargarse de coser las prendas diseñadas, podría iniciar con un portafolio de sus propios diseños e intentar venderlos. La verdad es que no comprendió mucho de lo que Luisa le explicó, pero se esperaba que con los años su taller dejara de trabajar para otras marcas y tuviera su propia línea de ropa. La verdad era que los detalles legales y logísticos no los comprendía mucho, pero Luisa quedó en ayudarle, al igual que Eliot con la parte legal y administrativa.

Kanao estaba entusiasmada, jamás consideró tener un negocio propio y aún tenía muchas cosas que aprender, pero por algún lugar debía de iniciar.

>>—Kanao, debes procurar no cargarte tanto de trabajo.

—Estoy bien, mamá.

La tez de Kanao era preocupante para todos. Durante los últimos días, parecía que su salud se estaba deteriorando, pero Kanao se comportaba como si no pasara nada. Aparte de verse pálida, más pálida de lo normal, no parecía una persona que vaciara su estómago constantemente.

>>—Solamente terminaré con el plisado de esta falda.

—Tienes que tomarlo con calma, cariño. Ya te hemos dicho que por el dinero no debes preocuparte. Estamos aquí para apoyarte.

Escuchó la preocupación de su madre por el tono de voz.

—Tu esposo no tiene la obligación de mantenernos, mamá.

Comentó Kanao, sin apartar los ojos de la tela.

—Oh, cariño. No es eso. No queremos ofenderte. Estamos preocupados y Keith te considera como una hija más.

—Pero no es mi padre. Y no deben preocuparse tanto, mamá. Estoy más que dispuesta a cargar con mi responsabilidad.

Kanao podría ser una ingenua la mayor parte del tiempo, pero tenía un espíritu fuerte. Saldría adelante y no permitiría que su hijo o hija pasará penalidades. Era una cabezona, pero también comprendía que tenía que aceptar un poco de ayuda de las personas que la rodeaban. Su padrastro libremente estaba dispuesto a mantenerla junto con el bebé. No obstante, la opción de Luisa y Eliot le agradaba más. Podría tener su propio negocio al igual que ellos y eso la entusiasmaba.

Kanao terminó de coser y separó la tela. Luego, después de tomar un sorbo de agua, tomó las tijeras y reanudó su trabajo. Su madre no pudo hacer nada más que observar. Sintió la mano de su madre en su hombro.

—Kanao… Si es demasiado, entonces…

—No lo digas, mamá.

Cortó tajantemente. Un día después de su improvisado baby shower, se enteró del enfrentamiento de Elizabeth Macmillan con el resto de la familia. Las posturas eran divididas; Elizabeth siempre mostró su desagrado sobre su embarazo y esa noche enfrentó a los miembros presentes en el comedor para que comprendieran que tal vez tener a este bebé no era lo mejor para Kanao. Sus argumentos debieron ser válidos porque a algunos miembros los puso a dudar a pesar de que horas antes habían llevado regalos para su hijo.

>>—¿Acaso cambiaste de idea? ¿Crees que debo…?

—¡No!

Gritó su madre y la abrazó.

>>—Por supuesto que, yo confió en que podremos salir adelante, pero acepta nuestra ayuda, hija. Por favor.

Kanao suspiró y devolvió el abrazo a su madre. Hace días había decidido ser más comprensiva y menos terca. Pero deseaba hacer las cosas por su cuenta. También comprendía que Elizabeth tenía su punto de vista. Un punto bastante drástico, cruel y frío. Pero extrañamente entendía que su opinión era en consideración a Kanao. Además de que comprendía su postura acerca de no tener hijos y que ahora la chica con la que había estado manteniendo relaciones sexuales resultara embarazada, seguramente era para aumentar su furia.

Por supuesto que aún estaba furiosa como el primer día. Pero días después de analizarlo, llegó a la conclusión de que, a pesar de su frialdad, Elizabeth estaba preocupada por ella. Después de todo, era algo no planeado que cambiaría su vida, que no buscaría al padre por ayuda y que todos los sueños de Kanao cambiarían. No obstante, pensar en interrumpir su embarazo era… aterrador.

Además, odiar era agotador. Por supuesto que no deseaba que Elizabeth se acercara de nuevo a su bebé con las intenciones maliciosas en la cabeza sobre interrumpir el embarazo. Pero tampoco le deseaba un mal. Aunque dudaba que pudieran arreglar las cosas. Hasta el momento, Elizabeth estaba cumpliendo su promesa de no volverla a buscar. Después de interrumpir el abrazo cariñoso con su madre, Kanao volvió al trabajo.

❀

Elizabeth observó el paisaje a través de su ventana. La tarde brillaba intensamente con la luz del sol. Era un día hermoso, brillante, esplendoroso, cosa que en ese momento detestaba, ya que dicha combinación de adjetivos le recordaba a una persona.

Eran puras tonterías las que atacaban su cabeza. Ella no era romántica, ni cursi, ni tan ridícula. El motivo por el cual no podía dejar de pensar en Kanao era a causa del coraje y la frustración que sentía. Ella era exasperante.

Los días habían pasado y, fiel a su palabra, no había regresado a la casa de su padre. Pero gracias a Luisa se había enterado de las últimas novedades.

Al parecer, a la pequeña impetuosa muchacha, incitada por su hermano y prima, se le había ocurrido la idea de iniciar con un negocio. ¡Por el amor de Dios! Admiraba el valor y la determinación de Kanao, pero un negocio no se iniciaba así de la nada. Al parecer, la señorita Nash tenía la idea de que con diseñar y coser era más que suficiente. Pero no. El primer paso era identificar una idea de negocio, luego realizar un estudio de mercado para validar esa idea y elaborar un plan de negocios. Posteriormente, era necesario conseguir financiación, elegir la estructura legal adecuada y registrar

la empresa. Finalmente, crear una identidad de marca y hasta el final lanzar el negocio.

La peor tontería era que nadie se animaba a ponerle los pies sobre la tierra. Solamente alentaban sus tonterías. Claro que todo era posible, pero Kanao debería tener una idea mejor de las cosas. En cambio, para sobreprotegerla todos los demás estaban dispuestos a intentar labrarle el camino. Por ese motivo se había enterado del asunto, porque Luisa deseaba que Elizabeth le ayudará con el plan de negocios; Eliot se encargaría de las gestiones legales y jurídicas y su padre haría la inversión del capital.

—Y ella no me quiere volver a ver.

Murmuró para sí misma. ¿Cómo se supone que iba a ayudar si Kanao le prohibió acercarse? Elizabeth sacudió la cabeza; tenía que apartar la cabeza de Kanao Nash, distanciarse, superarlo.

Y si pensó que ya tenía suficientes problemas y no podría tener más, se equivocó. Justo media hora más tarde, mientras hacía sus investigaciones de mercado, su hermano le llamó para que revisara una noticia en particular que causó que sus viejos traumas con los nuevos se mezclaran en un cóctel de emociones y frustraciones. Cerrando los ojos, maldijo enormemente a su maldita suerte.

Capítulo 7

Era un miércoles cualquiera cuando la bomba estalló. Elizabeth no consideró que su situación actual pudiera empeorar. No cabe duda de que las situaciones desafortunadas podían acumularse. Elizabeth miró con calma la imagen que resaltaba en la pantalla de su ordenador como un letrero fosforescente.

Fue a primera hora de la tarde cuando el primer post invadió las redes sociales y, de ahí a lo largo de las horas, lo que inició como una frase y una foto estalló como la noticia del año.

"*De cuento de hadas a historia de terror*".

"¿Quién es realmente la villana?"-

"*De princesa a bruja*"

Y de ahí cada título era más sarcástico que el anterior. Elizabeth cambió de pestaña en la pantalla y la noticia era la misma. Desvió la mirada hacia su iPad, la cual estaba loca con tantas alertas de notificaciones en sus cuentas de redes sociales. Comenzó a cerrar las notificaciones hasta que la alerta de una etiqueta en un post de Instagram llamó su atención.

Abrió la ventana y su mirada se clavó en la portada donde una ecografía conocida y desconocida a la vez la saludó. No recordaba exactamente la imagen, pero sí recordaba lo que sintió al verla cuando se enteró de que su prometida, el amor de su vida, estaba embarazada.

En aquel entonces, sintió un profundo odio y hoy... Solamente sentía una profunda aflicción, mezclada con el resentimiento actual. Tiempo de diferencia, situaciones similares. Aunque se había negado a mirar la ecografía del bebé de Kanao. La madre de Kanao la había enviado directamente a cada grupo familiar, Elizabeth, había borrado los chat completos.

Y aunque era absurdo y eliminará todas las imágenes, no quería decir que esa realidad no existiera. Kanao Nash estaba embarazada. Debería de ser una broma cruel de Dios. Misma situación. Dos veces. Elizabeth debería ganar un premio.

Sobre su escritorio, su celular no dejaba de sonar, mientras ella no podía apartar la mirada de la noticia que estaba haciendo revivir el infierno de cuando se enteró de que Nicole le fue infiel.

Elizabeth soltó una ligera risa, mientras murmuraba que el destino tenía un agrio sentido del humor. Nicole debía de estar maldiciendo a su amante por haber revelado el gran secreto. Elizabeth solo podía imaginar la cantidad de dinero que recibió ese charlatán por la exclusiva.

Con certeza y seguridad se estaba dando a conocer que la razón del rompimiento de Elizabeth Macmillan y Nicole Kidman no fue a causa de una infidelidad de la primera, como se había dado a entender en ese entonces. Sino una infidelidad por parte de la segunda, la cual se probaba con dicha ecografía donde se comprobaba que Nicole Kidman había quedado embarazada a causa de su romance clandestino con un hombre. Además de que se estaban aportando las facturas de una clínica privada donde se aseguraba que Nicole había ido ahí a practicarse un aborto.

"*Lesbiana falsa*".

La estaban llamando en algunos titulares. Al fin el conejo había salido de la bolsa y Elizabeth debería sentirse feliz por ello. Había sido la villana en todo esto y ahora su nombre estaba siendo limpiado. No obstante, ella no sentía absolutamente nada.

Elizabeth tomó casualmente un cigarro del cenicero y dio una calada de él antes de continuar navegando en internet. La noticia estaba en todos lados. No había forma de detenerlo ahora. El rumor se había extendido rápidamente. Y en ese momento la víctima era Elizabeth. Odiaba la compasión y la lastima de las personas. Preferiría mil veces seguir siendo la villana. Para nada estaba pidiendo la absolución de nadie.

—Que se joda el mundo.

Dijo Elizabeth, recostándose en su silla. Poco después, a su casa irrumpieron su padre y su hermano. Era lógico que se presentarán los caballeros en su auxilio. Eliot siempre conoció su secreto y si guardó silencio fue porque Elizabeth se lo pidió. Su hermano ahora ya se sentía aliviado. Su padre, sin embargo, le reclamó por no haberle tenido la confianza para decirle la verdad. Por su

rompimiento nunca la juzgó o intentó, como los demás, que se reconciliara con Nicole. Sin embargo, siempre le tuvo afecto a Nicole y ahora estaba sumamente desilusionado.

—Tenemos que dar una declaración.

Comentó su hermano.

—No.

Dijo Elizabeth levantándose y acomodándose el cabello y buscando las llaves de su auto. Necesitaba aire, necesitaba escapar.

>>—Yo no tengo nada que decir.

No era su verdad para desmentirla o afirmarla. Ya bastantes complicaciones pasó por culpa de Nicole. Era ella quien tenía que enfrentar su problema.

—¿Por qué nunca dijiste la verdad?

Cuestionó a su padre. Elizabeth quería mentir. Pero ya estaba cansada.

—Porque la amaba.

Afirmó, dirigiéndose a la puerta. El amor volvía vulnerable a las personas, y lo que más temió Elizabeth en ese entonces, fue que ese sentimiento la obligará a perdonarla, por ese motivo calló, nunca quiso hacerle daño, no obstante.

Fingir ser la culpable fue un escudo para que nadie la compadeciera y el pretexto perfecto para que Nicole no fuera tan sinvergüenza de querer volver a acercarse a ella. Aunque este último plan no funcionó, Nicole estaba hasta dispuesta a fingir que la perdonaba quedando ella como la víctima total.

A pesar de todo el daño que ella le hizo. Elizabeth optó por superar su dolor y frustración y seguir adelante. Al ser la culpable, le permitió enfrentar mejor su rencor y encajonar su corazón al final de todo. Elizabeth no se arrepintió de su elección. A través de su sacrificio, se convirtió en la villana y logró levantar un muro que hasta el día de hoy nadie había logrado penetrar.

❀

Kanao suspiró mientras se recostaba en la cama. Aunque ella se había prometido sacar a Elizabeth de su vida y de su mente, bajo

estas circunstancias estaba siendo difícil. ¿Cómo estaría ante todo el escándalo? Y la pregunta que más la acosaba: ¿Por qué se había callado?

Obviamente, últimamente Kanao estaba sumergida en sus malestares y sus propios problemas que de la casa ni siquiera había salido. Era una persona aislada socialmente; además, estaba concentrada en hacer que su negocio tuviera buenas bases. Estaba emocionada. No obstante la noticia que le dio su madre esa tarde, no la pudo ignorar.

"*Nicole Kidman había sido infiel*"

Era la razón de la ruptura de su compromiso con Elizabeth. ¡Y no solo eso! Nicole había estado embarazada y había abortado. Cuando su madre le dijo esa parte, aparte del shock inicial, había terminado corriendo al baño a deponer su estómago.

Una infidelidad…

Un bebé…

Un aborto…

Aunque no justificaba los sentimientos de Elizabeth, la comprendía mejor ahora. Tal vez Kanao no la había engañado y no fue a propósito. Antes de Elizabeth tuvo un novio y su embarazo fue un descuido involuntario, el cual le causó un shock ella misma. Pero de comprenderla a aceptar deshacerse de su bebé… Había un abismo enorme.

Con una profunda sensación de resignación, Kanao apagó la luz de la mesita de noche y sumió el dormitorio en la oscuridad. A pesar de sentirse cansada y agotada, Kanao no pudo conciliar el sueño. Sabía que Elizabeth no le daría explicaciones a ella. Ni siquiera estaba segura de que podrían volverse a ver e intentar tratarse con cordialidad. No obstante, Kanao no podía dejar de sentir la necesidad de ir a su lado y consolarla. <<*Aunque no lo merezca*>>.

Kanao tenía que recordar que Elizabeth Macmillan era mala, era cruel, era… la villana. Bueno, al menos no en la historia que estaba en todas las redes sociales. Ahora el presentimiento que tuvo de que Elizabeth no era tan mala como decían era verdad. Al menos hasta llegar al punto de su propia situación.

Antes de que se enterara de su estado, aunque seria y con carácter fuerte, Elizabeth no la trató cruelmente; al menos era su pensamiento. Ahora tenía la teoría de que lo sucedido con su ex prometida tal vez influenció el carácter duro y cruel de Elizabeth. Quería preguntárselo a Elizabeth, quería oírlo de su boca y creer lo que decía. Se controló muchas veces de tomar el celular y marcarle. Así de patética era Kanao. Por lo menos quería saber si se encontraba bien.

Renunciando a la posibilidad de quedarse dormida, Kanao se sentó y volvió a encender la lámpara. Su rostro cansado estaba iluminado y las ojeras alrededor de sus ojos hablaban de lo poco que había dormido durante toda la semana.

Alcanzó su celular y volvió a buscar en redes sociales; la noticia era viral, pero hasta el momento no había declaraciones ni de Elizabeth ni de Nicole.

Navegando en la web, se dedicó a leer los comentarios; muchos satanizaban a Nicole y, por supuesto, había personas que la apoyaban. Además, había argumentos de mujeres que afirmaban haber tenido relaciones con Elizabeth y detallaban la forma tan cruel en que las trató.

Kanao frunció el ceño; ella era una más de esas amantes y, aunque estaba furiosa y resentida, no se prestaría al juego de descargar su odio tras un post lleno de rencor.

A Kanao le resultaba cada vez más difícil creer que conocía a Elizabeth y estaba segura de que, aunque pasara una vida, jamás llegaría a descifrar lo que pasaba por la mente de esa mujer y tampoco lograría derribar esos muros invisibles que Elizabeth siempre levantaba alrededor de ella.

Justo cuando estaba apagando el móvil, escuchó ruidos en el pasillo. Entonces se abrieron las puertas.

Kanao abrió los ojos como platos al contemplar a Elizabeth en la entrada de su dormitorio. La amenaza de ella de no volver a verla hizo eco en su memoria; no obstante, ahí estaba. Vestida con un elegante traje de falda y chaqueta color rojo. Tacones altos. Su cabello suavemente despeinado.

—¿Elizabeth?

Kanao susurró su nombre mientras trataba de borrar la sensación de aturdimiento en su mente. Quería gritarle, quería decirle que se fuera y que recordara su amenaza de no volver. No obstante, al contemplar su semblante, Kanao se rindió.

>>—Pareces cansada

Dijo Kanao mientras Elizabeth se acercaba.

>>—¿Estás bien?

Susurró suavemente. Kanao se llenó de preocupación ante la mirada derrotada de la siempre estoica Elizabeth Macmillan. En el camino, se quitó los tacones, se sentó en el borde de la cama y miró alrededor de la habitación con los ojos cansados.

Elizabeth ni siquiera comprendía por qué estaba ahí en ese momento. Su plan inicial fue buscar un lugar donde poder encerrarse y no saber del mundo. Su departamento estaba rodeado por la prensa, su oficina igual, su teléfono no dejaba de sonar y a donde fuera era perseguida por los paparazzi; fue una odisea entrar a la casa de su padre.

Para Elizabeth siempre fue natural lidiar con todos los escándalos; siendo su padre una figura pública, desde su infancia hasta ahora, aprendió que lidiar con la prensa era una cosa difícil, pero no imposible. Siempre se concentraba en encontrar la mejor solución para cualquier problema que se le presentara, pero por alguna razón, este problema en particular le estaba pasando factura y estaba cansada. Se sentía como una cuerda tensa a punto de romperse.

Estaba exhausta. Elizabeth presionó su mano contra sus ojos, tratando de calmar el dolor de cabeza, y le sonrió abatida a Kanao. Su mirada había encontrado lentamente el camino para encontrarse con la de ella. Sus ojos azules y brillantes reflejaban preocupación por ella.

Se suponía que Kanao la odiaba y no deseaba saber de ella; no obstante, fue venir a su lado lo único que Elizabeth pudo pensar. Entendió el motivo de su tonta terquedad, aunque ni siquiera podía explicárselo a sí misma; todo era por Kanao. Simplemente quería verla y se alegraba de que ella no estuviera dormida todavía. La extrañaba.

>>—¿Ya cenaste? ¿Quieres un poco de agua? Creo que hoy te vez más pálida que yo.

—Tú sigues verde.

Dijo Elizabeth. Era la verdad. Por alguna razón estaba más pálida, su rostro más delgado y sus bonitos ojos parecían enormes con esas ojeras negras bajo ellos. Kanao llevó una mano protectora hacia su vientre como si intentara proteger al feto de Elizabeth.

Bueno, no era como si con sus propias manos pudiera arrancar al niño de su seno o regañarlo por enfermar a su madre… Elizabeth extendió la mano y desabrochó el botón superior de la blusa de pijama color verde que Kanao llevaba. Kanao se dio cuenta de su intención cuando sus manos se agruparon en sus pechos.

—¡Elizabeth!

Espetó Kanao, pero sus protestas desaparecieron en su beso. Elizabeth subió a la cama y se colocó sobre ella. Metió ferozmente su lengua en su boca y la masajeó con ella. Le quitó la blusa del pijama para que Kanao quedará completamente expuesta.

—Más tarde puedes seguir odiándome, Kanao.

Elizabeth miró a Kanao; su sombra se alzaba sobre ella.

>>—Por favor, reclámame más tarde.

Le quitó el short dejándola completamente desnuda y se agachó para sujetar a Kanao a la cama. Elizabeth la besó y la chupó. Sus mejillas y orejas, labios, la nuca. El sonido de besos urgentes se derramó en la poco iluminada habitación.

—Elizabeth, espera, mi bebé…

Gritó Kanao mientras la mano de Elizabeth recorría su vientre en plano y bajaba entre sus piernas. La resistencia de Kanao se intensificó. Elizabeth se detuvo y miró a Kanao; ella le sujetaba la muñeca con bastante firmeza. Su mirada cayó en su vientre, después subió de nuevo al rostro de Kanao.

—No le causaré daño.

Dijo Elizabeth.

>>—Nunca les haría daño a ti o a él… ¿Me crees?

Se apartó el pelo de la cara y miró a Kanao con incertidumbre. Ahora que lo pensaba, no sabía qué hacer con una mujer embarazada. Aunque en teoría había tenido sexo con Kanao todo

este tiempo sin saber de su estado. ¿Qué diferencia habría ahora? Pero Kanao ahora estaba enferma, tal vez debería controlarse… Esto no era correcto. Elizabeth intentó alejarse, pero Kanao tiró de su mano.

—Te creo.

Dijo Kanao con confianza. Elizabeth se sentía como una idiota. Después de todo lo sucedido estos días, Kanao aún mostraba consideración hacia ella. Sintiendo que el agarre de Kanao cedía, Elizabeth le pellizcó suavemente la barbilla y besó sus labios entreabiertos. Le lamió la lengua mientras su mano recorría el cuerpo de Kanao. La tocó, besó y consumió. Elizabeth se perdió en el cuerpo de Kanao; cada beso, cada caricia, fueron bien recibidos; hasta Kanao la ayudó a desnudarse.

Después de practicarle sexo oral a Kanao, Elizabeth le abrió las piernas y alzó su rodilla derecha para acomodarse en forma de tijera. Jadeó de placer cuando sus coños húmedos comenzaron a frotarse.

—Kanao, abre los ojos.

Dijo Elizabeth, sin dejar de mover las caderas. Kanao estaba jadeando con los ojos cerrados y, cuando los abrió, parecía como si la vieran por primera vez. Sus ojos azul húmedo eran hermosos mientras brillaban con la tenue luz de la lámpara de la mesita de noche. Su deseo era tan ardiente.

—Elizabeth… no pares…

Suplicó y eso rompió el autocontrol de Elizabeth. Presionó su cuerpo contra el de ella. Elizabeth movió sus caderas sin dudar. Agarró con fuerza sus muslos y se movió con más fuerza, más intensidad. Pronto escuchó un fuerte aliento escapar de Kanao. Su dulce aroma se intensificó mientras su piel brillaba de calor. Su mente ahora estaba en una neblina de placer, sintiendo su suave piel y su cálido cuerpo contra ella.

Elizabeth se olvidó de todo y toda su concentración y energía ahora estaban en Kanao Nash. Quería que el mundo desapareciera y que solo fueran ellas dos. "N*unca la dejaré ir".*

Elizabeth movió su cintura automáticamente mientras su mente se alejaba. Se veía tan bonita, con su cara sonrojada y gemidos

placenteros. La sed de su deseo fuera de lugar alcanzó un nivel vertiginoso y la sensación abrumadora del placer la hizo colapsar sobre Kanao.

Fue un consuelo que cuando ambas se sumergieron en ese momento post orgásmico, Kanao no la empujará lejos de ella. Elizabeth la miró y sonrió, acercándose para abrazarla.

Kanao miró distraídamente alrededor de la habitación, iluminada por el suave brillo de la lámpara de la mesita de noche. Intentó ignorar la cercanía y el calor de Elizabeth mientras ella repartía implacables besos a lo largo de su cuello. Consumida por la miseria del momento, todo lo que pudo hacer fue morderse el labio inferior, luchando contra el impulso de gemir.

Elizabeth le sonrió cuando sus ojos se encontraron; esa sonrisa diabólicamente encantadora se extendió por su rostro e hizo que sus ojos brillaran en la tenue luz, hizo que el corazón de Kanao cantara.

Kanao se cubrió el vientre por reflejo, como si pudiera proteger a su hijo de esto. Elizabeth observó su movimiento, pero no se sintió ofendida. En cambio, apretó a Kanao más contra ella y acarició su cuello. Podía sentir los latidos de su corazón.

La respiración de Elizabeth se volvió lenta y dificultosa, sucumbiendo al sueño. El suave abrazo del sueño le resultaba tan reconfortante como la mujer a la que abrazaba.

—¿Elizabeth?

La voz de Kanao tembló ligeramente cuando pronunció su nombre.

Respirando profundamente, Kanao intentó calmarse; no podía salir de la cama sin despertarla. Los restos de la pasión compartida todavía se aferraban a ella. El sexo se les daba bien; comprenderse mutuamente, no.

En un intento de borrar la melancolía, cerró los ojos tratando de reprimir la tristeza. *<<Mañana… mañana hablaré con ella claramente>>.* Tenían que poner en claro qué sucedería en su relación a partir de ahora. No podía seguir angustiándose por tantas cosas inciertas y sentirse entre el cielo y el infierno.

Capítulo 8

La mañana estuvo nublada y calurosa. Kanao estuvo trabajando toda la mañana cuando finalmente hizo una pausa para almorzar después de haber bordado unas lindas flores con pedrería a un vestido.

Su padrastro había salido muy temprano; su madre le dijo que era por lo del escándalo de Elizabeth y su exnovia. Él y Eliot estaban ocupándose de todo lo que tenía que ver con la prensa. Después del desayuno su madre le dijo que iría de compras, pero Kanao se negó a acompañarla.

Fue hasta casi extraño que su madre no mencionara que Elizabeth pasó la noche ahí. O tal vez no lo hizo y la persona que estuvo en su cama fue un fantasma. O tal vez lo imaginó, porque al momento de despertar, se encontró sola en su habitación.

No encontró ningún rastro de que Elizabeth Macmillan pasará la noche con ella, salvo que Kanao estaba desnuda. <<*Tal vez me auto desnudé y me complací a mí misma>>.* Intentó convencerse. No tuvo la confianza de preguntarle ni a su madre ni a los sirvientes. Pero fue a la habitación de Elizabeth y la encontró limpia y ordenada. Y en la casa no estaba su auto.

Eso la llevó a su teoría de que sí la había imaginado. Quizás sus alucinaciones eran para reflejar la desesperación de sus persistentes sentimientos de tristeza. Se había acostumbrado tanto a sentirse decepcionada que ya no sentía nada.

A Elizabeth no le interesaba Kanao como una persona, sino como un objeto de complacencia. Estaba mal pensar así, pero hasta ahora no tenía motivos para intentar desechar esa idea. Ella estaba sola.

Después de aceptar con calma ese hecho, Kanao se levantó de la mesa con su plato a medio comer. Necesitaba aire. A causa de que los periodistas estaban rodeando la propiedad, tuvo que pedirle el favor a uno de los choferes de que la llevara.

Escogiendo un sitio al azar, optó por ir a visitar el acuario. Ese era un lindo lugar que le daría un poco de consuelo. Era lo más cercano que podría tener del océano y de su isla.

La observación de los peces nadando pacíficamente redujo su estrés y su ansiedad. <<*Esto sí es confortante*>>, pensó Kanao para sí misma mientras contemplaba la enorme pecera de medusas.

Era del tamaño de una pared completa, por todo lo alto y ancho; realmente no había ningún lugar donde uno pudiera mirar que no hubiera agua, peces y tranquilidad.

Kanao se enderezó, mientras sus ojos recorrían el profundo oscuro azul que simulaba ser el fondo del océano. Era hermoso, relajante, atrapante y bastante intimidante.

Kanao no sabía dónde mirar; aunque no podía apartar la mirada, cerraba los ojos de momento y respiraba profundamente. Si cerraba los ojos, hasta podía imaginar que estaba ahí, sumergida, sintiendo la conexión con la naturaleza marítima.

—Extraño mi hogar.

Dijo Kanao. A su alrededor había más personas, pero Kanao se concentró en su propia voz. Decidió sentarse en el banco frente a una de las enormes peceras que estaba simulando un hermoso arrecife; solo se quedaría el tiempo suficiente para permitir que la fuerza regresara a ella.

Mientras una enorme mantarraya pasaba justo enfrente de ella, Kanao intentó considerar toda su situación. Pasado, presente y futuro. Pudo sentir que la tristeza invadía su corazón. No había nada de qué enfadarse; su presente era las consecuencias de sus acciones pasadas.

Tenía mala suerte en el amor y ahora estaba embarazada de ese patán. La opción de llamarlo y darle la noticia era irrevocable. Así que le tocaba regresar al plan B: tener al bebé sola. Luchar por un futuro estable y agregando una nueva cláusula. Debería endurecer su corazón y no permitir que Elizabeth siguiera afectándola.

No, no podía seguir permitiendo que Elizabeth hiciera su santa voluntad con ella. Aunque Elizabeth anoche la miró directamente a los ojos, no quería decir que hubieran solucionado las cosas. A lo mejor solamente fue a desahogarse con Kanao por todo lo que le estaba sucediendo. Kanao se dio cuenta de que necesitaba admitir para sí misma que no significaba nada para Elizabeth.

Kanao dejó escapar un largo suspiro y se mantuvo erguida, como si intentara sostener su corazón colapsado. Pasaron horas y ella permaneció en ese lugar. En algún momento, mientras observaba a los peces nadando en el profundo acuario, se permitió llorar por su destino.

—Está bien, no es como si hubiera imaginado que alguna vez te enamorarías de mí.

Susurró al viento; era algo que quiso decirle a Elizabeth la otra noche cuando discutieron.

>>—Viviré sola.

Si alguien la escuchaba, seguramente pensarían que estaba loca, pero la verdad, poco le importaba. No conocía a estas personas y ellas no la conocían tampoco. No les debía nada.

Ante esa determinación se limpió las lágrimas. Unos pasos más atrás, Elizabeth la observaba. No recordaba el tiempo que llevaba ahí. Horas antes, después de haber tenido una junta de emergencia con su hermano a causa de una denuncia interpuesta por Nicole sobre difamación en contra de todo aquel que estaba acosándola, había vuelto a casa de su padre, para enterarse de que Kanao había decidido salir de paseo. <<*Mocosa inconsciente*>> había susurrado, causando sorpresa en la jefa de sirvientas.

Para comenzar, se suponía que Kanao no estaba bien de salud y a eso debería sumarle el constante acoso de la prensa. Les gustara o no, Kanao ahora era parte de la familia Macmillan y, a causa del escándalo de Nicole, todos habían reportado que, de alguna forma, la prensa o curiosos sedientos de información los había contactado.

No importaba que Kanao hubiera salido con el chofer; eso no era suficiente protección. Por eso estaba aquí. Era la primera vez en su vida que Elizabeth entraba en un acuario.

Ni siquiera de niña se le permitieron estas actividades por temor al acoso constante del público, ya que en ese entonces su padre era bastante perseguido por prensa, amigos y enemigos.

Recordó el momento vivido anoche, sus mejillas sonrojadas, el susurro de su voz mientras se corría, el vívido azul de sus ojos. Tenían tanto de qué hablar, qué decirse, que aclarar. Por eso estaba

ahí. Pero aunque llevaba tiempo observándola, no se acercó. Elizabeth misma necesitaba poner en orden sus ideas.

La había observado perdida en sus pensamientos, reír, suspirar y murmurar. ¿Enamorarse de ella? Elizabeth tuvo una fuerte sensación en sus entrañas al escucharla hablar con tanta melancolía.

Kanao era consciente de que Elizabeth no la amaba. ¿No lo hacía? Lo cierto era que, en ese momento, los sentimientos eran algo fuera de su mente; sin embargo, ¿por qué estaba ahí?

Elizabeth se acercó un poco más con la mente dispersa en todas las preguntas y problemas que tenía que solucionar. Tratando de no pensar en el cansancio y la tensión sobre sus hombros. Se obligó a dar un paso más, hasta que finalmente estuvo parada un par de pasos detrás de ella.

—¿Kanao?

El nombre salió como un suave suspiro; Elizabeth sintió que era pecado perturbar la calma de Kanao frente a esta enorme pecera fría y oscura. ¿Qué había tan fascinante ahí que la tenía tan cautivada? Eran solamente peces.

—¿Elizabeth?

Kanao giró en el banco. Su rostro pálido la miró, sus ojos estaban rojos brillantes y mejillas empapadas de lágrimas. Odiaba verla así y ser parte de la causa de ese malestar.

>>—¿Eres tú, de verdad?

Preguntó Kanao con incredulidad.

>>—¿Por qué estás aquí?

Las preguntas y el resentimiento llenaron los ojos de Kanao al igual que las lágrimas. Elizabeth la miró fijamente. Dio un paso hacia ella, lentamente.

—Fui a casa para comer contigo…

A pesar de la mala facha que Kanao tenía con esa enorme sudadera masculina y el cabello despeinado, Kanao no dejaba de ser una cosa tierna y bonita.

>>— Eres una mala chica. Estás enferma y no es buen momento para andar vagando por la ciudad.

El regaño salió como un suave susurro. El rostro de Kanao se transformó de tristeza en furia. Emitió un grito agudo que rompió la

serena calma del acuario. Kanao saltó del banco y la enfrentó.

—¿Comer conmigo? ¿Y cómo mierda iba yo a saber que irías?

Gritó ella.

>>—¡Te marchaste como siempre sin despedirte! ¡Nunca me das una explicación! ¡Yo no sé nada sobre ti!

Reclamó. A su alrededor, Elizabeth podía sentir las miradas de todos los demás. Esto era malo; si la reconocían, comenzarían a filmar y a subir a redes sociales. Hoy en día ya no se tiene privacidad de nada.

>>—¿Por qué estás aquí? Te dije que te odiaba y no quería volverte a ver. Esperaba no volver a verte nunca más ¿¡Por qué viniste hasta aquí!? ¿¡Por qué!? ¿Por qué fuiste anoche a mi habitación? Desde hoy voy a cerrar la puerta con llave.

Las emociones de Kanao explotaron a través de las grietas de su corazón. El resentimiento y el odio estaban explotando por cada poro de su piel. Kanao ya no podía más. Elizabeth la abrumaba demasiado. Aunque sabía que Elizabeth no sentía lo mismo por ella, que constantemente estuviera acosándola la confundía.

>>—Vete.

Gritó.

>>—Y déjame en paz de una buena vez, no puedes ir y venir cuando quieras. Te odio y no quiero volver a verte nunca más.

Ante eso, Elizabeth se acercó a ella y Kanao sintió su mano fría en su mejilla, secándole las lágrimas. Elizabeth la obligó a mirarla y con sus pulgares comenzó a secarle las lágrimas.

Incapaz de luchar más contra ella, la abrazó y lloró con la cabeza contra su hombro durante mucho tiempo. No pudo evitar pensar en que le estaba manchando ese hermoso vestido color nude. Pero al parecer a Elizabeth no le importaba.

—¿Por qué el acuario?

Preguntó Elizabeth sin soltarla y con la vista clavada en la enorme pecera. Había animales acuáticos de varias especies. Algunos que ella ni siquiera conocía. Era mejor mirar hacia los hábitats acuáticos que a los curiosos que seguían observándolas.

>>—¿Aún extrañas mucho Honolulu?

—Sí.

Dijo Kanao después de mucho tiempo.

>>—Lo que más deseo es volver a casa.

Hizo lo mejor que pudo para contener las lágrimas y alzó la cabeza.

—Ahora esta es tu casa, Kanao.

Elizabeth la estaba mirando, con ambas manos alrededor de sus mejillas. Kanao resopló.

—¿Y no dirás que ahora tú eres mi familia?

Kanao de repente se sintió invadida por una desesperación ansiosa y nerviosa.

>>—¿Qué somos? ¿Qué estábamos haciendo? ¿Qué quieres de mí?

Elizabeth no contestó; en cambio, se acercó y, en el momento en que sus labios la tocaron, un calor se elevó por todo su cuerpo. Kanao cerró los ojos y se inclinó hacia el beso. Sintió que toda la ira y el odio se fundían en amor y pasión. Un beso que prometía una eternidad de felicidad. Era patética por pensar así. Su corazón revoloteaba como mariposas, a pesar de que todavía estaba llena de miseria sin fondo. Sabía que esto era solo una ilusión, que habría algo más más adelante, pero por ahora, estaba dispuesta a creer que era bastante real.

❀

Después del momento crítico emocional, lo único que Kanao deseaba era marcharse, pero en cambio, Elizabeth la sujetó de la mano y le dijo que terminarán de recorrer el acuario, ya que desde que habían llegado, Kanao había permanecido frente a la enorme pecera; era justo terminar de observar lo demás.

Mientras recorrían un túnel de cristal donde peces nadaban plácidamente por los costados y encima de ellas. Kanao no podía dejar de pensar que tal vez esta situación también la estaba imaginando. El ambiente era extrañamente pacífico; el sudor se deslizaba por la palma de su mano, que Elizabeth sujetaba con fuerza.

—¿Sabes surfear?

Preguntó Elizabeth de repente, sin dejar de observar curiosa a un tiburón que en ese momento pasaba por sobre sus cabezas.

—No, en realidad.

Elizabeth la miró curiosa.

>>—¿En serio? Pensé que todas las personas que vivían cerca del océano sabían realizar actividades acuáticas como su segunda naturaleza.

Kanao rio, después se aclaró la garganta.

—En la mayoría es así. Nos enseñan a nadar incluso de bebés. Mi tía me enseñó a surfear. Yo soy la que no tiene la coordinación necesaria para hacerlo bien.

—Porque no me extraña que me digas eso. Eres bastante torpe en ocasiones.

—¡No lo soy!

Gritó ofendida. A lo cual se ganó una carcajada de Elizabeth.

>>—Surfear es más difícil de lo que puede parecer. Si es tan fácil creer que es, deberías intentarlo.

—Tal vez lo haga.

Comentó Elizabeth, tirando de su mano para que siguiera caminando. En la siguiente zona se encontraron con una amplia habitación, en forma circular. La cual estaba dividida en varias secciones y varios cristales que permitían observar la vida marítima de un arrecife de coral.

En el centro, había un enorme arrecife artificial rodeado de banquillos. Kanao se acercó a la zona de la exhibición. Todo lugar era precioso. Y esto le recordaba más a su hogar. Bucear en los arrecifes era la actividad que más le gustaba hacer; era la magia de su tierra que no muchos sabían apreciar.

Kanao se acercó más a uno de los cristales; sentía que si estaba más cerca, podría sentir la calidez del agua, la brisa marina, la magia del lugar.

—¿Sabías que nadar en un arrecife de coral es una experiencia fascinante que estimula todos los sentidos?

Dijo distraídamente.

>>— Se percibe una sensación de estar en un mundo acuático lleno de vida, donde la belleza y la tranquilidad se combinan para

crear una atmósfera única.

—Eso suena bien.

—¡Más que bien!

Dijo Kanao, mirándola con una enorme sonrisa.

>>—El agua, los corales y los peces crean un paisaje visual y auditivo diferente a la superficie.

Dijo entusiasmada.

>>—La tranquilidad del agua y la belleza del entorno submarino pueden generar una sensación de calma y bienestar.

Elizabeth sonrió de medio lado.

—Eso suena bien y es justo lo que necesito en este momento.

Miró distraídamente hacia la pecera.

>>—¿Crees que si le pagó lo suficiente a los dueños nos permitan nadar aquí?

Era una broma, pero en la mirada de Elizabeth logró ver melancolía y cansancio.

—¿Por qué ocultaste la infidelidad de Nicole?

Se animó a preguntar. Sintió cómo Elizabeth se tensaba y en el proceso apretaba su mano. Como ni siquiera la miró y no dijo nada inmediatamente, Kanao llegó a pensar que no le contestaría, hasta que Elizabeth suspiró pesadamente.

—Fue más fácil guardar silencio que dar explicaciones.

Elizabeth soltó su mano y caminó más cerca del acuario para mirarlo distraídamente con la cara pensativa.

>>—No quiera admitir el dolor y la decepción que su engaño me causó y sobre todo no quería la compasión de nadie.

Kanao, observándola mejor, se dio cuenta de lo cansada que Elizabeth se veía y seguramente era el maquillaje perfecto que cubría sus ojeras, pero sus ojos reflejaban bastante bien sus emociones.

—Fue injusto que ella permitiera que te echarán a ti la culpa.

Comentó Kanao con indignación. Elizabeth se giró para mirarla.

—Nicole entró en la vida pública por mi culpa; fue constantemente asediada por la prensa cuando anuncie mis verdaderas preferencias sexuales. Se enfrentó a las críticas

discriminatorias y a mi familia, que no estuvo en un inicio de acuerdo con nuestra relación.

—¡Pero ella te engañó!

Dijo con indignación.

—Yo solo quería que el trago amargo pasara rápido.

Argumentó con tono agudo.

>>—Y en cierta forma quise compensarla. Enfrentó muchas cosas por mí, además…

La mirada de Elizabeth fue a su vientre. Kanao soportó el impulso de cubrirse el vientre.

>>—Además en ese momento me culpé, desde que nos conocimos ella dejó en claro su deseo de querer ser madre… y pensé que tal vez hizo lo que hizo a causa de ese deseo…

Rio con amargura.

>>—Por más vibradores que logre comprar, no soy un hombre. Además de los orgasmos no puedo hacer nada más y tal vez ella necesitaba esa conexión.

—¡Tonterías!

Kanao se acercó a ella y colocó una mano contra su corazón.

>>—Un engaño es un engaño. Ella sabía lo que tú eras cuando comenzó a andar contigo. Si se metió con otra persona fue por estupidez no porque él tuviera un pene verdadero y tu no.

Los ojos de Elizabeth se abrieron con asombro ante la sentida declaración de Kanao.

—Tienes razón.

Elizabeth volvió a sujetar su mano.

>>—Lo que hizo Nicole es injustificable. Pero ya quedo en el pasado y no me importa si todo el mundo ahora se está enterando. Yo no les pedí que me redimieran.

—Pero ahora todos saben la verdad y eso es bueno.

—Kanao…

Elizabeth dudó.

>>—Se que debo disculparme por…

—No lo digas.

Kanao la abrazó y pegó su rostro contra su hombro.

>>—Comprendo por qué piensas que hacer eso…

Ni siquiera podía pronunciar la palabra.

>>—…Es la mejor opción. Pero no he cambiado de idea. Pienso tener a mi bebé.

Kanao dudó.

>>—Y también comprendo que ahora tu ya no quieras saber de mi…

—Kanao… Yo…

—¡Señorita Macmillan!

Llamó una voz masculina interrumpiéndolas. Kanao quiso apartarse; Elizabeth la sostuvo cerca de ella. Kanao miró hacia donde un grupo de hombres se acercaba. Uno sonriendo muy alegre, y otro más con una cámara de video.

>>—Señorita Macmillan, por favor. ¿Nos podría regalar unos minutos de su tiempo? Quisiéramos una declaración de su parte sobre los sucesos acontecidos en las últimas horas.

—Mi declaración oficial ya fue emitida. No tengo nada que agregar.

Elizabeth sujetó a Kanao del antebrazo y la hizo caminar en la dirección contraria de esos hombres.

>>—Y le agradecería que nos dejara tranquilas.

—Pero, señorita…

—Ya dije que no.

Dijo Elizabeth en tono autoritario. Pero los hombres no se dieron por vencidos. Las siguieron e insistieron en obtener una entrevista. Kanao estaba nerviosa y sin saber qué hacer. Hasta tropezó cuando el periodista la llamó por su nombre y le preguntó por el apoyo emocional que le estaba brindando su nueva hermana. ¿Ellos? ¿Ellos sospecharían que ellas? Fue entonces que cayó en cuenta de que estuvieron haciendo cosas indebidas en público. Se estremeció solamente de pensar que si alguien subía algo a las redes, todo estaría perdido.

Elizabeth, por su parte, dejó de aparentar amabilidad cuando el hombre comenzó a acosar a Kanao con sus preguntas. Y con palabras frías y cortantes le advirtió sobre la educación y la decencia. Además, le advirtió que, de desearlo, ella podría denunciarlos por acoso y hostigamiento.

Los hombres obviamente se asustaron con las palabras de Elizabeth. Ella no era una mujer que lanzará amenazas en vano. Y como ya no podrían seguir con su paseo, tuvieron que marcharse.

El chofer estaba esperándolas afuera y le informó a Elizabeth que un grupo de guardas ya venía en camino para escoltarlas si deseaban continuar con su paseo. Pero Elizabeth le dijo que no era necesario, que se retiraban en ese momento y que podría volver a casa, que Kanao se iba con ella. Kanao se sintió desilusionada; ella sí había estado disfrutando. Cuando subieron a su auto, Elizabeth le aseguró rápidamente que la compensaría.

Capítulo 9

En un acto completamente impulsivo, Elizabeth no emprendió la ruta de vuelta a casa de su padre. En cambio, tomó la ruta que se dirigía directamente al norte de la ciudad.

Cuando Kanao preguntó hacia dónde se dirigían, Elizabeth le aseguró que le gustaría. Una de las mejores ventajas de la tecnología era que podías hacer absolutamente todo desde tu móvil. Mientras se detenían en una gasolinera para llenar el tanque, desde su móvil Elizabeth hizo una reserva, compró algunas cosas que le serían entregadas en ese lugar y avisó a su padre que se escaparía de la ciudad por unos días y que Kanao la acompañaría.

Si en las redes sociales ya había algún rumor o fotografía comprometedora de Kanao y ella, su padre no le dijo. Él se limitó a decirles que se cuidaran y que descansaran, que ambas lo necesitaban. Incluso se ofreció a llevarles o enviarles una maleta con ropa. Elizabeth se lo agradeció y le dijo que ya se había ocupado de ello. Su secretaría se encargaría de enviar un par de maletas con todo lo necesario para el día siguiente.

Ya solo era cuestión de que la madre de Kanao escogiera lo que le enviarían de la habitación de ella y, si Kanao estaba tomando alguna medicación en específico, que la enviaran.

Su lugar de destino no estaba a más de media hora de camino, pero se aseguró de comprar algunas cosas en la tienda de conveniencia. A Kanao le gustaban las cosas dulces, pero se aseguró de que fueran orgánicas y con azúcares sanos, cosa que era una travesía complicada de encontrar. Pero en el área de veganos había buenas alternativas.

Dejando a la ciudad atrás, pronto comenzaron la ruta que llevaba hacia Radnor Lake State. El lago Radnor era un área natural de 1367 acres ubicada en el condado de Davidson, en las colinas de Overton, aproximadamente a ocho millas al sur del centro de Nashville. Esta área natural es un extremo del Western Highland Rim y cuenta con algunas de las crestas más altas de la Cuenca Central.

El parque era una reserva natural, así que no había inmensos hoteles ni tiendas de cinco estrellas. Así que Elizabeth, lo que pudo conseguir por la premura fue un minúsculo refugio de una habitación de tres metros cuadrados cerca del lago. Según la descripción de ARB, era una estancia rústica, de madera de pino. Tenía una cama matrimonial, chimenea, además de calefacción eléctrica, un baño con solo regadera, una cocina compacta, un comedor para dos personas y una cocina reducida.

Intentó encontrar algo mejor, pero casi todas las cabañas eran de las mismas proporciones. Así que no le quedó más remedio que rentar la que tenía mejores reseñas. Además, el dueño se comprometía a que todos los días les harían cambio de sábanas y toallas y eso era todo un lujo si iban a estar ahí cinco días. Al menos Elizabeth esperaba soportar tanto tiempo.

El camino rural iniciaba en cuanto abandonaban la autopista. Hacía mucho tiempo que ni siquiera habían pasado por delante de una sola casa, solo árboles y pinos. Kanao mantenía la mirada inmersa en el bosque por el que pasaban. Parecía tan absorta por todos los árboles, arbustos y campos verdes.

—Elizabeth, ¿ya casi llegamos?

Preguntó emocionada. Su expresión era de emoción y Elizabeth lo encontró lindo.

—Estamos a dos minutos.

Señaló la pantalla del GPS del auto. El atardecer ya estaba cayendo sobre ellas, pero Kanao estaba enumerando las cosas que podían hacer. En cuanto se enteró de a dónde venían, había buscado en internet todas las actividades que podían realizar. Desde caminatas, navegación en el lago, pesca… excepto cazar animales. Esa parte la dijo con tono marcado, mirándola a la cara, como si Elizabeth tuviera oculta una escopeta en el bolsillo. Por supuesto que en ocasiones sentía el impulso de dispararle a una que otra persona. Pero ni siquiera Elizabeth tenía la licencia de portación de armas, cosa que Eliot sí tenía y era un deporte que Eliot disfrutaba bastante. En cambio, Elizabeth pensaba que cazar animales no era algo provechoso. ¿Qué impresión tenía Kanao de ella?

Elizabeth al menos estaba aliviada de que Kanao no estuviera exigiendo volver a casa. ¿Ya se había olvidado de su amenaza de no querer volverla a ver? Tal vez sí. Esta niña era una despistada, no obstante, esto la beneficiaba.

—Aquí viven muchas especies de aves, las cuales se pueden ver en los senderos naturales y en el aviario del parque.

Le mostró la imagen del móvil.

>>—Los senderos ofrecen desde paseos sencillos hasta caminatas intensas y recorridos complicados. Se pueden recorrer por cuenta propia o recomiendan mejor contratar un servicio de caminatas guiadas por guardabosques. ¡Hasta podemos andar en bicicleta!

—Nada de bicicletas, recuerda que estás embarazada.

Elizabeth dijo eso de forma natural. No fue hasta varios segundos después que se dio cuenta de que sí, efectivamente, había hablado del embarazo de Kanao sin que esa palabra le hiciera revolver el estómago. Kanao también debió de darse cuenta. Porque se quedó mirándola más de la cuenta. Después, continúo buscando en su móvil.

¡Oh, sí! Estaban caminando sobre cáscaras de huevo, dándole vueltas al tema. ¡Embarazada! Ella estaba embarazada y sobre todo, ¿qué eran ellas? ¿Qué esperaban ser en el futuro? ¿Qué sentían la una por la otra? ¿Y ese embarazo qué problemas representaría?

Y como de momento no quería enfrentarse a eso, se concentró en seguir por el camino.

❀

—Esto es encantador.

Dijo Kanao, llevando sus manos hacia la chimenea encendida. Todo estaba limpio y preparado para su llegada, tal cual lo pactó el arrendador. Pero por más limpio y armónico que parecía, no dejaba de ser pequeño. Elizabeth exigiría que revisaran la descripción en internet. Esto no parecía una habitación de tres metros cuadrados, parecían dos.

>>—¿Verdad que es precioso, Elizabeth?

—Es pequeño… y la cama no es matrimonial.

Dijo sin ocultar su mal carácter.

>>—Pero es suficiente por algunos días.

Dijo mirando a Kanao, intentando tranquilizarla.

>>—La cama es matrimonial, pero te comprendo, en casa de tu padre las camas parecen enormes.

—No quiero entrar en un debate de medidas de cama…

Dijo Elizabeth con una sonrisa.

>>—Pero no importa si es pequeña o grande. Te permitiré dormir encima de mí de ser necesario.

Kanao ahogó un gemido de indignación.

—O, de ser necesario, puedo dormir en el sofá. O tú puedes ser cortés y cederme la cama. Después de todo, yo soy la delicada de salud.

Elizabeth rió y se acercó a la ventana. Una brisa fresca entró cuando abrió la ventana rústica. No podía ver el paisaje debido a la oscuridad. Apenas alcanzaron a llegar a la cabaña cuando el sol se ocultó. Estaba muy oscuro en el bosque y Elizabeth podía oír el susurro de las hojas arrastradas por el viento.

—Compré la cena y ropa para dormir. Mañana nos traerán una maleta con cosas para pasar los siguientes días.

—Le enviaré un mensaje a mi madre, necesito que me envíe mi kit de costura…

—Nada de trabajo, Kanao. Necesitas descansar.

—Pero yo necesito avanzar en mi proyecto…

Kanao se acercó a las bolsas que estaban sobre la mesa.

—Sí, comprendo, pero unos días no harán la diferencia. Además, en nuestro tiempo juntas, intentaré ayudarte con tu proyecto financiero.

—No tienes que molestarte, Eliot ya está trabajando en ello…

—Eliot se está ocupando de la parte legal. Yo soy experta en finanzas y necesitas un excelente portafolio ejecutivo.

—Elizabeth, muchas gracias.

Dijo de repente.

>>—Sé que esto es difícil para ti y tienes otras ideas y un montón de problemas a cuestas, pero agradezco que quieras

ayudarme.

Kanao estaba tan conmovida que parecía que iba a llorar. Sintiéndose un poco incómoda, desvió su mirada hacia la vista desde la ventana. Todo estaba oscuro, así que miró alrededor de la habitación, con su acogedora y cálida luz.

>>—Y también, gracias por traerme aquí. todo es precioso.

—No me des las gracias, también necesitaba desconectarme del mundo.

Dijo Elizabeth, mirándola con una sonrisa sincera. Una sonrisa hermosa que Kanao sabía que no le mostraba a tanta gente. Sonrojada, apartó la mirada de Elizabeth y tomó en sus manos un conjunto de ropa deportiva color fucsia chillante; había otro en la bolsa, pero era color negro y estaba segura de que era para Elizabeth.

—Solo permíteme cambiarme para estar más cómoda y me encargaré de recalentar la cena.

Se acercó con la ropa a la cama y, sin ponerse a pensar bien las cosas, se quitó las botas, la sudadera; no fue hasta que sintió la mirada pesada de Elizabeth que se dio cuenta de su error. Debió de ir a cambiarse al baño, pero en cambio estaba actuando tan despreocupadamente, al cambiarse ahí, delante de Elizabeth.

>>—Elizabeth… ¿Puedes darte la vuelta un momento?

Kanao la miró a ella, con la sudadera apretada contra su pecho, intentando cubrirse ya que llevaba puesta una blusa de tirantes bastante delgada.

—No lo haré. No seas tímida, no tienes nada que no haya visto ya…

<<O tocado para el caso>>; esa parte no la dijo en voz alta. Para dar énfasis a sus palabras. Elizabeth se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared.

Kanao suspiró y se dio vuelta para cambiarse. Podría haber corrido al baño. Elizabeth observó detenidamente la espalda desvestida de Kanao, pero no deseó comportarse de manera tan infantil. y sus nalgas expuestas mientras se cambiaba, haciendo todo lo posible por ignorar su mirada lasciva.

Elizabeth sintió una punzada de culpa en el estómago por mirar lujuriosamente a Kanao. Ella había estado indispuesta en los últimos días y aun así, Elizabeth parecía no ser tan considerada al respecto. La noche anterior, prácticamente la atacó a pesar de los riesgos.

El deseo que sentía por Kanao en ese momento era extraño, no muy diferente a todo lo que había sentido por ella antes. Podía tenerla ahora mismo, si quisiera, pero no lo hizo, a pesar del tirón que sentía.

Mientras se contenía, llegó un ruido del exterior, un aullido. Incluso mientras fruncía el ceño ante el ruido, Kanao se volvió hacia ella y sonrió.

>>—Es un lobo. ¡Qué maravilloso! Ojalá en el tiempo que estemos aquí, podamos ver alguno en su hábitat natural.

Dijo Kanao, acomodándose el polo y acercándose a su lado.

—Olvídalo. Capaz que luego el lobo quiere comerte. Recuerda que eres un conejito sabroso, tentación pura para las bestias.

Kanao rodó los ojos.

—No me compares con una mascota.

—No lo hago.

Elizabeth sujetó su barbilla.

>>—No eres una mascota. Eres una presa deliciosa.

Se rió.

>>—Pero no te preocupes, si se acerca el lobo, yo me encargaré de marcar mi territorio.

Una chispa se encendió en sus ojos. Elizabeth bajó la cabeza hasta posar los labios sobre su boca en un tierno beso mucho más elocuente que las palabras. Frotó la boca contra sus labios, excitándola con el aleteo de su lengua, lento y lánguido, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

La besó en el mentón, se deslizó hasta la sensible hondonada del cuello y sopló en la piel húmeda hasta que ella se estremeció de deseo. El roce de sus labios iba trazando un camino de fuego. Toda la seguridad y autocontrol de Elizabeth ahora estaba a nada de desaparecer.

Kanao sujetó los antebrazos de Elizabeth con la clara intención de apartarla, pero, en cambio, se acercó más. La estaba volviendo

loca de deseo. Sus cuerpos todavía no se tocaban y Kanao se tensó anhelante, deseando sentir mucho más. Elizabeth volvió a besarla en la boca, esta vez con más fuerza, y Kanao se abrió a ella, forzándola a profundizar al encontrarse con su lengua.

Y gimió, incapaz de contener el estallido de placer de aquel beso cada vez más ardiente y más salvaje. Kanao podía seguir besándole toda la vida. Todos los poros de su piel ardían, los pezones le dolían, y el lugar más sensible entre sus piernas palpitaba.

Cuando por fin Elizabeth le cubrió el pecho con la mano, Kanao dio un brinco. Elizabeth apretó el pezón entre los dedos hasta que ella arqueó la espalda, suplicando en silencio. Elizabeth deshizo entonces el cierre de su polo para exponer sus pechos. Había perdido completamente el pudor, pues su deseo enmascaraba todo lo que no fuera el puro placer que corría por sus venas.

Elizabeth tomó con la mano la pálida piel y alzó el botón rosado hasta su boca para succionarlo. Una aguja de placer pareció atravesarla. Su boca, cálida y húmeda sobre aquella piel tan sensible, le hacía temblar.

La pasión que Elizabeth había ido construyendo en ella se acercaba peligrosamente al punto de explosión. Elizabeth le apretó los senos con las manos sin dejar de succionar. Una ola de calor pareció engullida. Kanao movió las caderas desesperada. El calor que sentía entre sus piernas era insoportable. Y su evidente necesidad pareció hacer añicos el control de Elizabeth, que besaba su pecho con más insistencia, rodeando el pezón con la lengua, mordisqueándolo suavemente hasta que todo el cuerpo de Kanao volvió a arquearse contra ella.

Sujetándola con un brazo por la cintura y acercándola más a su cuerpo, Elizabeth la hizo retroceder unos pasos, hasta que Kanao sintió el colchón de la cama tras sus rodillas.

Por fin, cuando ya no creía poder soportar más, Elizabeth la tumbó sobre la cama y se colocó sobre ella, dejando que sintiera algo de su peso.

La lengua de Elizabeth penetró en su boca en una arremetida profunda, veloz, total. Kanao se sobresaltó e intentó retroceder, pero Elizabeth no la dejó. Su boca se deslizó sobre la de ella, ahogando el

gemido de protesta. Elizabeth se mostró hambrienta, directa y salvaje, mientras probaba el sabor de Kanao y la obligaba a probar el propio.

No tardó mucho tiempo para que la lengua de Kanao se volviera tan salvaje como la de Elizabeth. Trató de alejarse cuando Elizabeth le sujetó los muslos. En un momento de mucha claridad, Elizabeth evitó colocarse encima de ella. Quedarse de costado sería lo mejor, por el momento. Obligó a que Kanao subiera su pierna sobre su cadera, e introdujo una de sus piernas entre sus muslos. Kanao quiso apartarse, pero Elizabeth no permitió que se moviera, encendiendo en ella el fuego de la pasión.

Continuó besándola con una pasión abrumadora hasta que la sintió relajarse entre sus brazos. Los sensuales gemidos que resonaban en el fondo de la garganta de Kanao la enloquecieron.

Kanao no opuso resistencia cuando Elizabeth le quitó el polo y la blusa de un solo movimiento. Y en un movimiento rápido, también le quitó el pantalón deportivo y las bragas.

—Elizabeth…

Elizabeth no hizo caso de la débil protesta.

—Tranquila… Tendré cuidado, Kanao.

Elizabeth deslizó la boca por el cuello de Kanao y le acarició la oreja con la lengua.

>>—Olvida todo, Kanao. Solo siente.

Kanao ladeó la cabeza para ofrecer mejor acceso y jadeó cuando Elizabeth atrapó el lóbulo de su oreja entre sus dientes.

>>— Te deseo. Y sé que tú también me deseas.

El aliento entrecortado de Elizabeth era caliente, dulce y muy excitante. Elizabeth le murmuró promesas seductoras que la hicieron temblar con un anhelo desconocido hasta el momento.

—Elizabeth… tu ropa…

Kanao quiso intentar desnudarla, pero era difícil concentrarse.

>>—Tranquila, solo disfruta… Esto es para ti.

Murmuró Elizabeth, con una voz tan suave como el terciopelo. La hizo subir un poco más la pierna, mientras su mano lentamente subía por su muslo. Elizabeth le besó el cuello, los hombros, otra vez la boca.

Solamente se apartó cuando vio que temblaba de deseo. Kanao podría tener miedo, pero al percibir que se arqueaba inconscientemente hacia ella. Elizabeth le acarició los pechos y los rodeó con un amoroso cuidado. Rozó con los dedos los pezones erguidos. Pronto reemplazó sus manos con su boca. Cuando tomó el pezón en la boca y comenzó a succionar, comenzó a gemir con menor inhibición.

La sensación era tan intensa que la observó cerrando los ojos. Anhelante, se arqueó contra Elizabeth y movió con impaciencia las piernas contra su cadera y su pierna. Kanao tenía la frente perlada de sudor, los dientes apretados, el aliento agitado.

Elizabeth no tenía intenciones de detenerse. Sin dejar de contemplarla, la mano derecha de Elizabeth se deslizó entre su cuerpo y sus dedos llegaron al vértice de sus muslos. Kanao trató de apartarle la mano. Elizabeth no se inmutó. Sus dedos acariciaron sus tiernos pliegues y, al sentir la humedad, casi perdió el control.

>>—Kanao, estás caliente para mí.

Murmuró.

>>— ¡Dios, eres tan dulce, tan suave…!

La penetró lentamente con el dedo y se movió en el interior. Para callar sus protestas, volvió a besarla y no detuvo los movimientos de su mano. Al poco tiempo, sintió que Kanao comenzaba a mover ella misma su cadera para salir al encuentro de su mano cuando Elizabeth comenzó a retirar los dedos. Su boca arrasó la de Kanao y, de pronto, Kanao se tornó tan salvaje y descontrolada como estaba Elizabeth.

Elizabeth sabía dónde tocar, cuánta presión ejercer, cómo hacerla derretir entre sus brazos. Se volvió más exigente en sus demandas y Elizabeth estuvo encantada de complacerla; en ese momento, el placer de Kanao era su prioridad. Un dedo se transformó en dos, después en tres.

Elizabeth dejó de besarla e hizo que se colocara bocarriba, sin disminuir el ritmo de su mano. Kanao no dejó de jadear, mientras Elizabeth fue depositando una estela de besos en el cuello, el pecho, el estómago de la mujer. Cuando su boca llegó más abajo, Kanao

gritó e intentó apartarla. Pero Elizabeth no retrocedió. El sabor de Kanao la embriagaba.

Excitó con la lengua el sensible clítoris, sin dejar de penetrarla con sus dedos. A causa de semejantes sensaciones, los miedos de Kanao se disiparon rápidamente. El estallido esplendoroso de sensaciones fue la perdición de Kanao y se aferró a Elizabeth exigiendo más. Los músculos de los muslos se pusieron tensos por anticipado y recibió el ardiente éxtasis que la consumía.

>>—Eres tan bonita, Kanao.

Dijo con voz entrecortada, como si hubiese corrido una larga distancia. Estaba excitada y deseosa, pero lo había dicho en serio. Esto se trataba de Kanao; ya tendrían tiempo después para disfrutar juntas. Elizabeth chupó con fuerza sobre su clítoris y retorció sus dedos hasta golpear ese punto dentro de ella. Kanao gimió con fuerza y alzó las caderas para salir al encuentro. Como un fuego sin control, la pasión consumía a Kanao. Sus miedos estaban de momento lejos de alcanzarla.

—Elizabeth… Por favor…

Elizabeth sabía que estaba a punto de llegar, y no paró. Elizabeth era la experimentada; ella, la inocente. Kanao se entregó a la bendita rendición y alcanzó las estrellas. Y aunque Elizabeth ni siquiera tenía esperanzas de tener un orgasmo en ese momento, no le importó; observar a Kanao fue más que suficiente. Con esta mujer en los brazos, estaba más que satisfecha <<*de momento>>.*

Cuando sintió que Kanao se calmaba un poco; Elizabeth se alzó y trepó a su lado, se colocó a su derecha y la atrajo hacia sus brazos. Kanao temblaba; por un instante Elizabeth pensó que le había hecho daño de alguna manera…

—Me gustas.

Murmuró Kanao contra cuello, su voz fue muy baja, casi un murmullo. Elizabeth se quedó tiesa, sin saber qué decir.

>>—Creo que me estoy enamorando de ti…. Y sé que no debería, tendré un bebé y… a ti no te gustan los niños…

Confesó. Causando que a Elizabeth se le acelerara el corazón, se fruncieran sus neuronas y le comiera la lengua el gato. Elizabeth no

contestó a sus palabras, se apretó contra ella y enterró su rostro contra su cuello.

Esta no era la reacción que Kanao esperaba; intentó apartarse para mirarla a la cara, pero Elizabeth no lo permitió. Se aferró a ella fuertemente.

>>—¿Elizabeth?

La voz de Kanao quedó amortiguada su cuerpo, pero Elizabeth distinguió la súplica en su voz. Elizabeth la sostuvo y la arrulló contra su pecho.

—Irá bien, Kanao. Me aseguraré de ello.

No eran esas las palabras que esperaba escuchar. Kanao cerró los ojos. Ni siquiera tenía fuerza para discutir o sentirse dolida. En cambio, se quedó dormida y, aún así, Elizabeth no se apartó.

Capítulo 10

Kanao no podía estar más relajada, contenta, cansada y feliz al mismo tiempo. Esa mañana había despertado con el alegre sonido del bosque. No tanto del agrado de Elizabeth con su sensibilidad hacia los sonidos, sin embargo, su humor no se vio tan afectado.

Dieron un corto paseo por los alrededores con el fresco de la mañana y juntas prepararon el desayuno. Mejor dicho, Kanao preparó el desayuno y Elizabeth la observó. ¿Por qué no le extrañó enterarse de que Elizabeth no sabía cocinar? Era bastante lógico, Elizabeth no parecía una mujer convencional de hogar. No había nada hogareño en ella a pesar de ser mujer y que muchos afirmaran que el ser ama de hogar todas las mujeres lo llevaban en su ADN.

Después del desayuno y de limpiar la cocina, Kanao había salido de nuevo para sentarse un rato en el porche mientras Elizabeth atendía algunas llamadas urgentes. Por más que ella lo deseaba, había cosas que no debería de descuidar y más tarde irían al embarcadero para navegar en bote de remos.

Kanao, por su parte, no tenía deberes urgentes que cumplir. Por lo tanto, estaba agradecida de poder disfrutar del bosque, del lago, del aire fresco.

Pasado un buen rato, Kanao regresó a la cabaña y se encontró a Elizabeth en el estrecho sofá, escribiendo a toda velocidad en su móvil, con una botella de vino medio vacía sobre la mesilla de café. Kanao cruzó la habitación hacia ella; Elizabeth la miró y sonrió.

—¿Qué alegría que no te encontraste con el lobo?

Comentó divertida. Kanao resopló.

—Aunque no lo creas, soy buena controlando a algunas bestias.

—Te creo.

Elizabeth palmeó el sofá a su lado, indicando de esa forma que se sentara a su lado.

>>—Soy la prueba de ello.

—¿Terminaste tus asuntos?

Preguntó Kanao.

—No del todo, pero tendrá que esperar hasta el lunes.

Dijo Elizabeth, llenando su copa de vino.

—¿Estás segura? Si es algo serio, yo no tengo inconvenientes de volver.

Kanao jugueteó con el dobladillo de su sudadera.

—No es necesario, mi secretaria se encargó de empacar mi laptop en la maleta.

Señaló las dos maletas que esa mañana muy temprano fueron entregadas en la puerta.

>>—Si es urgente puedo atender cualquier cosa. Sin embargo, intentaré no hacer nada. Necesito descansar.

—¿Cuándo fue la última vez que tomaste vacaciones?

Elizabeth hizo una mueca.

—Nunca.

Dejó la copa en la mesa y se cernió sobre Kanao.

>>—Por eso necesito descansar, conservar la resistencia, recuperar fuerzas.

—En eso tienes razón.

Kanao sonrió al pensar en el nerviosismo que le causaba tener a Elizabeth tan cerca.

>>—¿Quieres dormir? No hay problema con que pospongamos el paseo en bote.

Elizabeth la sujetó por la barbilla.

—¿Dormir? ¡Oh, no!

Sonrió diabólicamente.

—Tengo en mente una actividad más obscena.

Miró a Kanao con los ojos entrecerrados y una sonrisa sucia. Kanao se estremeció, se sentó tan recta como una tabla.

—Olvídalo, mejor duérmete y yo iré al paseo en bote.

Elizabeth se rió de la reacción de Kanao. Cada vez que Elizabeth tenía esa sonrisa en su rostro, todo pensamiento desaparecía y sólo quedaba el latido de su corazón. Kanao puso los ojos en blanco. Todos sus sentidos estaban dirigidos hacia Elizabeth. No podía mirar a Elizabeth sin sentir sus mejillas sonrojarse y su corazón acelerarse.

Elizabeth no perdió el tiempo en apoderarse de su boca. Tampoco le costó trabajo tumbarla sobre el sofá y colocarse a horcajadas sobre ella.

—También le dije a mi secretaria que me enviara un par de mis juguetes favoritos.

Le susurró Elizabeth a Kanao en el oído. Kanao jadeó horrorizada.

—¡¿Por qué hiciste eso?! ¡Es bastante vergonzoso! ¿Cómo le puedes pedir eso a tu secretaria?

Elizabeth rió y le mordió la oreja.

—Ella conoce todo sobre mí. Créeme, no hay nada que le sorprenda.

—¡Pero aun así!

Kanao la empujó con la mano.

>>—¡Es vergonzoso! Sabe que estoy aquí contigo. ¿Qué va a pesar?

Elizabeth no respondió; en cambio, la besó, tocó y devoró con intensidad al mismo tiempo que la desnudaba en el proceso. Para cuando Kanao quiso ser consciente de lo que estaba sucediendo. Elizabeth la había tumbado sobre la alfombra y ya había recorrido con su boca y manos su cuerpo desnudo de principio a fin. No dejó ningún centímetro de piel sin explorar.

Para Kanao fue intenso, abrumador y demasiado excitante. Esta no era la primera vez que tenían sexo, pero por algún motivo en esta ocasión se sentía diferente. Su cuerpo estaba respondiendo ante cada caricia, cada beso.

Además de que en esta ocasión, Elizabeth estaba bastante exigente. Ordenaba a Kanao que la tocara, que tuviera iniciativa. Con manos temblorosas, Kanao lo hizo aunque no estaba segura de qué era lo que estaba haciendo. Había tocado a Elizabeth antes, obviamente, cuando se sujetaba a su espalda, o la apretaba con las piernas o la besaba, tomando ella la iniciativa, pero de ahí a mamar sus pechos como ahora fue algo alucinante.

Elizabeth era implacable. Era intensa. Y su lengua… esa pecaminosa lengua mientras ella lo besaba. La parte más íntima de Kanao se estremeció y dentro de su cuerpo nació un calor que se extendió hasta convertirse en anhelo. Cada vez le costaba más respirar. Notaba una extraña opresión en el pecho y le daba vueltas la cabeza.

—Hoy iremos hasta el final.

Dijo Elizabeth cerca de su oído.

>>—A pasado tiempo y no me detendré hasta estar satisfecha.

—Pero…

Kanao quiso recordarle que debían tener cuidado con el bebé. Elizabeth no le permitió hablar; la besó profundamente.

>>—No te preocupes. Tendré cuidado.

Declaró cuando se separaron en busca de oxígeno. A Elizabeth le brillaron los ojos mientras continuaba retorciéndole los pezones. A Kanao le temblaban las piernas. Tenía un hormigueo en el estómago que le subía por la garganta. Era como estar atrapada en medio de una tormenta implacable. Kanao gimió y arqueó la espalda, echando la cabeza hacia atrás para que pudiese besarla bajo la oreja.

>>—Eres preciosa.

Susurró ella contra su cuello. Elizabeth tenía la voz tan ronca que Kanao sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. Kanao sintió una de las manos de Elizabeth en la cara interna de sus muslos. Se estremeció con la anticipación de lo que ocurriría después.

>>—Eres tan suave.

Dijo la Elizabeth con deleite. Kanao suspiró y cerró los ojos. Cuando sintió el primer toque de los dedos de Elizabeth en sus labios vaginales, levantó las manos para sujetarse a los hombros de Elizabeth. Temblores de placer se extendieron por todo su cuerpo como las gotas de lluvia una tarde de verano. Elizabeth volvió a hacer un movimiento entre sus piernas.

>>—Estas tan caliente y húmeda. Tan lista para follar.

—¡Cielos!

Kanao jadeó cuando sintió un dedo de Elizabeth tocar su clítoris. Pero Elizabeth deliberadamente alejó su mano. Dejándola frustrada. Apretó las manos en sus hombros. Uno de los dedos de Elizabeth pasó despacio, sin prisa, dibujando líneas sobre uno de sus pezones. Después se lo sujetó entre los dedos y al principio tiró con fuerza. Experimentó una sensación de utilidad, pero posteriormente lo hizo con mayor fuerza. Cada tirón causaba oleadas de placer en el interior de Kanao. Su coño se estremecía. Cerró las piernas y arqueó la espalda en busca de más contacto.

La ardiente lengua de Elizabeth se deslizó sensualmente por su pezón y humedeció el extremo del mismo antes de repetir el proceso en el otro. Kanao sujetó la cabeza de Elizabeth; no supo si fue para detenerla o para que no lo hiciera. Con cada succión de sus labios, el cuerpo de ella se iba tensando más de deseo.

—Quiero saborearte. Quiero tus jugos en mi lengua.

Susurró Elizabeth. Kanao jadeó excitada. ¿Cómo podía ser Elizabeth tan atrevida y sensual? A la vista del público eran tan elegantes e imponentes, pero en la cama podía ser tan indecorosa. Elizabeth dibujó un camino de besos sobre su vientre dirigiéndose a su entrepierna.

Entonces ella se tumbó entre sus muslos y colocó una de sus manos en la pelvis de Kanao. Apoyándose en un codo, jugó con los rizos que cubrían el centro de su feminidad. Ella se murió de vergüenza, pero al mismo tiempo le fascinó la caricia.

Una parte de sí misma quería cerrar las piernas y evitar que Elizabeth la mirara ahí y otra parte de ella quería separar las piernas más y permitir que la tocase más fácilmente. Elizabeth movió la mano con cuidado y fue acariciando los labios del sexo de ella hasta que Kanao estuvo completamente húmeda. Deslizó un dedo arriba y abajo y después dibujó círculos en aquella protuberancia tan sensible.

>>—Primero voy a comer tu coño caliente, Kanao.

Dijo Elizabeth con voz ronca.

>>— También quiero que comas mi coño. ¿Lo harías?

Kanao balbuceó incoherencias; estaba roja de vergüenza. Elizabeth rió.

>>—No te preocupes, te enseñaré a hacerlo...

Provocativamente apretó su clítoris con la punta de su dedo.

>>—Y después voy a follarte tan duro y tan fuerte que suplicaras que no pare jamás.

Dijo ella, provocando un estremecimiento en todo su cuerpo. Elizabeth besó una de sus rodillas, provocando un escalofrío en Kanao. Un nuevo estremecimiento la atacó cuando la lengua de Elizabeth subió por su muslo. Cuanto más se acercaba a su entrepierna más deseaba correr. Sin embargo, Elizabeth no le

brindaría la oportunidad. Prestando la misma atención a su otra pierna. Elizabeth la obligó a elevar su pierna derecha para colocarla sobre su hombro. Kanao cerró los ojos al sentir hacia dónde se dirigía la cabeza y boca de Elizabeth. Gimió bastante alto cuando sintió la boca de ella contra su pubis.

—¡Oh Dios!

Apretó sus labios al sentir la lengua de Elizabeth en su feminidad. Era increíble. Pero ella no se imaginaría realizando la misma acción con Elizabeth. La lengua hábil de Elizabeth la inundaba y era bastante hábil. Se aferró más sólida a la alfombra; las manos de Elizabeth en su cadera y pierna la mantenían prisionera mientras la devoraba por completo.

Kanao estaba perdida en otra realidad. Dejó de luchar contra el placer que la recorría. Era inevitable no sentir nada. El éxtasis que la recorría desde la punta de los pies a la cabeza estaba haciendo mella en ella. Elizabeth chupó su clítoris con fuerza para después retroceder y lamer su coño. Hizo eso varias veces. Hasta que Kanao no pudo resistirlo más. Y lanzó su cabeza hacia atrás al culminar y gritar su orgasmo.

Kanao no tenía fuerzas para nada. Tampoco era que pudiera moverse; era como si le hubiera succionado el alma. Apenas y fue consciente de que Elizabeth se alzaba y terminaba de desnudarse. Se quedó completamente quieta mientras Elizabeth buscaba algo en la maleta que, por suerte, estaba a un lado del sofá contra la pared.

Sus ojos se abrieron como platos al contemplar cómo Elizabeth sacaba una pequeña bolsa de lona color morado y vaciaba sin ningún cuidado todo el contenido justo al lado de la cabeza de Kanao. Abrió los ojos al contemplar varios vibradores, botellas de aceite y lubricantes y un par de correas y un juego de esposas.

—¿Acaso enloqueciste?

Preguntó con error.

>>—Hiciste que tu asistente empacara todo eso.

Elizabeth rió.

—Tranquila, solo le dije que metiera esa bolsa en la maleta.

Kanao no pudo hacer otra cosa que observarla mientras Elizabeth alcanzaba un vividor de toda la montaña de juguetes.

>>—No creo que haya visto el contenido directamente. Y si lo hizo ¿Qué importa? Le pago suficiente por todas las molestias.

Kanao no pudo regañarle ante ese comentario, porque toda su atención fue hacia el vibrador en forma de polla doblada a la mitad. Una parte era más gruesa y larga que la otra y estaba en forma de U. Reconocía ese juguete. Al menos era uno de los tantos vibradores que Elizabeth ya había utilizado en ella. Tenía varios de distintos colores.

La observó colocar un poco de lubricante en ambas puntas. Después, sin apartar la mirada de Kanao. Elizabeth se colocó de rodillas entre sus piernas para prepararse a sí misma.

Abrió sus piernas y separó sus labios vaginales, jugando con la punta del vibrador contra su clítoris. Eso fue tan erótico de ver. ¿Por qué Elizabeth era tan sexy? Se preguntó mientras ahora observaba la punta del consolador penetrar su vagina, mientras la otra punta se alzaba entre sus piernas, fingiendo ser el miembro de un hombre, erecto y listo para follar a la mujer.

Elizabeth ladeó la cabeza para ver sus ojos y la intensidad que Kanao descubrió en los suyos la dejó sin habla. Elizabeth se acercó de nuevo a Kanao. Una de sus manos se la deslizó por encima del estómago hasta llegar a un pecho. Se lo cogió y se inclinó para darle un beso en la punta, excitándoselo. Después se incorporó de nuevo y se movió hasta que los labios de ambas estuvieron a apenas un milímetro de distancia. Le acarició una mejilla con el dorso de un dedo y le recorrió el pómulo hasta la mandíbula.

>>—Voy a follarte, cariño.

Kanao abrió la boca asombrada al escuchar ese apodo cariñoso, sin embargo se vio silenciada cuando Elizabeth sumergió uno de sus dedos en su coño. Kanao expulsó el aliento antes de volver a cerrar los labios. Elizabeth la besó. Elizabeth movió los labios con infinita ternura encima de los de ella mientras con las manos seguía acariciándole el resto del cuerpo.

Luego se tumbó encima de su cuerpo. Deslizó un muslo entre los de ella y se los separó un poco. Sus besos la habían hecho perder el sentido y Kanao no se dio cuenta de lo impresionante que era el cuerpo desnudo de Elizabeth encima del suyo.

Kanao sintió la punta del consolador contra su sexo. Elizabeth detuvo su avance y dejó que este se adaptará al prepucio. Ella abrió los ojos y buscó los suyos, tensa y sin poder evitar el miedo que la asaltó.

>>—Relájate.

Le susurró Elizabeth, pegado a la comisura de sus labios.

>>—Déjame entrar, preciosa. Quiero follar tu caliente coñito.

Kanao ya no tenía escapatoria. Ella levantó las piernas y las colocó alrededor de Elizabeth. Elizabeth sujetó sus manos y las colocó por encima de su cabeza. La miró a los ojos y descubrió que Elizabeth la observaba intensamente.

>>—¿Lista? Voy a demostrarte a quien perteneces.

Aseguró ella. Sin apartar la mirada de la una a la otra. El consolador se presionó contra su sexo. Kanao gimió al notar que la punta se deslizaba hacia el interior de su cuerpo. Separó las piernas para darle más espacio, pero se sintió tan llena que no sabía qué hacer. Era una extraña mezcla de incertidumbre y anhelo. Se mordió el labio inferior.

En el preciso instante en que sus bocas volvieron a tocarse, Elizabeth adelantó con ímpetu las caderas y la penetró del todo. Kanao no estaba preparada para aquella punzada de dolor/placer que sintió. Elizabeth volvió a empujar hacia delante muy despacio. Hasta pareciera que estaba preocupada por no lastimarla.

Elizabeth atrapó un pezón con los dedos y se lo acarició con el pulgar hasta excitárselo. Elizabeth se echó hacia atrás y después de nuevo hacia delante, pero en esta ocasión el movimiento se produjo con mucha más facilidad.

El cuerpo de Kanao se estaba adaptando a la invasión. Elizabeth le deslizó las manos bajo las nalgas y le separó las piernas al mismo tiempo que la acercaba más a ella. Empujó con las caderas y se hundió más profundamente.

Empezó a moverse con más insistencia. Le pasó los dientes por la mandíbula y a continuación por el cuello. Su aliento le quemó la piel que iba de la oreja al hombro. Elizabeth alternaba besos con mordiscos y no se detuvo hasta asegurarse de que Kanao llevase las marcas de sus dientes, una clara advertencia para todos los demás

de que su cuerpo ya le pertenecía a alguien más. Era insaciable, se comportaba como si hubiese estado muriéndose de hambre por ella y ya no pudiese seguir conteniéndose.

Kanao echó la cabeza hacia atrás y se rindió al poder que desprendía Elizabeth. Se sometió a ella libremente. Cerró los ojos y se olvidó de todo. El aroma dulce y femenino de Elizabeth la embriagaba. Elizabeth empezó a moverse más rápido y con más ímpetu entre sus piernas. Elizabeth deslizó una mano entre las dos y le acarició el clítoris mientras seguía moviéndose dentro de ella. Kanao no necesitó nada más para perder la conciencia. El placer la sacudió de repente. Durante un segundo se tensó y al siguiente estaba volando por el cielo. Tenía la mente completamente en blanco. Solamente podía pensar en el increíble placer que corría por sus venas, espeso como la miel, y que le había derretido los huesos. Ni siquiera podía respirar. Intentó recuperar el aliento y las fosas nasales le temblaron del esfuerzo que hizo para coger aire. Elizabeth gimió encima de ella al alcanzar su propia liberación y acto seguido se desplomó encima de ella.

❀

Kanao fue vagamente consciente de todo lo sucedido a su alrededor. ¿Habían transcurrido minutos? ¿Horas? ¿Días? Desde su primer orgasmo hasta el presente. Después del primer orgasmo, Kanao ya no había tenido la menor oportunidad de pensar en nada. Elizabeth solamente le permitió levantarse, para pasar de la alfombra hacia la cama. De ahí en más, ni siquiera habían comido o bebido agua. Elizabeth era apasionada. Intensa y no estaba contenidose.

—Elizabeth….

Susurró Kanao agotada.

>>—Necesito…

—No es suficiente.

Murmuró Elizabeth separando sus piernas nuevamente ¿Cuántas veces habían sido ya? Todo el cuerpo de Kanao ahora era una zona erógena. Cada toque, cada caricia, era demasiado. Trató de

apartarse, pero sus piernas se quedaron sin fuerza cuando los dedos de Elizabeth entraron en su coño.

—Por favor… Solo un momento…

—No. Estoy muy lejos de estar satisfecha.

La acarició expertamente, dejándola sin respiración. Elizabeth parecía saber exactamente qué hacer, moviendo de manera lenta y rítmica su dedo entre los labios de su sexo. Ella gimió de frustración, jamás había sido así de intenso antes. Ignorando sus protestas, Elizabeth la besó, y el mundo cayó debajo de ella.

Su cuerpo se arqueó hacia ella, sus sentidos se intensificaron por el olor de su excitación, se sintió fuera de control cuando sus labios la abandonaron y dirigieron su boca hacia abajo para succionar sus pezones. Ella experimentó una sensación de hinchazón en sus pechos. Nunca habría pensado que su cuerpo fuera capaz de semejantes sentimientos intensos. El placer era algo que no había anticipado.

>>—No puedo controlarme.

Susurró.

>>—Te deseo tanto.

Elizabeth la atrajo hacia sí, apretándola contra su cuerpo. La longitud de la polla de silicona del cinturón que ella traía puesto se apretó contra su vientre.

>>—Voy a follarte nuevamente.

Su voz era un ronroneo seductor mientras al mismo tiempo comenzaba una exploración lenta con las manos.

— Estoy mareada….

Kanao ya ni sabía cómo se sentía. Por una parte, estaba agotada y por otra parte estaba tan caliente que no deseaba que esto terminara nunca. Llevó su mano a su vientre, donde sentía un espasmo. No quiso pensar que su bebé estaba todo ansioso y abrumado. Esto debería de ser demasiado. Hasta hace poco, estuvo constantemente enferma, aunque desde que llegaron a la cabaña sus mareos y náuseas habían disminuido significativamente.

Elizabeth ignoró sus protestas y continuó con su asalto. Elizabeth continuó besándola, tocándola, consumiéndola. Elizabeth se desplazó hacia arriba, alineando la polla de silicona contra su

entrada. Ella sintió que sus músculos se tensaban mientras lentamente sus cuerpos se acoplaban, esperó estoica a que ella comenzara su brutal asalto. Ni en sus más locos sueños imaginó que terminaría siendo follada tan intensamente por una mujer utilizando un arnés con un pene de silicona.

No se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que sintió que la Elizabeth hizo una pausa y se quedó quieta. Kanao abrió los ojos y vio a Elizabeth sobre ella. Ambas manos a cada lado de su cabeza. La miraba con intensidad. Estaba sudorosa, sonrojada y respirando con dificultad. Sin apartar la mirada se movió dentro de ella lentamente. Comenzó a sentir placer, ese placer que viene de la fricción lenta y sensual sobre su cuerpo de la satinada piel contra la de ella.

Kanao se aferró a las caderas de Elizabeth. Era intenso el éxtasis que comenzaba a hincharse en su interior. Sin apartar la mirada de ella, Kanao recibió cada estocada por parte de Elizabeth. La fuerza de la pasión de Elizabeth la estaba empujando a un éxtasis sin aliento. Se arqueó sobre la cama mientras bombeaba más fuerte, más profundo, más rápido. Luego se fue volando, sintió la dicha de su vertiginosa liberación. Su punto culminante fue totalmente inesperado. A lo lejos, escuchó a Elizabeth jadeando mientras flotaba poco a poco para volver a la tierra. Con un grito llegó a su clímax sobre ella. El sexo con Elizabeth era más de lo que esperaba. Algo que sería difícil dejar. Kanao siempre era positivamente entusiasta, pero no era estúpida. Las circunstancias de su relación no eran claras, ni siquiera tenían una relación. Era sexo. Y Kanao era consciente de que su futuro era algo que no compaginaba con las ideas de Elizabeth y si este fin de semana era un regalo, al menos quería quedarse con un bello recuerdo.

Capítulo 11

Kanao no fue consciente de sí misma hasta la mañana siguiente. Recordaba vagamente que la noche anterior, después de las actividades sexuales, tomaron juntas una ducha y, como después, sentada en la mesa, Elizabeth le secaba el cabello mientras ella comía un poco de pan, fruta y un vaso de leche e intentaba no dormirse en el proceso.

Elizabeth también se había ocupado de cambiar las sábanas de la cama y, una vez que Kanao se tumbó en ella, perdió la inconsciencia inmediatamente. Ni siquiera supo si Elizabeth también cenó algo o si se tumbó a su lado.

Ahora mismo, al alargar la mano, no encontró nada. El lado de la cama donde se supone que debería de estar Elizabeth Macmillan estaba frío. No estaba sorprendida por encontrarse sola. Sería sorprendente que no lo estuviera. Alzó la cabeza y escaneó la habitación. No había señales de Elizabeth. Observó el reloj sobre la mesita. Pasaban de las siete.

Era relativamente temprano considerando que estaban de vacaciones. Enarcó una ceja al encontrar una botella de agua junto con el frasco de sus vitaminas prenatales. Que Elizabeth se preocupara por eso resultaba hasta conmovedor.

Kanao apartó las sábanas y se levantó. Como era de esperar, sintió un fuerte mareo, pero las náuseas no fueron tan fuertes. Kanao se llevó una mano a la frente, tratando de calmarse; alcanzó la botella de agua y bebió como si no hubiera un mañana.

Con gran esfuerzo y muchas protestas de su cuerpo adolorido, se levantó de la cama. Después sacó un poco de ropa de su maleta y corrió al baño. Entró en la ducha y ajustó la presión del agua... Mientras se relajaba con el agua caliente y el olor a menta. Kanao pensó en muchas cosas.

Era completamente predecible que a Elizabeth siempre le costaría explicar y justificar sus acciones frente a Kanao. Elizabeth era una persona que jamás daba explicaciones a nadie y dudaba que algún

día cambiará. Kanao estaba sacando conclusiones antes de tiempo. Pero ahora ella tenía que pensar en su bebé.

¿Qué estaba haciendo? Aunque no le gustara pensar en eso. Sus circunstancias eran claras: aunque el sexo con Elizabeth fuera fantástico, no había futuro amoroso para ellas, aunque a Kanao le costaba separar el sexo del amor. Elizabeth no deseaba amor, no deseaba complicaciones, no quería una relación y, sobre todo, no quería niños en su vida.

Si a ella le costaba trabajo comprender a Elizabeth, la mayor parte del tiempo no quería ni siquiera imaginar cómo sería esta situación con su bebé.

Y era difícil imaginar a Elizabeth sentada en un sillón reclinable, alimentando y arrullando a un bebé. No imaginaba a Elizabeth deseando tener hijos. O siendo madre.

Kanao dejó que el agua caliente se deslizara por su cuerpo, buscando la manera de liberarse de todos sus temores. Estaba pensando demasiado.

Salió de la ducha, se enfundó el albornoz y se enroscó una toalla en la cabeza. Se miró en el espejo. Se notaba que estaba cansada. Estaba pálida y algo ojerosa. Tenía los ojos vidriosos. El contraste entre la piel tan pálida y los moretones de su cuello y clavícula la horrorizaron.

—Mierda.

Susurró mientras se contemplaba llena de marcas y hematomas. Estudió su vientre plano, pero al parecer ahí no había ningún chupetón. Colocó una mano en su vientre.

>>—Lo siento. No tuve muchos cuidados.

Dijo con preocupación. Solamente esperaba que todo estuviera bien con su hijo. Su madre le dijo que era normal que de todo se asustara, pero necesitaba calmarse y tomarlo todo con calma.

Cuando acabó de vestirse, se dirigió a la sala. No había aún señales de Elizabeth, ni escuchaba voces provenientes de fuera que le indicarán que Elizabeth había salido a hablar por teléfono para no despertarla.

Trabajar en vacaciones era inconcebible para otra persona, pero no para Elizabeth Macmillan. Fue en busca de su bolso y recuperó su

móvil. Tenía un mensaje de su madre, su tía, Eliot, Luisa, e incluso tenía un mensaje de tía Olga invitándole ese fin de semana a tomar el té en su casa. Kanao se acomodó en el sofá y se dispuso a contestar todos los mensajes. En particular, a tía Olga le agradeció la invitación, pero le informó que le era imposible acudir, ya que estaba de vacaciones y regresaría a la ciudad hasta el lunes.

—¿Kanao?

Ella soltó un grito y se cubrió la boca con la mano. Había estado tan absorta en su móvil, que no había escuchado entrar a Elizabeth y eso la sorprendió. Elizabeth vestía una chaqueta de cuero y pantalones de mezclilla con unas botas hasta las rodillas; sostenía dos bolsas de papel en los brazos.

—¡Me asustaste!

Exclamó con el corazón acelerado.

—Disculpa, pensé que me habías visto entrar.

Elizabeth dejó las bolsas en la mesa y de ella extrajo un vaso de unicel y se acercó a ella.

>>—Fui a comprar algo para desayunar.

Kanao enarcó la ceja, pero sonrió.

—Tenemos despensa, pudimos preparar el desayuno juntas.

—No quería despertarte y exigirte alimentarme, así que pensé en hacer algo cortés para variar.

Le entregó el vaso.

>>—Es zumo de mango. En el local de la reserva, solamente hacen jugos por temporadas. Así que no tenían jugo de naranja.

Kanao sonrió, se levantó, aceptó el zumo y se alzó sobre sus pies para darle un beso en la mejilla derecha.

—Gracias. Me gusta mucho el mango.

Volvió a darle otro beso en la otra mejilla.

>>—Y gracias por ser considerada.

—Tenía que serlo, anoche no fui nada cortés y te exigí demasiado.

Comentó suavemente.

—Cierto, pero en retrospectiva, había momentos en los que yo tampoco deseaba parar.

—Y ni siquiera comiste correctamente…

—Y nos perdimos el paseo en bote.

Dijo con un puchero, bebiendo un sorbo del zumo; estaba delicioso.

—He reservado para hoy.

Dijo ella seriamente. Kanao sonrió.

—¿De verdad?

—Sí.

Elizabeth la sujetó de la mano y la guió hacia la mesa. La hizo sentarse y comenzó a sacar contenedores de las bolsas.

>>—Pasaremos el día junto al lago. Haremos un picnic, y pasearemos en bote. Tengo todo preparado.

Kanao sonrió, pero por algún motivo la atacó la nostalgia; recordó el sueño que tuvo no hace mucho donde ambas habían tenido un momento especial sobre una manta en el jardín de la casa de los Macmillan. Sería alguna premonición.

—Un picnic suena bien.

Dijo distraídamente mientras destapaba el contenedor que Elizabeth puso ante su cara.

>>—¿Crees que podamos conseguir pollo frito? Tengo antojo de eso desde el otro día.

Kanao observó con deleite los panqueques con fruta que Elizabeth había comprado; fue tarde cuando se dio cuenta de que sus palabras causaron que Elizabeth se detuviera el movimiento de sus manos con un vaso de café saliendo de la bolsa.

>>—Yo…

No sabía qué decir, parecía que tenía que estar cuidando sus palabras. Antojo igual a bebé en la barriga. Y esa era una realidad que a Elizabeth no le gustaba aceptar. Se aclaró la garganta y la miró fijamente.

>>—Olvida lo que dije. Cualquier cosa que almorcemos estará bien.

—¿Antojos?

Elizabeth continuó sacando cosas de la bolsa.

>>—¿Tienes antojos frecuentemente?

Elizabeth carraspeó.

—No siempre.

Ella dijo entre dientes.

>>—Incluso no tuve tantas náuseas esta mañana. Están mejorando mis síntomas.

Elizabeth dio un sorbo a su café.

—Aún tienes un tono verdoso y enfermizo.

Dijo Elizabeth. Kanao sonrió.

—Eso es normal en el primer trimestre. El doctor dijo que mejoraría.

Elizabeth alargó la mano y le acarició los largos rizos húmedos.

—Conseguiré el pollo frito.

Susurró.

—¡No tienes que hacerlo!

—Lo haré.

Afirmó. Elizabeth suspiró.

>>—Ahora termina de desayunar.

Kanao alcanzó su mano.

—Gracias. Significa mucho para mí.

Alcanzó su mano.

>>—Agradezco que intentes complacerme. Pero no es necesario que te esfuerces tanto. Yo sé que no quieres tener nada que ver con esta decisión que tomé y no te culpo.

—Mírame, por favor.

Susurró Elizabeth. Sus ojos se encontraron y a Kanao la sorprendió la expresión de ella. Estaba preocupado.

>>—Es verdad que no tengo la menor idea de cómo tratar a los niños. O de momento, como tratar con una mujer embarazada. Sigo sin creer que tu decisión sea la mejor. Pero respetó tu voluntad.

Ella negó con la cabeza.

—Y te agradezco y te aseguro que no espero que esto entre nosotras pueda continuar en un futuro.

Murmuró Kanao.

>>—Pero guardaré este fin de semana en mi memoria para siempre.

Kanao se levantó y la besó.

>>— Yo no te exigiré nada y lo único que pido es que no me odies.

Kanao río. Elizabeth le acarició una ceja con el dedo.

—Yo jamás lo haría; no digas tonterías.

Sin apartarle la mano de la mejilla, Elizabeth clavó en ella sus ojos. Kanao sintió que su mirada la quemaba.

>>—Te preocupas demasiado.

A Kanao le dio un hueco en el estómago. Trató de recobrar el aliento, sin conseguirlo del todo. Kanao volvió a sentarse; claro que se preocupaba, no estaba hecha de piedra. Cada momento con Elizabeth sería una daga en su corazón cuando tuviera que alejarse y emprender sola su camino.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí.

Elizabeth tomó asiento en la silla del costado y sacó también su desayuno de la bolsa.

—En una ocasión tuve una conversación con Nicole.

Al pronunciar ese nombre, Elizabeth inmediatamente se puso en guardia.

—¿Cuándo? ¿Qué te dijo?

—Nada que no supiera ya… salvo una cosa.

Elizabeth enarcó una ceja sin comprender. Ella se mordió el labio inferior.

—¿Qué cosa?

—Ustedes iban a casarse, luchaste porque tu familia la aceptara, así que lógicamente puedo imaginar tus sentimientos hacia ella…

—De eso ya no existe nada.

Kanao miró su plato.

—Ella dijo que habían acordado tener hijos y que ya tenía todo listo para embarazarse después de la boda.

Elizabeth apretó la mano libre en puños sobre la mesa.

—No es del todo cierto.

Comentó sin mirarla, en cambio miraba fijamente a algún punto de la pared.

>>—Mientras crecía tuve que luchar contra muchas circunstancias, mis padres no fueron malos y no puedo justificar mi renuencia a tener hijos porque tuve una mala infancia.

Hizo una pausa.

>>—Mi mayor reto fue aceptar mi verdadera orientación sexual y que mi familia me aceptara como soy.

Elizabeth dio otro sorbo a su bebida, aun no la miraba.

>>—Y en una parte de todo mi proceso y todas mis terapias, acepte que no es malo no querer tener hijos. Cada persona tiene el derecho de decidir sobre su propio cuerpo y su vida, y eso incluye la decisión de tener o no hijos. No existe una obligación social de tener hijos, y no hay nada malo en querer vivir una vida sin ellos.

Se rió.

>>—Yo en especial no quiero embarazarme. Me da fobia pasar por todos esos cambios físicos, molestias, el parto… De hecho existe una palabra que describe esa fobia.

—¿No querer embarazarte es una fobia?

Preguntó Kanao confundida.

—Sí.

Elizabeth la miró y ladeo la cabeza.

>>—Cuando una mujer tiene fobia a embarazarse, se conoce como tocofobia. Este es un miedo irracional e incontrolable al embarazo y al parto.

Dijo con desagrado.

—No lo sabía.

Dijo Kanao encogiéndose de hombros.

>>—¿Entonces tú tienes esa fobia?

—No a ese grado.

Elizabeth suspiró.

>>—Yo no quiero embarazarme y no es mi prioridad ser madre. Soy egoísta.

La mirada de Elizabeth viajó al vientre de Kanao.

>>—La crianza de hijos puede ser muy costosa y afectar el estilo de vida. Algunas personas eligen no tener hijos para poder disfrutar de más tiempo y recursos para sí mismos o para otras actividades.

—Pero tú tienes dinero.

Alegó Kanao, colocando una mano en su vientre.

—No es el punto.

Elizabeth miró a Kanao a los ojos.

>>—Tengo otras prioridades en la vida, como mi carrera profesional y la búsqueda de nuevos retos.

Elizabeth habló fríamente.

>>—Nicole si deseaba una familia y aunque no lo habíamos acordado, yo la amaba y pensaba seriamente en llegar a un acuerdo pero en un futuro muy lejano.

Kanao sintió su corazón acelerado.

—¿Pero si hubieras permitido que ella se embarazara y criado a esos hijos?

Esa era la pregunta del millón.

—No puedo contestar algo que no llegue a considerar del todo.

Dijo Elizabeth alcanzando la mano que tenía sobre la mesa.

>>—Yo no sentía y no siento el deseo de ser madre. No es que no me gusten los niños. Es el hecho de que yo no quiero criarlos y tener esa responsabilidad. ¿Puedes entenderlo?

Kanao se quedó pensando un momento. Sí, totalmente la comprendía. Cada persona debe tener la libertad de elegir el camino que mejor le funcione, sin sentir culpa o presión social. Kanao no podía odiarla o juzgarla por eso, siempre y cuando ella misma aceptara su decisión lo cual las conducía a un callejón sin salida.

—Te comprendo.

Kanao apartó la mirada y sutilmente apartó la mano.

>>—Será mejor que terminemos de desayunar o se hará tarde.

Elizabeth no dijo nada por su acción de apartar la mano. El silencio en esos segundos fue algo incómodo. Kanao cogió una fresa y se la llevó a la boca.

Capítulo 12

Elizabeth observó a su alrededor. La zona principal de la reserva tenía un poco más de actividad que las áreas del bosque; aun así, no dejaba de parecer tan tranquilo y aburrido. Familias y parejas rondaban la zona, algunos esperando su turno para usar las canoas y navegar por el lago. Otras tomándose fotografías con el paisaje. Unas más retozando debajo de los árboles; algunos hombres estaban a las orillas del río con el agua hasta las rodillas mientras intentaban pescar algo.

También había pequeños comercios en pequeñas cabañas que se conflagraban con el rústico lugar donde vendían alimentos, snacks, artesanías y recuerdos, e incluso había una cervecería. Y solo el Dios todopoderoso sabía cómo ella necesitaba urgentemente un trago, aunque todavía no fuera mediodía y no fuera una mujer de cerveza.

Elizabeth observó a Kanao a la distancia. Ella estaba radiante vestida con una chamarra de mezclilla llena de parches de colores; su cabello suelto era un enredo de rizos despeinados por el viento. Sus mejillas eran rojas a causa de su enorme sonrisa. Ella parecía contenta mientras lanzaba trozos de pan a las aves que estaban cazando alimento en el muelle.

Elizabeth jamás sintió curiosidad por este tipo de destino. Encontraba placer en ir a nadar, a bares, e incluso hasta le gustaba el esgrima. Cuando estaba estresada o deseaba divertirse, iba de copas o jugaba al póker contra sus primos y les robaba su dinero; ese era su deporte favorito. Tranquilidad, naturaleza y radiante sol no eran para ella.

Tanto aire puro le proporcionaba una sensación incómoda en el estómago; no obstante, viendo la alegría en el rostro de Kanao, hacía menos pesado este momento. Momentos que no volverían a repetirse. Esta mañana quedó claro. Kanao y ella tenían prioridades diferentes y filosofías nada compatibles. ¿Qué sucedería a partir del lunes? No tenía la menor idea.

Elizabeth giró hacia el otro lado del muelle donde estaban los puestos de comida. Ella en particular no tenía hambre, pero al llegar,

Kanao mencionó haber percibido un olor dulce y mezclado con canela. Hace un momento, una mujer pasó con un plato con un rollo de canela.

Observando a Kanao tan entretenida, decidió ir a comprar un postre para Kanao y un café cargado para ella. No tardaría mucho y, si Kanao la buscaba, no tendría dificultades para encontrarla, ya que estaba justo enfrente.

Resultó que efectivamente el olor era ni más ni menos que roles de canela recién ordenados. Ordenó uno para Kanao, más un té de frutos rojos y un café negro para ella. Por suerte, el local tenía una estación de servicio separada del restaurante. Mientras esperaba su pedido, no perdió de vista a Kanao, la cual al parecer ni siquiera se dio cuenta de que se había alejado.

Entrecerró sus ojos para ubicarla mejor entre la multitud que alimentaba a los bichos del lago. Aunque no era necesario, la podía reconocer en cualquier parte. Kanao estaba completamente inmersa en su tarea. Era una escena de fotografía, una que tal vez no se volvería a repetir.

Minutos después se acercó a Kanao, tratando de controlar su gestó al captar el olor a pescado y lirio en estado de putrefacción. ¿Si olía tan mal porque la gente parecía estar tan contenta? Era incomprensible para Elizabeth.

Hubo un segundo o dos mientras Kanao la miraba con asombro por haberse acercado, y tardó aún más en darse cuenta de que Elizabeth le había comprado esa cosa dulce que había captado su mirada. Elizabeth observó fascinada cómo el rostro de Kanao se iluminaba de júbilo. Su risa fue una explosión de ruido, acompañada de las risas de todos los presentes en el muelle.

Pronto llegó su turno de subir a las canoas. Kanao estaba llena de nervios y miedos, pero la verdad no fue nada peligroso, una vez que encontraron el ritmo para remar. Además no era una competencia. Avanzaban un par de metros por el lago y después se detenían para apreciar el lugar un poco, Kanao se inclinaba cada que podía para sumergir las manos en el agua y Elizabeth le advertía que tuviera cuidado.

—¿Tuviste otras novias?

Preguntó Kanao sin mirar a Elizabeth.

>>—Me refiero a antes de Nicole y después también.

Intentó no sonar tan aprensiva.

>>—En internet no se menciona el nombre de otra novia, solamente amantes y murmuraciones sobre relaciones con otras mujeres importantes.

Durante un largo momento, solamente se escuchó el sonido del chapoteó de las otras personas que también navegaban por el lago.

—Por supuesto que tuve relaciones antes…

Elizabeth se rió.

>>—Hasta tuve relaciones con algunos hombres.

Kanao la miró sorprendida.

—¿Hombres?

Elizabeth se burló.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo se supone que iba a descubrir lo que de verdad deseaba si no experimentaba todo?

Kanao se sintió tan tonta.

—Tienes razón. No lo había considerado.

Se sonrojó.

>>—Creo que simplemente asumí que eras…

—¿Lesbiana? Por supuesto que siempre tuve mis dudas, me costaba comprenderme a mí misma a pesar de lo que muchos piensan, no es como si llegaras a tener claro en tu cabeza cuáles son tus preferencias, ojalá fuera así de fácil.

Elizabeth remó un par de metros.

>>— La orientación sexual es una experiencia personal y puede tomar tiempo para descubrirse. No hay una prueba rápida para determinar si alguien es gay. Es un proceso de autodescubrimiento, donde se explora la atracción.

—Tiene sentido.

Kanao se sonrojó.

>>—Soy una tonta. Disculpa.

—No eres tonta.

Elizabeth se apartó el cabello del rostro.

>>—Y comprendo tus dudas. Después de todo tengo mucha peor fama que mi hermano.

—¡No es así!

—Claro que lo es. Y es un tanto injusto, ya que si un hombre se revuelca con cincuenta personas, es un promiscuo y un héroe; en cambio, yo soy una puta.

—¡Elizabeth! Yo nunca quise insinuar…

Intentó alcanzarla, pero desistió en moverse, ya que, con un mal movimiento, ambas terminarían en el agua. Elizabeth la sorprendió al reírse a carcajadas.

—No te preocupes, Kanao. Hace mucho tiempo dejó de afectarme los comentarios de la gente.

Elizabeth suspiró.

>>—Ninguno de los y las amantes que tuve antes, llegaron a importarme como Nicole.

Miró al cielo.

>>—Con ella fue tan fácil ser yo, me comprendía mejor que nadie y nos complementábamos también. Pensé que era la indicada y quien me dio valor para aceptarme ante mí y ante todos tal cual era.

Negó con la cabeza.

>>—Ella jamás se desesperó y enfrentó el tsunami de problemas que me cayeron encima. Hasta buscó la forma de ganarse a mi familia.

Miró a Kanao intensamente.

>>—Pero resultó que tenía una cara que yo no conocía.

Kanao se ajustó la chaqueta.

—¿Le preguntaste por qué te engaño?

—¿Acaso hay una justificación para el engaño?

Preguntó Elizabeth con sarcasmo. Kanao negó.

>>—No importa porque lo hizo. Aunque no haya hecho inconsciente.

Se notaba que Elizabeth estaba conteniendo su furia.

>>—Dime Kanao, ¿tú me perdonarías si te dijera que me lleve a la cama a otra mujer, aunque te afirmará y jurara que estaba ebria y no sabía lo que estaba haciendo?

Kanao sintió que se le revolvía el estómago.

—No.

Contestó sinceramente.

—Un engaño es un engaño y no pude perdonarla.

Contestó sinceramente.

>>—Y las relaciones que tuve después de ella, fueron solamente satisfacción sexual. Mi lema era, el desapego reduce el daño.

Kanao, asintió intentando procesar sus palabras. Kanao no quiso preguntar si con ella también practicaba el desapego. Aunque la respuesta era fácil de deducir.

En silencio continuaron disfrutando del lago, hasta que terminó su hora y regresaron a la orilla. Fue un día lleno de actividades. Caminaron por el parque recreativo. Kanao volvió a lanzar comida a las aves del lago mientras Elizabeth la miraba desde una distancia segura y finalizaron con un almuerzo sentadas a la orilla del lago.

La mayoría de los momentos fueron buenos, algunos tensos, pero buenos. Era más que obvio que su conversación de más temprano y la que tuvieron en el lago no fueron bastante claras y ambas danzaron sobre la pregunta principal: ¿Qué sucedería entre ellas al regresar a la ciudad? ¿Cada una continuaría su camino? Era claro que ninguna seguía el camino de la otra. Tal vez estos pequeños momentos eran la despedida, y Kanao haría bien en distanciarse. En intentar ver a Elizabeth como una amiga más. La pregunta era… ¿Sería posible?

—Antes de irnos quiero ir de compras.

Comentó Kanao desde su lugar, recargada en el árbol. Elizabeth estaba recostada sobre la manta, con la cabeza en el regazo de Kanao; tenía los ojos cerrados, pero sabía que no estaba dormida.

—¿Qué quieres comprar?

—¿Algún recuerdo del lugar?

Elizabeth se quedó unos instantes en silencio, reflexionando.

>>—¿Quieres un recuerdo también? Yo puedo regalártelo.

El tono de voz de Kanao era alegre.

—No creo que existan muchas opciones más que imanes para el refrigerador, llaveros en forma de barcas y animales.

Bromeó Elizabeth.

>>—O algunas tazas.

—A mí me gustan los llaveros.

Comentó Kanao, sin dejar de peinar a Elizabeth.

—¿Me tomas el pelo?

Preguntó con calma.

—No.

Kanao le delineó la mejilla.

>>—Cualquier souvenir por muy sencillo que sea representan conexión y la preservación de momentos importantes. Son regalos ideales para diversas ocasiones. Yo quiero recordar este paseo.

—¿Y si no quiero un llavero?

Elizabeth abrió los ojos y la miró con suspicacia.

—¿Qué tal un termo para café?

Elizabeth se iba a negar, pero se detuvo al contemplar la sonrisa en el rostro de Kanao.

>>—Como son de metal, creo que hasta pueden grabar las letras de tu nombre.

La expresión de Kanao era ilusionada.

—Claro, el termo es mejor opción que un llavero.

Elizabeth le guiñó. Esta cita estaba resultando algo novedoso y sin precedentes en su vida.

>>—Aceptaré tu regalo, Kanao.

Dijo Elizabeth en voz baja. Kanao todavía sonrió.

—Gracias, quiero que ambas tengamos un bonito recuerdo de este fin de semana.

La confianza que finalmente encontró se vio socavada por su voz ronca; su alegría se empañó por un momento.

>>—Pase lo que pase después de que regresemos a casa, quiero asegurarte que no te exigiré nada. Y ni siquiera te odiaré por separarnos.

Confesó de una vez lo que tanto había estado callando.

—¿Puedes mirarme a los ojos y decir eso?

Contestó Elizabeth alzándose sobre sus codos.

>>—Suena a despedida.

—Lo es.

Dijo Kanao; toda noción de alegría había desaparecido de ella y miró a Elizabeth con una mirada severa. Kanao parecía como si le

hubieran dado una bofetada en la mejilla inesperadamente. Todas sus aspiraciones de repente se estrellaron contra el suelo.

>>—Debemos de dejar de engañarnos. Está claro que esto entre nosotras sea lo que sea, no puede continuar.

—¿Por qué dices eso?

—Mi bebé.

Dijo con un suspiro.

>>—Aunque me tratas amablemente ahora. Lo que yo quiero, no es algo que tu desees. Así que es mejor continuar cada una por su lado.

Elizabeth se levantó tan rápidamente como si fuera un resorte.

—¿Por qué tienes que arruinar el momento? Ese es un problema que podemos solucionar después.

Kanao también se levantó, pero ella de forma más lenta y ayudándose del tronco para no marearse en el proceso.

—No estoy arruinando nada, solamente quiero que sepas que ya no guardo ilusiones.

Incapaz de perder esta rara oportunidad, Kanao quiso dejar claro todo de una vez.

>>—Una vez que regresemos a la ciudad, por el bien de ambas es mejor que no nos volvamos a encontrar.

La expresión en el rostro de Elizabeth le picaba, como si estuviera mirando a una niña inmadura. Kanao, por su parte, se separó del tronco.

>>—Ahora, estando claras en el asunto. Iré a la tienda de recuerdos. Tú puedes recostarte nuevamente.

Kanao se giró y apenas dio un paso cuando sintió a Elizabeth acercándose a ella por detrás. Se sobresaltó cuando sintió sus manos en la cintura y su boca en su cuello.

>>—Elizabeth…

—Cállate.

Ordenó, depositando suaves besos a lo largo de su cuello y oreja.

>>—Escuchaste. De momento no quiero saber nada.

Elizabeth la hizo girar y le sujetó la cara entre las manos. Cuando ella cerró los ojos, se detuvo. Kanao aguardó, esperando sentir la suavidad de sus labios sobre los suyos, pero el gesto no llegó.

Esperó un poco más y abrió los ojos. Los de Elizabeth, grandes y cálidos, la estaban contemplando seriamente. Le acarició la cara con suavidad aquí y allí, como si estuviera memorizando sus rasgos. Cuando volvió a acariciarle el cuello, arriba y abajo, con la yema de un dedo, Kanao se estremeció.

>>—Lo que menos deseo ahora es pensar en nada.

Dijo Elizabeth, antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja y el cuello.

>>—Olvida los problemas. Olvida todo.

Sosteniendo la cara de Kanao entre sus manos, le rozó la frente con los labios. Descendió por su nariz, por sus mejillas, por la barbilla. Cuando ella volvió a cerrar los ojos, le cubrió la boca con los labios. A esas alturas, Kanao ya estaba sin aliento. En cuanto sus labios se encontraron, una corriente de sangre, calor y energía las recorrió a ambas, pero Elizabeth no se apresuró. Sus labios cubrieron los de ella completamente y se movieron arriba y abajo, hasta que sus cuerpos vibraron con la suave fricción. Pero no abrió la boca. Levantó una mano para sujetarle delicadamente la nuca, masajeándole con suavidad la cabeza y enredándose en su pelo unos segundos antes de volver a descender. Kanao no fue tan delicada al agarrarla por la nuca y hundir los dedos en su cabello. Sus bocas seguían presionando la una contra la otra, milímetro a milímetro.

Elizabeth sacó la punta de la lengua y la pasó lánguidamente por el labio superior de ella, probándola con discreción antes de succionarle el labio inferior. Era tentador. Era una tortura. Era el beso más lento que Elizabeth le había dado nunca.

Su corazón, por el contrario, latía aceleradamente. Cuando ella gimió contra su boca, Elizabeth le echó la cabeza hacia atrás para que abriera la boca. Pero no aceleró el ritmo. Esperó a que la mandíbula de Kanao se relajara. Cuando ella no pudo esperar más y sacó a su vez la punta de la lengua para que se reuniera con la suya, solo entonces Elizabeth se dio permiso para aceptar su invitación.

Kanao se habría lanzado a un beso enfebrecido, pero Elizabeth marcaba el ritmo y quería ir despacio. Besarla con suavidad, tomarse su tiempo. Tardó una eternidad en bajar las manos desde la cara de

Kanao hasta sus hombros. Y media eternidad más en deslizarse por la espalda hasta la parte baja de su espalda y deslizarse por debajo de su chamarra y blusa para encontrar piel desnuda. Y durante todo ese tiempo no dejó de explorarle la boca, como si nunca fuera a tener otra oportunidad de hacerlo.

Kanao respiraba su aliento cálido y húmedo. Elizabeth era su oxígeno. No lograba dejar de besarla el tiempo necesario para respirar correctamente y la cabeza empezó a darle vueltas. El aturdimiento hacía que sintiera el roce de sus labios con más intensidad, por lo que no se resistió. Se rindió a las sensaciones, lamiendo, succionando, moviéndose... Muy lentamente, Elizabeth se retiró, interrumpiendo el beso. Con los pulgares le acarició la piel desnuda de la cintura. Cuando ella inspiró bruscamente, Elizabeth la abrazó con fuerza, rodeándola con sus brazos.

—Es injusto.

Dijo Kanao cuando por fin pudo hablar; la voz le temblaba.

>>—Todo lo que está pasando es injusto.

Escuchó la risa de Elizabeth.

—La vida no es justa.

Siguió abrazándola con fuerza. Con un dedo, le apartó un mechón de pelo de la cara.

>>—Pero aunque no tengo la menor idea de que sucederá mañana. Al menos por ahora, no quiero que nos preocupemos por eso.

Kanao la miró a la cara.

—Pero…

—Sin peros.

Kanao vio que los ojos de Elizabeth lanzaban chispas; parecía estresada.

—Resolveremos nuestras diferencias una vez que volvamos.

Elizabeth la miró con cautela, observando sus reacciones. Kanao se separó y enderezó los hombros.

—No son diferencias. Es una realidad.

—Una realidad de la cual no quiero preocuparme ahora.

Se inclinó sobre ella y le besó la mejilla.

>>—Ahora, vamos a buscar esos recuerdos.

Elizabeth siguió besándola, bajando por su cuello hasta llegar al hombro.

>>—No te preocupes, por nada más que conseguirme ese termo. Hasta estoy considerando la idea del llavero.

Kanao sonrió.

—Creo que me estaba gustando mejor la idea de conseguir una hermosa sudadera; creo que el rojo te queda bien. ¿Qué tal suena?

—Me pondré lo que escojas para mí.

Kanao escondió la cara en su pecho y su cuello y sintió a Elizabeth suspirar. Los milagros son caprichosos. Te toman de la mano y te consuelan, aunque sea brevemente, antes de derretirse. Justo cuando piensas en rendirte, regresan a ti en forma de un sueño placentero. Y por el momento esto era un sueño del que no quería despertar.

Capítulo 13

El sábado la pasaron relajadas en la cabaña, llevando a cabo actividades comunes. Como por ejemplo: por la mañana, Kanao tomó un aromático té de hierbas recargada en el marco del pórtico, mientras observaba a Elizabeth hacer yoga como calentamiento antes de realizar una carrera de mínimo dos kilómetros. ¡Dios! ¿Qué necesidad de torturarse así? Kanao prefería quedarse con sus kilitos extra. Y era una suerte no ser tan vanidosa; ya podría prever que subiría varios kilos.

Después del almuerzo, Kanao optó por dormir la siesta mientras Elizabeth trabajaba y, por la tarde, fueron a la pequeña tienda que servía como súper de todo uso y compraron algunos ingredientes para preparar la cena. Kanao no era una experta cocinera, pero era mucho mejor que Elizabeth, sin duda.

Pasta, albóndigas, ensalada, pan y algunos tipos de queso. Fue una agradable cena, riendo y conversando sobre varias cosas. Elizabeth le hizo muchas preguntas de su infancia, las cuales ella contestó con una enorme sonrisa. Elizabeth, por su parte, le habló un poco de su trabajo y cómo fue que consiguió su propia firma inversionista.

Después de cenar se tumbaron frente a la chimenea sobre muchas mantas y almohadones. Elizabeth estaba degustando un coñac no tan bueno según el paladar de Elizabeth, pero era el único que lograron conseguir en ese súper. Fue ese coñac o cerveza de barril y por supuesto que Elizabeth prefirió lo primero.

Sentadas sobre las mantas, Elizabeth la rodeó con sus brazos, mientras a su alrededor sonaba música clásica en inglés. Estaban tranquilas, en pijama y bastante relajadas.

—Esa canción me gusta.

Kanao cerró los ojos, concentrándose en las voces que cantaban *Like a Rolling Stone*.

—Una canción icónica del rock and roll, conocida por su letra poética y su melodía memorable.

—¿Ah, sí?

Elizabeth asintió.

—Es considerada una de las canciones más importantes e influyentes en la historia de la música popular.

Kanao sonrió. Últimamente había descubierto que a Elizabeth le gustaba que Kanao le preguntara cosas.

— La canción marcó una transición importante en la carrera de Dylan, alejándose de su estilo folk anterior hacia un sonido más eléctrico y rockero.

—Ya veo. Gracias por el dato.

Con las voces celestiales de fondo, ambas dejaron de hablar y empezaron a besarse. Pronto les sobraron las mantas y la ropa, a medida que sus cuerpos se acaloraban frente al fuego.

A la luz de las llamas anaranjadas, Kanao empujó a Elizabeth hasta que quedó tumbada y se sentó a horcajadas sobre ella, que sonrió cediéndole el control, encantada con la confianza que ella estaba adquiriendo.

—Creo que es momento de que me des lecciones también en otras artes. ¿No te parece?

Elizabeth sonrió seductora.

—¿Crees estar preparada?

—No, pero creo que es momento de mostrar más seguridad en mí misma y deshacerme un poco de mis inhibiciones.

El lado lujurioso y libidinoso de Elizabeth se preguntó de qué otras inhibiciones podría librarla si no aprovechaba esta ocasión; tal vez jamás volvería a presentarse semejante oportunidad. La voz de Kanao la sacó de sus pensamientos.

—Quiero darte placer.

—Ya lo haces. No te imaginas cuánto.

Kanao bajó la mano y la introdujo por entre su bata, para lentamente subir por sus muslos.

—Con la boca quiero decir. Quiero aprender, tú lo haces siempre, pero yo…

El cuerpo de Elizabeth reaccionó ante sus palabras susurradas y su mano insegura. Detuvo la mano de Kanao a mitad del camino.

—Kanao, no tienes que hacer nada. Hago lo que hago porque me apetece hacerlo.

Esbozó una media sonrisa.

>>—Pero ya que te ofreces tan amablemente...

—Sé que los hombres lo prefieren.

Elizabeth apretó los dientes. Kanao negó con la cabeza.

>>—Quiero decir, el sexo oral es más placentero, también para las mujeres.

—No es verdad.

Comentó Elizabeth apretándole la cadera.

>>—La afirmación de que tanto hombres y mujeres prefieren el sexo oral es una generalización y no se aplica a todas las personas.

Elizabeth le apretó la nariz.

>>—El placer sexual es subjetivo y varía ampliamente entre individuos, independientemente de su género. Si bien algunas personas disfrutan más del sexo oral que otras, no hay evidencia que sugiera una preferencia universal por esta práctica.

Kanao entrecerró los ojos.

—¿Entonces no te gusta el sexo oral?

—Por supuesto que me gusta.

Comentó Elizabeth, con los ojos brillantes.

>>—Al igual que me gusta saborearte o follarte.

Negando con la cabeza, Kanao se arrodilló entre sus piernas.

—Sí, creo que tu mayor placer es torturarme.

—Eso también.

Elizabeth se burló, mientras apilaba muchas almohadas detrás de ella para quedar en una posición que le permitiera mirarla.

Kanao observó su reacción con el rabillo del ojo.

—Tengo que decirte una cosa.

Elizabeth la miró expectante abriendo las piernas.

—Cuando… cuando estuve con… bueno, a algunos de mis ex no les gustaba cómo lo hacía.

Elizabeth frunció el ceño.

>>—Me refiero a que no soy muy buena.

Comentó nerviosa.

>>—No tienes un pene, claro. Pero puede ser que no lo haga del todo bien…

—No tienes que ser perfecta, Kanao.

Kanao evitó mirarla a los ojos.

—Tranquila, aún puedo esperar si no…

Kanao le agarró la mano.

—¡Lo voy a hacer!

Añadió, apretándole los dedos. Ella descendió un poco por su cuerpo y Elizabeth enredó los dedos en su pelo. Kanao se quedó quieta. Durante unos segundos, Kanao no se movió y eso la hizo sospechar algo.

—¿Cómo tan idiotas fueron esos hombres?

Kanao alzó la cabeza sorprendida.

—¿Qué cosa?

—Cuando les practicaste esas felaciones, ¿fueron crueles contigo?

Preguntó preocupada. Ella permaneció inmóvil. Confirmando sus sospechas. Elizabeth le alzó la barbilla para mirarle los ojos.

>>—¿Tu ex te forzaba a practicarle felaciones? ¿Te sujetaba la cabeza?

—Es que...

Kanao bajó la cabeza.

>>—Él decía que si no era profundo, no sentía placer.

Elizabeth la miró incrédula.

>>—Kanao…

—Ya te dije que no era buena, pero te prometo que me esforzaré...

La miró entornando los ojos.

—¿Ese maldito idiota te forzaba?

—No. Yo era la que no sabía hacerlo bien… Algunas de mis amigas decían que era así como a los hombres les gustaba, pero yo no lograba hacerlo por más que ellas intentaron enseñarme.

Kanao se encogió de hombros.

>>—Es una suerte que tú no tengas pene, debe ser menos complicado ¿cierto?

Elizabeth maldijo furiosa. Se sentó y se frotó la cara con las manos. En el pasado, no siempre había sido delicada con sus conquistas, pero se enorgullecía de haber observado unas mínimas reglas de educación. Al menos nunca traspasó los límites o fue más allá de lo que las otras mujeres le ofrecieron. Las llevaba al límite y se veía que no podían sobrepasarlo; retrocedía. De no hacerlo, sería considerado tortura y hasta abuso, y ella era muchas cosas, pero no una criminal sexual. Solo alguien increíblemente retorcido, una persona misógina, podía excitarse humillando a otra persona de esa manera. ¿Con qué clases de idiotas estuvo Kanao? ¿Qué patán era el hombre que la embarazó? Estaba comenzando a dudar que ese embarazo fuera un accidente. ¿Qué tal si lo hizo autoconsciente? Era cierto que los preservativos fallaban. ¿Era este el caso de uno en un millón? Tal vez, tal vez no.

¿Cómo podía nadie hacerle algo así a una criatura tan dulce como Kanao, con sus ojos amables y su preciosa alma? Una criatura tímida y hermosa.

Sacudiendo la cabeza para librarse de esos fieros pensamientos, se levantó, ayudó a Kanao a hacerlo también.

—Ven.

—¿A dónde?

—A la cama.

La hizo caminar los pocos pasos que la separaban de la chimenea; en verdad, esta cabaña era muy pequeña.

>>—Soy una buena maestra, y me tomaré el tiempo de enseñarte todo lo que hay que saber.

Y vaya que le enseñó. Elizabeth se tomó en serio su papel como tutora en las artes amatorias y cada vez le enseñó algo nuevo. Lo primero que le enseñó es que se podía aguantar mucho esa tensión interior y que, al hacerlo, la liberación y, por tanto, el placer eran mayores. Después la instruyó en el arte de las caricias y en los efectos que podían tener en ambas. A mitad de la noche la enseñó a utilizar la boca para algo que no fuera hablar o comer. Por último, le demostró la importancia de saber utilizar un arnés y la resistencia que debía tener para poder follarla; controlando el ritmo de los movimientos, el placer podía ser aún mayor. Después de aquello,

Kanao consideraba que no podría volver a mirar a Elizabeth a la cara.

Pero la mayor lección que le dejó esa noche fue confirmar que, a pesar de su comportamiento hacia ella en el dormitorio, del placer y las risas que compartían cada noche, una vez que dejaran la cabaña, todo sería distinto. Lo único que compartían era la pasión.

❀

Kanao se despertó en mitad de la noche. Adormilada, tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba sola. Alargando el brazo, comprobó que las sábanas estaban frías. Alzó la cabeza y buscó por la diminuta habitación, pero no encontró señales de Kanao. Alcanzó su móvil y se dio cuenta de que eran apenas las seis de la mañana.

Bajó los pies al suelo, estremeciéndose al notar la madera helada. Tras ponerse la bata, fue hacia el baño para buscar a Kanao, pero no la encontró. En la mesa del comedor encontró un vaso medio vacío de leche y había restos de pan. Parecía como si un ratón hubiese decidido darse un festín nocturno, pero hubiera salido huyendo al verse descubierto.

Poniéndose las botas y la chamarra encima, salió de la cabaña; no tuvo que aventurarse muy lejos para encontrar a su escapista amante. La encontró en la silla mecedora del porche. Kanao estaba recostada y envuelta en una manta con la cabeza apoyada en el brazo de la banca. El amanecer estaba despuntando sobre los árboles. Dormida, Kanao parecía más joven y muy relajada. Aunque estaba pálida, sus labios y sus mejillas parecían tener un poco de color y eso sin duda era a causa del frío.

Sin poder resistirse, se puso en cuclillas a su lado y le besó la sien, mientras le acariciaba el pelo.

Kanao abrió los ojos y se desperezó. Parpadeó un par de veces antes de reconocerla y sonreír. Su sonrisa, dulce y serena, encendió el corazón de Elizabeth como si fuera una hoguera. La respiración se le aceleró. Nunca había sentido nada parecido por otra mujer. La intensidad de los sentimientos que Kanao le despertaba no dejaba de sorprenderla.

—Hola.

Susurró, apartándole el pelo de la cara.

>>—Pensé que te había comido un oso. ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí en el frío?

—Me desperté temprano y ya no pude dormir. Tenía un poco de hambre. No quise despertarte; además, decidí aprovechar para mirar el amanecer.

—Al no encontrarte en la cama me he preocupado. ¿Aún tienes hambre?

Preguntó a Kanao, frunciendo el ceño y apoyándole la mano suavemente en la cabeza.

—No. Ahora sí creo que tengo un poco de sueño.

Elizabeth se echó a reír y la besó.

—Siempre he pensado que tus estados de ánimo cambian como el viento.

Alargando la mano, Elizabeth la agarró por la nuca y la acercó para besarla apasionadamente. Recorriéndole la mandíbula con los labios, le susurró al oído:

>>—Ven a la cama.

Sujetándola de la mano, lo guió hacia la cabaña. Elizabeth la desnudó y la hizo recostarse, para después desnudarse ella misma y abrazarla debajo de las sábanas; Elizabeth suspiró satisfecha. Estaban desnudas; el cuerpo y olor de Kanao la tentaban; sin embargo, en ese momento, lo único que Elizabeth deseaba hacer era dormir.

>>—Duerme. Y te prometo que más tarde iré a conseguirte un rico y delicioso desayuno.

—¿Waffles con helado?

Elizabeth rió.

—Si es lo que deseas.

Kanao le besó la punta de la nariz.

—Sí, por favor.

Kanao la abrazó, suspirando cuando ella apoyó la cabeza sobre su pecho.

Capítulo 14

Hoy era el último día que estarían en ese hermoso lugar. Cosa que a Kanao le causaba un enorme peso en el corazón. Para ese día habían decidido hacer de nuevo un picnic, pero en esta ocasión en otra zona cerca del lago donde no había tantas personas como en el muelle.

Mientras Kanao miraba a su alrededor con entusiasmo, Elizabeth no dejaba de mandar mensajes en su teléfono. Lo cual era una contradicción en sí misma; se supone que estaban tomando este descanso para olvidarse del mundo. Sin embargo, Elizabeth de ninguna forma podía desconectarse del todo.

Incluso anoche, de madrugada, mientras Elizabeth pensaba que estaba dormida, la había escuchado hablar con Luisa. Algo debió de haberle cantado Luisa de Nicole, que Elizabeth le contestó que ella no interviniera. Que no era su deseo verla, como no lo era contestarle el teléfono sin importar cuántos números distintos le marcaran.

Al parecer, Nicole no dejaba de molestarla. De otra cosa de que se había enterado era de que, a pesar de que las pruebas la acusaban, Nicole siempre negó todo, argumentando que el hombre que difundió la noticia era un mentiroso y que estaba resentido porque ella jamás lo vio con otras intenciones que no fueran una relación de amistad.

Por ese motivo necesitaba el apoyo de Elizabeth. Si ella apoyaba la versión de Nicole, entonces la declaración de ese tipo quedaría desacreditada. La pregunta era: ¿Qué haría Elizabeth?

Durante mucho tiempo ella guardó silencio. Y hasta el momento no había dado declaraciones concretas del problema, salvo que no eran sus hechos por los cuales debía dar declaración.

Kanao volvió la vista al lago. La brisa le acariciaba la nariz y llevaba el fresco aroma de flores perfumadas. El lugar era hermoso y recostadas donde estaban eran lo suficientemente cómodo. Había un juego de cojines sobre la manta, así como una bolsa llena de

comida, dos botellas de vino, una botella de jugo de mango y un termo con delicioso té.

El cielo se llenó de nubes ondulantes y los árboles se mecían con la suave brisa. A lo lejos, grandes nevadas pintaban de blanco las montañas. Sin duda era tan hermoso que le costaría mucho regresar a la ciudad.

Elizabeth lanzó el celular lejos y en cambio fijó la mirada en Kanao. Le dolía mucho la cabeza y ya estaba cansada de las reprimendas de su hermano sobre hacerse responsable de una vez de arreglar este desastre que cada vez empeoraba. Kanao llevaba su cabello suelto y anudado, que bailaba con el viento mientras encantada miraba el paisaje.

Cosas tan simples podían llegar a complacerla tanto. Elizabeth recordó que para llegar a ver una sonrisa como esa en la cara de Nicole, necesitó un regalo sumamente esplendoroso y costoso. Hasta las mujeres que se folló después, todas se mostraban extasiadas con bolsos costosos o perfumes de marca. Kanao era una especie extraña de mujer. Elizabeth sonrió y descorchó una de las botellas de vino.

—Lástima que no puedas beber.

Comentó Elizabeth, sirviéndose una copa.

—Ya sabes que no me gusta el sabor; aunque no estuviera embarazada, no bebería.

Kanao alcanzó la botella de jugo. Elizabeth estudió su perfil; por algún motivo, los rasgos de Kanao se le hicieron más delgados. *<<No me extraña que esté perdiendo peso si vacía su estómago dos veces al día como mínimo>>.* Kanao a toda costa estaba haciendo lo posible para ocultar los síntomas de su estado de Elizabeth. Pero aun así, Elizabeth era bastante observadora.

Kanao sonrió tímidamente y Elizabeth llenó su vaso y el bosque resonó con el sonido de las copas de vino y jugo tocándose al brindar.

Mientras se relajaban, Kanao, por quitar tensión al momento, sintió la necesidad de contarle a Elizabeth sobre las hermosas islas de Hawái y lo que era la vida ahí. Ella le contó todo sobre su niñez

en la isla, sobre su madre y su cariñosa tía. De los maravillosos días pasados con el mar de fondo.

Elizabeth le hacía preguntas en intermedios, pero casi toda la conversación fue de Kanao. A pesar de ser hija de madre soltera y sufrir algunas discriminaciones por parte de las personas nativas de la isla. No había duda de que Kanao amaba a su isla, el océano y a su gente.

—¿Y por qué te gustan los colores tan brillantes?

—Me gusta mucho la luz y el color.

Dijo Kanao, señalando su pantalón color verde limón. El cual no combinaba nada con la sudadera rosa con el logo de la reserva y esas deportivas naranjas. Además, bajo su insistencia, Elizabeth usaba la misma sudadera, pero en color rojo, que fue el regalo que Kanao compró para ella. No obstante, Elizabeth la pudo combinar con unos pantalones vaqueros oscuros y sus botas.

>>—Los colores pueden influir en nuestro estado de ánimo y emocional. Algunos estudios sugieren que los colores vibrantes pueden estimular la actividad mental y crear una sensación de felicidad.

—Tiene lógica.

Tarareó Elizabeth, llenando de nuevo su copa. Ella sola ya casi se terminaba la primera botella.

>>—La elección de colores en la vestimenta puede ser un reflejo subconsciente de la personalidad y el estado emocional de una persona. yo soy bastante aburrida porque me gustan los colores neutros.

Kanao sonrió.

—Para mí, vestir de colores es una forma de diferenciarme del resto y expresar mi individualidad.

Estaba orgullosa de sus palabras; Elizabeth pudo verlo. Perezosa, Kanao se recostó más cerca de Elizabeth.

—No muchos aceptan mi estilo y, por lo general, me critican. Pero tú no lo hiciste; bueno, al menos ya no lo haces. Así que te agradezco.

—Bueno, reconozco que no es un estilo que yo utilizaría, pero tú te ves bonita con esa ropa horrible.

—¡No es horrible!

Dijo Kanao; su rostro se volvió severo y rojo brillante. Elizabeth se rió.

—¿Chillante?

—¡Que no!

Alegó y se alejó para fulminarla con la mirada desde más altura.

>>—Es estilo. Es arte. Es vida.

Argumentó con entusiasmo. Elizabeth la miró fijamente durante un largo momento, pensando. Los rayos dorados del sol atravesaron el dosel de los árboles y se reflejaron en su cabello oscuro. El aire se llenó de las melodías de innumerables pájaros desconocidos. Todo parecía tan irreal. Y nuevamente pensó en las diferencias de Kanao con las otras mujeres que frecuentó o con la misma Elizabeth. Eran tan diferentes, pero esas diferencias ahora no le molestaban tanto. Al contrario, era refrescante y divertido.

>>—Además, el diseño de modas puede ser considerado una forma de arte, ya que implica la creatividad y la expresión personal a través de la confección de prendas y accesorios.

—¿Es eso así?

—Sí, y a mí me encanta y planeo ser famosa y diseñar ropa hermosa. Le daré una vida estable a mi bebé. Ya lo verás. Lo voy a lograr.

—Kanao...

La llamó por su nombre apresuradamente, pero perdió lo que iba a decir. Era bueno que estuviera tan decidida y motivada. Pero algo dentro de Elizabeth se oponía. No quería que tantas responsabilidades cayeran sobre ella. No deseaba que se enfrentará a la crueldad del mundo, su lado más egoísta; quería encerrarla en una burbuja que se quedara como un adorable conejito. Tierno, inofensivo y hermoso. Simplemente alguien que disfrutara de paz y amor en su mundo. <<*Pero tú no le estás ofreciendo amor*>>, dijo su conciencia. Su mente ansiosa estaba perturbada.

Su línea de pensamiento fue perturbada cuando Kanao alcanzó la botella de vino y la alzó.

—¿Ya te la acabaste? Eres una borracha, Elizabeth Macmillan.

La reprendió.

>>—No me extrañaría si en el futuro mueres a causa de una cirrosis o un coma etílico.

Antes de que Kanao se moviera, Elizabeth alcanzó la otra botella; conociendo a esta loca chica, apostaba que su arranque de locura lanzaría la botella al lago.

>>—Tienes que dejar de beber y de fumar. O no llegarás a los cincuenta.

Elizabeth colocó la botella a un lado, lejos de las garras de Kanao, y luego empujó a Kanao contra sus cojines mientras ella se inclinaba y la besaba. La agarró por la cintura y la acercó. Se oían a lo lejos los cantos de los pájaros, pero al menos no había curiosos alrededor. Kanao dejó escapar un suspiro de resignación y su cuerpo quedó inerte.

—Loca mujer.

Elizabeth le sonrió.

>>—¿Acaso no has escuchado que el consumo de vino, especialmente tinto, prolonga la vida?

Kanao abrió mucho los ojos.

—¡Estás mintiendo!

—No. El vino ha sido objeto de estudio y debate en relación con la longevidad. Algunos estudios sugieren que el vino podría tener beneficios para la salud y contribuir a una vida más larga.

Kanao frunció los labios.

—Aun así, no solo bebes vino. Y los licores fuertes terminarán por matarte.

Dijo Kanao, entrecerrando sus ojos.

>>—Y aunque no estemos juntas, no quiero que mueras.

Sus mejillas estaban rojas.

>>—Y aunque no sea conmigo quiero que seas feliz.

Elizabeth la estudió con atención.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso te estás despidiendo?

—Sí, aunque a veces te desprecio, en general me gustas. Y aunque será doloroso no estar contigo. No quiero que te suceda nada malo.

Elizabeth la miró intensamente.

—¿Te sentirías más tranquila si te prometo que dejaré de beber?

Kanao la miró con ojos entrecerrados. Elizabeth no estaba refutando su comentario sobre estar juntas.

—¿Y también dejarás de fumar?

El rostro de Kanao de repente se iluminó de emoción. Elizabeth se preguntó por qué Kanao no le exigía mejor su promesa de no buscar a otras mujeres.

—Sí, también dejaré de fumar.

Prometió solemnemente. Kanao sonrió como un faro.

>>—¿Estás contenta con esa promesa?

preguntó Elizabeth, esperando que Kanao le exigiera algo más.

—Sí. Muchas gracias.

Dijo Kanao; su sonrisa torcida formó un hoyuelo en su mejilla. Elizabeth miró a la risueña chica, que sonreía como en un hermoso sueño.

—Entonces. A cambio, ¿puedo yo pedirte algo?

Preguntó, repentinamente seria.

—¿Qué cosa?

Preguntó Kanao, resignada. Elizabeth simplemente respondió riendo, mientras el tono de Kanao se volvía más solemne. Esta era la oportunidad de Elizabeth de pedirle algo realmente importante. Conociendo la honorabilidad de Kanao, le daría lo que fuera una vez que diera su palabra. ¿Qué pedirle? ¿Que no se alejará? ¿Que nunca tuviera pareja? ¿Que no tuviera al niño y se quedara con ella? ¿Que la amará? ¿Qué? Pensó por varios segundos…

—Tú.

Dijo Elizabeth.

—¿Yo?

Kanao no podía creer lo que estaba escuchando.

—Sí. Tú bailando sensualmente para mí y desnudándote.

Kanao la miró desconcertada. Kanao esperaba otra petición. Pero era obvio que todo lo relacionado con Elizabeth terminaría en la lujuria y no en el romance. Elizabeth no la amaba y todavía se sentía decepcionada. Estaba feliz de que Elizabeth la deseara, al menos. Se preguntó cómo se llamaría ese extraño sentimiento, un sentimiento que abarcaba tantas emociones diferentes.

—Realmente eres difícil, Elizabeth.

La empujó para salir de la manta y soltó un resoplido.

>>—Eres indecente ¿Lo sabías? A pesar de lo elegante y hermosa que te ves la mayor parte del tiempo. Eres una pervertida.

Kanao miró fijamente a Elizabeth. Ella se encogió de hombros.

—Soy sincera con las cosas que quiero.

Elizabeth dejó escapar un pequeño suspiro y alcanzó la botella de vino.

>>—¿Cuál va a ser tu decisión? ¿Tenemos un trato?

Elizabeth descorchó la botella.

—Es un trato injusto.

—¿Por qué?

Elizabeth se limitó a sonreír con incredulidad.

>>—Tú solamente debes hacer un estriptis y yo, luchar toda mi vida contra la abstinencia de dos vicios que me gustan mucho.

De pie y con las manos en jarras. Kanao la miró atentamente. Elizabeth alzó su copa, dispuesta a servirse.

—De acuerdo.

Kanao suspiró derrotada. Elizabeth abrió los ojos.

—¿De acuerdo?

—¡Sí!

Dio un pisotón.

>>—Aunque no se hacer esas cosas, será mejor que no te burles de mí.

Elizabeth parpadeó con incredulidad.

>>—Entonces deja eso y volvamos a la cabaña.

—¿Estás…?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Kanao pisoteó fuertemente rumbo a la cabaña, que no estaba a más de cien metros de distancia.

>>—Volvamos antes de que me arrepienta. No esperaras que me desnude aquí donde cualquiera puede descubrirnos.

Elizabeth miró a Kanao alejándose. ¿En verdad le haría un striptease? Parpadeó nuevamente. Entonces, escuchó a Kano gritarle desde los árboles que se apurara o cerraría la puerta de la cabaña con llave y tendría que imaginar lo que sucedería dentro. Elizabeth se levantó de un salto y, a pesar del mareo inicial, alcanzó a Kanao a

la mitad del camino. Ella ni la miró mientras entraban a la cabaña y Elizabeth entraba al último y cerraba la puerta. Se quedó recargada contra la puerta y la observó tiesa como una tabla mirando hacia una de las ventanas, como tratando de infundir aire a sus pulmones.

>>—¿Qué esperas? Siéntate y pon la música, porque yo no sé qué clase de música quieres.

Aún confundida con la embriaguez de su cerebro. Elizabeth sacó su móvil y escogió una canción al azar. Se acercó a la cama, pero no se sentó. Quedó justamente enfrente de Kanao a una distancia prudente.

Mientras los acordes de la melodía de "*Black Velvet*" resonaban en la cabaña y sin darle la cara, Kanao se quitó la sudadera. Elizabeth luchó por mantener la compostura. Se pasó una mano por la mejilla y miró a Kanao mientras, con manos temblorosas, se quitaba la blusa y el sostén. Estaba nerviosa, pero decidida. Con lentitud se quitó los zapatos y después, moviendo las caderas, se quitó los pantalones y la ropa interior; era claro que Kanao no comprendía lo que era un striptease. Se suponía que debería bailarle y quitarse la ropa lentamente mientras intentaba seducirla. Pero su torpe esfuerzo estaba teniendo un enorme efecto en Elizabeth.

Incapaz de organizar sus pensamientos con claridad. Elizabeth se limitó a observar el espectáculo. Totalmente desnuda, con la cara roja, Kanao se giró hacia ella. Pasó sus dedos por su cabello desordenado y luego, lentamente, sin mirarla a los ojos, se acercó a Elizabeth.

—Creo que ya he cumplido mi parte del trato.

Susurró Kanao, colocándose desnuda, tentadora y linda a no más de treinta centímetros de distancia. Esto estaba lejos de un baile sensual, pero parecía que Kanao estaba convencida de haber ganado esta batalla. Cerró sus manos alrededor de su mejilla y barbilla. Dios, no podía pensar con claridad.

—¿Esto es todo?

Cuestionó.

>>—No merezco un regalo más por el gran esfuerzo que haré por ti.

Kanao entrecerró los ojos.

—Quedamos en un striptease y ya lo hice.

—Ni siquiera bailaste, solamente te desnudaste.

Elizabeth caminó con ella rumbo a la cama y, sin dudarlo, recostó a Kanao sobre el colchón, apoyándose entre sus piernas y presionando su cuerpo suave y cálido. Sus ojos se encontraron y nunca vacilaron. Normalmente, Kanao habría evitado el contacto visual tanto como fuera posible, pero en ese momento miraba a Elizabeth con determinación. Ella quería impresionar a Elizabeth.

Elizabeth se inclinó y la besó, luchando contra el impulso de correr directo al sexo. Elizabeth estaba disfrutando de esta pasión y sensualidad inocente de esta chica. Kanao le respondió con más entusiasmo del que jamás había mostrado. Ella respiraba con dificultad y se pasó los dedos por el pelo. Sus manos se movieron hacia la nuca y se acercó para acariciarla.

Elizabeth hizo todo lo posible por controlar su lujuria, pero a medida que las dos se abrazaban y besaban continuamente, a ella le resultaba más difícil. Al final, Elizabeth cedió y comenzó a besar su clavícula, hasta el centro de su pecho, y se llevó el pecho a la boca.

Kanao gimió como un gatito ronroneando. Elizabeth continuó besando y chupando su carne cremosa, alrededor de sus pechos, su cintura y su ombligo. Elizabeth la provocó con su lengua y Kanao jadeó con la introducción de cada nueva sensación. Elizabeth apenas la tocaba, pero ella sentía que no podía respirar; agarrar y tirar del edredón no hizo nada para ayudarla a controlar la sensación que latía desde su ingle y su pecho.

Los labios de Elizabeth estaban siendo excepcionalmente tenaces hoy. Kanao había estado contando para tratar de mantener el control, pero perdió esa idea hace algún tiempo y ahora no podía hacer nada más que recostarse y dejar que Elizabeth hiciera lo suyo. Elizabeth la soltó, alejándose de ella y dándole la oportunidad de recuperar el aliento. Mientras respiraba, Kanao abrió los ojos y miró a Elizabeth. Ella le abrió las piernas.

—¿Elizabeth? ¿No se suponía que yo debía seducirte?

—Lo estás haciendo.

Elizabeth simplemente la agarró con más fuerza de los muslos y hundió la cabeza entre sus piernas. Los chillidos de Kanao se

convirtieron en gemidos que quedaban amortiguados por el sonido de la música. Ahora ya era otra canción, aunque Kanao no la conocía.

Había estado tratando de escapar del alcance de Elizabeth, pero en el momento en que sintió su lengua, no pudo resistirse y se derritió en el placer de sus movimientos. Cuando Elizabeth volvió a levantarse para mirar a Kanao jadeando, sus manos agarraron su cabello y la jalaron hacia arriba para un beso. Saboreó sus jugos en los labios de Elizabeth, pero era algo que a estas alturas ya no le molestaba.

Sus labios estaban húmedos y cálidos. Su pecho subía y bajaba con dramáticas respiraciones. Serenándose un poco, Kanao siguió besando a Elizabeth. Había querido ocultar la vergüenza de cubrirle los labios; sabía lascivo y no sabía qué hacer con eso. Sin querer, envolvió las piernas alrededor de sus caderas y empujó sus caderas hacia ella mientras se besaban profundamente.

—Kanao... Kanao, espera un segundo.

Dijo Elizabeth, alejándose un poco de Kanao. Ella notó la sorpresa en su rostro.

—No. No. Este es mi momento, mi parte del trato, ¿recuerdas? No puedes oponerte.

Murmuró medio para sí misma mientras, con un esfuerzo mayúsculo, obligaba a Elizabeth a quitarse la sudadera y blusa de tirante, dejándola solamente en sujetador. Jugueteó con el cinturón y los botones de sus pantalones. Las malditas cosas no querían salir y podía escuchar a Elizabeth reírse, riéndose de su inexperiencia. No dejándose intimidar, la hizo rodar y en un rápido movimiento se levantó de la cama.

Roja como un tomate, la apresuró para que se quitara las botas, siendo ella misma quien bajó los cierres de los costados y las lanzó lejos con sus calcetines. Y después hizo lo mismo con su pantalón. Elizabeth estaba impresionada, la verdad. Kanao, aunque avergonzada, estaba determinada a llevar la voz cantante. Las lecciones de anoche estaban dando sus frutos.

Antes de que se diera cuenta, quedó expuesta, salvo por el sujetador, porque hasta las bragas le había arrancado con el

pantalón.

—Kanao, en serio, ¿qué estás haciendo?

Sin contestarle y avergonzada por la situación involuntaria, Kanao trepó a la cama y se colocó entre las piernas de Elizabeth. Aplicó toda su audacia y sus pocos conocimientos; antes de que Elizabeth pudiera detenerla, enterró la cara entre sus piernas. Tímida al principio, pero paso a paso, pasó su lengua por su coño. Fue raro y el sabor no fue agradable al principio, pero se acostumbró rápidamente.

La cabeza de Elizabeth se echó hacia atrás y dejó escapar un gemido entrecortado. Tiró del cabello de Kanao y sus ojos se abrieron por el placer. Intentó no ser brusca, ya que lo que menos deseaba era asustarla.

Kanao notó el ceño fruncido de Elizabeth y se preguntó si estaba haciéndolo bien. Se iba a alzar para preguntarle, pero con su mano, Elizabeth sostuvo su cabeza y la instó a continuar.

Kanao volvió a chupar su clítoris y los jadeos de Elizabeth la instaron a intentar ser más audaz y alternar lamidas en su raja con succiones en su clítoris. Al menos era lo que Elizabeth hacía con ella y estaba intentando repetirlo. Era extraño; sus gemidos hicieron que su sonrisa se agrandara.

>>—Kanao... No pares….

Susurró Elizabeth; Kanao fue implacable.

>>—Si, Kanao ... .así.

Gritó en éxtasis mientras se corría de forma majestuosa. Kanao dejó escapar un chillido agudo y sorprendido cuando la crema de Elizabet explotó en su boca y tragó. La verdad no era un buen sabor, pero era algo tolerable. Elizabeth se quedó inerte y una expresión de sueño apareció en su rostro.

—¿Lo hice bien?

Preguntó Kanao, respirando y sentándose frente a Elizabeth mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

>>—¿Te gusto? Cumplí con nuestro trato

Dijo con palabras sensuales mientras se recostaba sobre ella y la besaba.

—Sí.

Dijo de mala gana.

—¡Genial! Entonces lo logré.

Dijo con orgullo.

>>—No sé si diría que fue un sabor agradable, pero es tu sabor, así que me gusta.

Esas últimas palabras realmente sorprendieron a Elizabeth y miró a la alguna vez ingenua chica. ¿Era realmente la misma Kanao? Al parecer, estaba madurando. Un poco más de trabajo y sería una cosita realmente sensual y seductora. *<<Y otro hombre o mujer podría tenerla>>*. Y esa idea no le gustó, pero era la realidad. Con el paso del tiempo, Kanao podría encontrar una pareja que la aceptara como fuera y aceptara a ese… bebé.

Elizabeth prácticamente se arrojó sobre Kanao, quien la aceptó con entusiasmo. Elizabeth se sintió inundada por una intoxicación insoportable, que solo se hacía más fuerte con cada ola de placer.

¿Qué decisión tomar? Se cuestionó. La pregunta que no pudo responder solo la hizo más impaciente y feroz como una bestia. Deseaba y anhelaba a esta mujer y, por el momento, estaba entre sus manos y eso era lo único que importaba de momento. Intentó bloquear todo lo demás en el mundo, excepto la mujer que tenía debajo.

Cuando sus miradas se encontraron, Kanao abrió los labios de una manera tan pequeña y delicada. Elizabeth la besó con más intensidad y Kanao la aceptó.

Capítulo 15

Su diminuta burbuja explotó y no quedó más remedio que regresar a la triste realidad. Kanao no estaba nada preparada para ello. Si por ella fuera, hubiera escogido quedarse en esa diminuta cabaña apartada del mundo. Podrían llamarla tonta por preferir esa modesta cabaña escasa de comodidades comparada con la casa de su padrastro. Pero era así cómo se sentía. En ese minúsculo lugar, sintió paz, tranquilidad y felicidad. Cosa que no había sentido desde el día en que su madre le informó que se casaría y vendrían a vivir a la ciudad.

Ahora se daba cuenta de que la ciudad le producía un gran estrés; hasta sus achaques de embarazo regresaron una vez que estuvieron incorporados en el tráfico de la ciudad.

Y al llegar a casa de los Macmillan no mejoró en absoluto. Nada más cruzar la puerta, su padrastro, Eliot y otro par de hombres estaban esperando a Elizabeth. Llevaban buen rato encerrados en el estudio de su padrastro, y aunque Kanao sentía gran curiosidad por lo que estaba sucediendo, no intervino. No era su trabajo entrometerse; incluso mientras venían de regreso, ellas no hablaron sobre lo que sucedería a continuación con su relación. Ni siquiera al bajar del auto, Elizabeth la había mirado, y había seguido a los hombres trajeados sin mirarla.

—¿Y cómo te has sentido, cariño?

Preguntó su madre, mientras nuevamente le servía un poco de té. Estaban en uno de los saloncitos conviviendo; ella hubiera querido correr a su habitación, pero su madre no se lo permitió.

—De regreso hacia aquí, se me revolvió un poco el estómago.

Afirmó, intentando que su nerviosismo no se le notara. Además de que distrajo a su madre preguntándole cómo se encontraba su tía.

Estaban sumidas en una cómoda conversación sobre la venta de garaje que su tía Anahela estaba organizando para vender los muebles que ya no tenía caso conservar. Cuando de repente escucharon un gran portazo a la lejanía, poco después, por el pasillo

de la izquierda, vieron pasar a Elizabeth de largo con pisada fuerte. No se necesitaba ser un experto para saber que Elizabeth iba furiosa.

—¿Qué ha pasado?

La voz de su madre rompió el silencio. Kanao negó con la cabeza.

>>—Apuesto a que tiene que ver con Nicole Kidman.

—Eso es injusto, Elizabeth, guardó silencio por ella. Esa mujer lo que debería hacer es salir allá y dar la cara, y todos deberían dejar tranquila a Elizabeth.

—Estoy de acuerdo contigo, cielo.

Su madre hizo una mueca.

>>—Es esa mujer la que no quiere aceptar la verdad. Por lo que me dijo Keith, ella está tachando las declaraciones de ese hombre como falsas y desea que Elizabeth atestigüe a su favor.

Kanao se enfureció y dejó la taza violentamente sobre la mesa.

—¡Eso es ridículo! ¿Desea que Elizabeth mienta por ella otra vez?

Su mamá tiró de su mano para que se calmara.

—Así es.

—¿Y esos hombres de traje vinieron de parte de Nicole?

—Son funcionarios del partido; recuerda que Elizabeth quiere incursionar en la política.

Su madre sonrió incómoda.

>>—Al parecer, las asociaciones que Nicole Kidman dirige representan un gran apoyo político, además de los grupos LGBT de los cuales ella es un miembro activo.

Kanao arrancó su brazo de la mano de su padre.

—¿Y por conveniencia política, quieres que ella mienta?

—Cariño.

Su madre se levantó para estar a su altura.

>>—Todo esto es un mundo del cual tú y yo no sabemos nada. Es mejor dejar que ellos…

—No, mamá.

Interrumpió Kanao.

>>—Es verdad que soy ignorante y de política no sé nada.

Dijo con indignación.

>>—Sin embargo, soy humana y los humanos merecemos respeto, no somos unos peones en el tablero. Deberían de respetar los deseos de Elizabeth y no presionarla para seguir callando, ya lo hizo hace bastante tiempo.

—Estoy de acuerdo contigo, sin embargo, es mejor que nosotras no intervengamos y…

—Lo siento, mamá, pero no estoy de acuerdo.

Y dejando a su madre algo incómoda, Kanao se alejó y fue en busca de Elizabeth. Kanao se dirigió dando traspiés por el pasillo y siguió a Elizabeth fuera.

—¿Elizabeth?

La llamó por los pasillos, pero no la encontró; fue uno de los empleados quien le dijo que Elizabeth estaba cerca de la fuente en el jardín trasero. Kanao se estremeció por el aire fresco de la tarde. Pero era algo soportable; hizo más frío mientras estuvieron en la reserva.

Dirigiéndose por el costado de la casa, llegó a las rosaledas de la parte de atrás; entre los árboles, la vio. Estaba frente a la fuente con un cigarro en la mano. Frunció los labios. Uno de los peores hábitos de Elizabeth, que prometió dejar. ¿Acaso lo había olvidado?

—Vuelve a casa.

Le ordenó Elizabeth, con la voz tan fría. Hoy volvía a ser la Elizabeth terrorífica de los cuentos de brujas y dragones.

—No pienso dejarte sola.

Dio varios pasos acercándose. Al oírla, Elizabeth se volvió y lanzó el cigarrillo lejos. Sonrió internamente al darse cuenta de que el cigarrillo ni siquiera había estado encendido. Seguramente fue mucha tentación para ella, pero aun así, estaba cumpliendo su palabra. Era un pequeño detalle de cortesía que Elizabeth Macmillan nunca admitiría. Kanao tropezó cuando no alcanzó a alzar bien el pie para pasar del área del pasto a las baldosas de granito. En un instante, Elizabeth estaba a su lado.

—Vuelve a casa antes de que te hagas daño.

—No.

Con el pelo largo rizado sobre los hombros, vestida con la sudadera del parque, vaqueros desgastados y deportivas de colores,

Kanao parecía bastante decidida. Más determinada que los malditos miembros del comité que estuvieron esperándola por horas para hablar de estupideces.

—¿Por qué tienes que ser tan terca?

La visión de su belleza la distrajo momentáneamente. Kanao le ofreció la mano.

—Vuelve conmigo. Podemos hablar en tu habitación o en la mía. Hasta te puedo preparar un café.

—Me vendría mejor una botella de coñac.

Kanao frunció los labios ante su afirmación.

—¿Has olvidado tu promesa?

—No.

Dijo rodando los ojos.

—Me alegró. Porque es bueno que dejes de beber, es por tu salud. La cirrosis es un problema muy grave.

—No te preocupes. Tal vez muera de coraje a los treinta y cinco.

Su chiste no le hizo gracia a la linda Kanao.

—¿Qué sucedió?

Elizabeth suspiró pesadamente y se cruzó de brazos.

—Ella nunca va a dejarme en paz.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Nicole.

Kanao también se cruzó de brazos.

—Ella tiene que salir allá y enfrentar la verdad. ¿Te están presionando para que la protejas?

El semblante de Elizabeth se enfureció y miró al cielo.

—Me propusieron que era una buena cosa que regresara con ella.

Elizabeth se giró hacia la fuente.

>>—Sería una buena historia para mi campaña, la demostración de que he madurado y cambiado.

Elizabeth la miró un segundo y le guiñó el ojo.

>>—No sé si te has dado cuenta, pero entre Eliot y yo, soy yo quien tiene la fama de jugadora, viciosa e infiel. Volver con Nicole, representaría un acto de redención.

Elizabeth apretó los dientes y se maldijo en silencio.

—¡Eso es ridículo!

Contestó con indignación.

—Lo es. Pese a lo que piensan, no soy tan sinvergüenza; de serlo, habría follado sin piedad a Nicole cuando ella regresó a entrometerse en mi vida.

Kanao dio un paso atrás como si Elizabeth le hubiera golpeado.

—¿Ella te…?

—¡Oh, sí!

Elizabeth se rió.

>>—Ella sabe que me gusta el sexo y estaba más que dispuesta a ofrecer su cuerpo libremente para que yo hiciera lo que quisiera. Fue el último intento de una mujer desesperada.

—¿Te negaste?

—¡Por supuesto! ¿Por quién me tomas?

Sus ojos azules brillaban con rencor.

—¿Te sorprendió su actitud?

—No.

Admitió, tensa. Kanao apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

Elizabeth, que no tenía ninguna gana de responder a esa pregunta, miró a su alrededor buscando una vía de escape.

—No tengo ni la maldita idea.

Ella sintió que se le revolvía el estómago y cerró los ojos con fuerza.

—¿No puedes decir que no?

—No es tan fácil.

Los ojos de Elizabeth se clavaron en un punto lejano por encima del hombro de Kanao antes de volver a mirarla.

—Es solamente decir no y dejar que ella se arregle como pueda.

—Hay intereses políticos aquí. Y tiene familiares y amigos relacionados con mis negocios y con los de mi familia. No creo que sea algo que comprendas.

Kanao abrió los ojos bruscamente.

—Tienes razón, solamente soy una isleña ignorante.

Elizabeth apretó los dientes.

—No quise ofenderte, Kanao.

Ella se echó a reír sin ganas.

—No me ofendes, es verdad. Ustedes son personas de clase, profesionistas y elegantes. ¿Qué soy comparado con eso?

—Kanao…

—Pero sin importar el mundo de diferencias que nos separen, la verdad es la verdad en cualquiera de los dos lados.

La miró dolida. Elizabeth bajó la vista.

>>—¿Volverías por ella solamente por tu ambición política?

Kanao empezó a retroceder.

—No lo haría.

Dijo Elizabeth que no era decisión, pero Kanao no le creyó. Siguió alejándose.

>>—Nunca volvería con ella.

—¿Aún la amas?

Elizabeth la siguió, alargando la mano para sujetarla, por miedo a que se cayera de espaldas.

>>—¡No me toques!

Exclamó Kanao, mientras tropezaba. Elizabeth la agarró antes de que se cayera.

—Ya no la amo. Ya te dije que dejé de creer en el amor.

Y esas palabras a Kanao le dolieron mucho más, porque le confirmaban algo que ella misma ya sabía. Entre ellas, no había sentimientos involucrados. Al menos por parte de Elizabeth.

Kanao movió los pies, incómoda.

—¿Entonces qué planeas hacer?

Dijo secamente.

>>—Solo tienes dos opciones. O cuentas la verdad o cedes a la presión de lo que se espera que hagas.

Elizabeth se quedó de piedra. Nunca la había oído usar ese tono de voz.

—Tengo que rediseñar mi plan.

Se pasó las manos por el pelo.

>>—Es por eso que necesitaba esos días de descanso. Necesitaba calma para saber que hacer a continuación, y parecía haber funcionado.

Sosteniéndole la mirada, le tendió la mano con cautela.

>>—Ojalá nos hubiéramos quedado más tiempo en medio de la nada.

—Eso no era posible. Debemos continuar con nuestras vidas.

Se aclaró la garganta y retiró su mano.

>>—Cada una tenemos prioridades que atender.

Elizabeth dio un paso hacia ella, pero Kanao levantó una mano.

—Kanao…

La mirada de Elizabeth cayó a su vientre. En automático, una mano de Kanao fue hacia su estómago.

>>—Tengo mucho que atender ahora, como para…

—Yo comprendo.

Interrumpió. Elizabeth vio que los ojos de Kanao se llenaban de lágrimas y que ella se esforzaba por contenerlas. Su precioso rostro se contrajo de dolor y tristeza. Se acercó un poco más.

—Es mejor entrar, es tarde y no puedes saltarte las comidas.

Agarrando la chaqueta por las solapas, Kanao se la subió hasta la barbilla.

—No tengo hambre.

Las dos permanecieron quietas, en silencio.

>>—Tu deberías volver, aun te están esperando.

Ella dudó. El corazón le latía desbocado.

—Tampoco tengo una respuesta para ellos. Necesito pensar.

—De acuerdo. Les informaré...

Kanao volvió y echó a andar en dirección a la casa.

—¡Kanao, espera!

Elizabeth la siguió y la agarró del brazo. Ella se zafó. Ella dio un paso atrás, herida.

>>—Supongo que me merezco tu desprecio.

Comentó Elizabeth con un tono de voz tan frío como la temperatura que de repente había comenzado a descender.

>>—Esto es complicado para mi ¿Lo sabes?

—¿Te refieres a lo de mi embarazo o a Nicole?

—Ambos.

Kanao inspiró hondo y el gélido aire silbó al llenarle los pulmones.

—Yo no te he exigido nada.

Kanao abrió los puños y respiró hondo.

—Lo sé.

Susurró y aprovechó su indecisión para abrazarla, y Kanao aceptó su abrazo a regañadientes. Permanecieron inmóviles en el jardín; el único sonido incesante era el del agua de la fuente, mientras oscurecía rápidamente.

❀

Al regresar al mundo real, Elizabeth llegó a la conclusión de que el infierno estaba en la tierra y no en las profundidades del averno. Se le había acumulado trabajo, tenía demasiado a qué atender; la prensa y medios de comunicación no paraban de acosarla, al igual que sus parientes, que exigían una aclaración de su relación con Nicole, y su misma ex novia no paraba de buscarla.

Al parecer, ella tenía la absurda idea de que Elizabeth podía arreglar todo esto. Y tal era de esa forma, a menos que se arreglara a favor de Nicole, por supuesto.

La astucia de su exnovia deseaba que testificara a su favor en contra de su demanda por difamación que había interpuesto contra quienes comenzaron a circular noticias amarillistas sobre ella.

Esto era un descaro, ya que todos esos rumores y chismes eran ciertos, pero Nicole le pedía que se parara frente a un juez y testificara lo contrario.

—Podemos solicitar una orden de alejamiento para Nicole, pero si lleva este asunto a los tribunales, que sería la cosa más absurda de hacer, puede ser que el juzgado te llame directamente a testificar.

Explicó Eliot.

—Es absurdo.

Comentó Elizabeth con desagrado mientras bebía un sorbo de su jugo de arándanos con agua mineral y hielo. Hizo mala cara; no era que la bebida no fuera buena; no obstante, Elizabeth mataría por un trago de algo con alcohol. Pero había dado su palabra.

—Lo es, pero a tu ex le importa demasiado su reputación.

Comentó su hermano en tono firme y decidido.

>>—Para que la demanda por difamación sea exitosa, el demandante debe demostrar que la declaración era falsa, pero en este caso no lo es. El abogado que está asesorándola es un idiota.

—Está desesperada.

Elizabeth revisó su teléfono en busca de mensajes recientes.

>>—Tal vez guarde silencio antes, pero espero que no considere que volveré a mentir por ella estando frente a un jurado.

—¿No lo harías?

Cuestionó a su hermano.

>>—La protegiste todo este tiempo. Creo que por eso insiste en tener un encuentro personal contigo. Guarda esperanzas que aun la ames.

Dijo su hermano.

—Esa teoría también es absurda. Ya no creo en el amor.

Bebió un sorbo más y no le pasó desapercibido cómo la temperatura de su oficina descendió muchos grados. Era momento de dejar de evadir la realidad. Miró a su gemelo a los ojos.

—¿Y Kanao?

—¿Qué sucede con ella?

—No te hagas la tonta, Elizabeth. Es más que obvio que tu relación con ella dejó de ser algo de una sola follada desde hace tiempo. Hasta la secuestraste este fin de semana.

—Nos merecíamos un descanso.

Su hermano entrecerró los ojos.

—¿Y me vas a decir que solamente acamparon y tomaron aire fresco?

Eliot rodó los ojos.

>>—Te conozco mejor que nadie.

—Y si me conoces, deberías saber las respuestas a tus absurdas preguntas.

Molestó; Eliot plantó con fuerza ambas manos sobre el escritorio.

—¿Kanao no es una de tus barbies con las que te encanta follar?

Ella sonrió con sarcasmo.

—Obviamente no es una Barbie, pero es divertido jugar entre sus muslos.

—¡Maldita sea, Elizabeth!

Su hermano la fulminó con la mirada. Su odio podría traspasar hasta las paredes.

>>—¡Ella está embarazada!

Elizabeth hizo una mueca de disgusto.

—Es cierto y la subida de peso es inevitable; aun así, seguirá siendo una muñeca bonita.

Elizabeth estalló con carcajadas mientras su hermano despotricaba contra ella con un lenguaje vulgar. Era tan fácil hacerlo enojar y tan divertido también.

Elizabeth bebió más jugo, sintiendo la ansiedad en su garganta; era como una vampira sedienta de sangre y en abstinencia total. ¿Dónde había tenido la cabeza para prometerle a Kanao que bebería la bebida? Mientras mataba la sed con el jugo, reflexionó sobre la posibilidad de al menos servirse una copa. Pero desechó la idea de inmediato al imaginar que, si Kanao se enteraba, se enfurecería. Esa chica ya tenía en la cabeza que Elizabeth era una bebedora empedernida y sin control. Elizabeth pensó en ella y recordó la forma indignada en que la miró aquel día en el jardín. Pensar en ella y en su decepción la hicieron sentir incómoda.

Elizabeth terminó su bebida, dejó el vaso de cristal sobre su escritorio, se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta.

—Tú nunca vas a cambiar. Eres una sinvergüenza y nunca escuchas.

Regañó a su hermano. Elizabeth podía ver un desaire en las comisuras de sus ojos. Ella sabía por qué y encontró su mirada.

—Esa soy yo y tú eres el gemelo bueno, no lo olvides.

Dijo Elizabeth, encontrándose con su mirada.

>>—Y creo que serás un buen ejemplo y un gran tío para el niño de Kanao.

El intento de humor de Elizabeth finalmente provocó una risa extraña en su hermano; a pesar de su severidad, mostró una sonrisa.

—Tal vez sea la única forma en que pueda convertirme en tío. A diferencia de ti, a mí los niños no me desagradan.

—También tienes hermosa sonrisa, por eso les gustas a los niños; yo, en cambio, los asusto.

Elizabeth habló con un tono agridulce. No podía seguir evadiendo en su cabeza la idea de ese feto en el cuerpo de Kanao. Un niño era inevitable y eso afectaría la vida de todos de alguna manera. Y aunque era incómodo admitirlo, si Kanao al final tenía que decidir entre ese niño y ella, eso era obvio. Ahora la pregunta era: ¿qué haría Elizabeth? La idea de que un pequeño humano creciera dentro del pequeño cuerpo de Kanao parecía imposible, pero a pesar del resultado, Elizabeth no pudo evitar preguntarse sobre el bienestar de Kanao.

En la sala de reuniones se encontró con grandes personalidades que había estado evitando, pero era mejor dejar las cosas claras. Cuando las puertas de la sala de juntas se abrieron de golpe sin previo aviso, saltaron sobre sus asientos.

En realidad, fue un poco inesperado que de buenas a primeras Elizabeth los hubiera llamado para esta reunión; dado el estado actual de sus asuntos, pensaron que Eliot sería su portavoz.

Elizabeth caminó casualmente hacia su asiento y se sentó con su habitual actitud indiferente. Nadie habría podido adivinar que estaba algo ansiosa y desesperada a causa de que le hacía falta un poco de tabaco y mucho alcohol.

Eficaz, elegante y absolutamente directa, dejó en claro que no sucumbiría a ningún trato con Nicole Kidman y que no se prestaría a mentir por ella. Que se encargaría de enviar un correo electrónico personalmente al abogado para dejarle muy en claro su postura y además anexaría algunas legislaciones y jurisprudencias donde se mencionaban todas las consecuencias, penas y sanciones sobre la falsa declaración ante un jurado y que era necesario que hablara con su clienta al respecto.

Además, reafirmó su deseo de participar activamente en los movimientos políticos por venir, pero si su carrera política estaría condicionada por una relación sentimental impuesta y condicionada, entonces era mejor retirarse.

Su contundencia y eficacia les hizo terminar la reunión mucho antes de lo previsto. Gracias a la postura clara de Elizabeth, pudieron negociar un entendimiento entre aquellos que dudaban en sacar a

Nicole Kidman de la jugada y aquellos que pensaban que era primordial asegurar la simpatía de la comunidad LGBT.

Cuando la reunión llegó a su fin, un joven senador se acercó a la cabecera de la mesa con un poco de vacilación. Elizabeth se había vuelto para mirar por la ventana, pero había notado que el hombre se acercaba.

—Quiero felicitarla, señorita Macmillan. Es una persona acertada y de convicciones fuertes.

Estrecharon sus manos. Elizabeth sonrió. Por alguna razón, su mirada fue hacia la sortija del hombre.

—¿Es usted casado?

El hombre se enderezó la chaqueta y sonrió ampliamente.

—Desde hace diez años.

—¿Y tiene hijos?

Si el interrogatorio de Elizabeth se le hizo extraño al hombre, no lo dijo; en cambio, su sonrisa se amplió.

—Tengo dos hijos, una niña y un niño.

Inmediatamente, el hombre sacó su teléfono móvil y orgullosamente le mostró una fotografía de su familia. Una mujer morena y dos niños de cabellos castaños sonreían ampliamente en la imagen.

—¿Y le gusta ser padre?

El rostro de Elizabeth estaba serio.

—Los hijos brindan una felicidad profunda y significativa, a menudo descrita como un amor incondicional y un sentido de propósito en la vida.

El senador miró la foto con cariño.

>>—Los hijos pueden dar un nuevo significado a la vida, especialmente en momentos de dificultad, ofreciendo una razón para seguir adelante y superarse.

—Ya veo. Gracias por sus palabras.

—¿Está considerando tener hijos?

Preguntó con entusiasmo, pero inmediatamente comprendió que se estaba sobrepasando con su pregunta.

>>—Lo siento. no quiero ser entrometido.

Elizabeth suspiró.

—No se preocupe, es justo, yo lo cuestioné primero.

Hizo una mueca y miró por la ventana.

>>—Sí.

Dijo con los dientes apretados y con un nudo en la garganta. Era la primera vez en mucho tiempo que tenía los pensamientos claros. Miró al hombre seriamente.

>>—Un niño llegará pronto.

El hombre entonces la miró con suspicacia; estas palabras eran una gran declaración. Una noticia bomba. Pero no hizo más preguntas. Tal vez captó entre líneas que no era una conversación fácil para Elizabeth. ¿Un niño? ¿Un hijo? ¿Eso era lo que deseaba? Ella deseaba a Kanao, pero obviamente el niño entraba en el paquete.

Preguntas tontas y absurdas la acosaron casi todo el día, y mientras se trasladaba en el auto junto a su hermano hacia un almuerzo de negocios, su mirada de la nada cayó sobre una tienda de juguetes cuando se detuvieron en un semáforo.

Una de las grandes ventanas del almacén estaba cubierta de peluches. A ella jamás le gustaron; sin embargo, su mirada recayó en una enorme Hello Kitty vestida con un disfraz de Stitch. Y entonces pensó que ese niño del cual estaba tan preocupada podría ser una niña. Y la idea no le desagradó. Una hermosa niña de melena indomable como su madre y hermosos ojos azules.

—¡Da la vuelta a la manzana!

Ordenó a su hermano desabrocharse el cinturón.

—¿Qué? ¿Acaso enloqueciste?

Elizabeth ignoró los gritos de su hermano mientras ella saltaba fuera del auto en plena avenida. Fue una suerte no ser atropellada, pero alcanzó con seguridad a llegar a la acera.

No hubo vacilación en sus pensamientos ni en los movimientos de Elizabeth mientras rodeaba la esquina para entrar en el almacén de peluches. Sin vacilación, al entrar le dijo a la empleada que deseaba el peluche del estante.

Por fuera, Elizabeth podría parecer seria, pero por dentro estaba sonriendo, con solo imaginar la linda reacción de Kanao cuando le llevará el obsequio. ¡Oh, sí! Sería una linda reacción, con una sonrisa

hermosa y unos ojos brillantes. Y después ella le devolvería el detalle en una forma de agradecimiento más placentera, tal cual lo había hecho cuando recibió el baúl de ropa.

En su cabeza, era un maravilloso plan; ni siquiera las burlas que seguramente su hermano haría cuando regresara al auto con el enorme peluche la hicieron sentirse avergonzada. Este muñeco era una inversión; le traería una recompensa más dulce.

Esa idea la entusiasmó; entonces, aprovechó que justo al lado de la tienda de peluches estaba una dulcería. Kanao amaba las cosas dulces; su celular en su bolsillo no dejaba de vibrar. Imaginó que era Eliot volviéndose loco dando vuelta a la manzana.

Elizabeth consideró la posibilidad de comprar algo más elegante, pero, conociendo a Kanao, estaba segura de que apreciaría más los chocolates. Así era ella de sencilla. Quería conseguir algo especial para Kanao, algo más especial que cualquier cosa que ella hubiera conseguido antes. Lo invadió el deseo de llenar la vida de Kanao de belleza y grandeza.

Elizabeth podía darle cualquier cosa que deseara, pero Kanao no era alguien que exigiera demasiado. Elizabeth a menudo se sentía confundida por su deseo de complacer a Kanao. Era difícil conciliar el hecho de que podía controlar cualquier parte importante de su vida sin dificultad y, sin embargo, no podía controlar estos sentimientos por ella. Cuanto más lo intentaba, más ansiosa se ponía.

Mientras se apresuraba de nuevo a la avenida con sus compras, Elizabeth deseó no tener que ir a ese almuerzo de negocios. Deseó ir con Kanao para poder ver su hermosa sonrisa. Quería presenciar la alegría en su rostro al recibir los regalos que Elizabeth había elegido meticulosamente para ella.

Todos sus problemas parecían haberse disipado. Lo único que le importaba ahora era intentar estar en paz y esa paz solamente la lograba con Kanao. Aún no le gustaba del todo la idea del niño o la niña, pero al no poderse evitar, Elizabeth estaba decidida a llenar su mundo, así como el de ese bebé, con nada más que cosas hermosas. Tenía los medios y la voluntad y no había nada que pudiera impedirle hacerlo realidad.

Cuando el auto de su hermano se aproximó hacia ella, dejó escapar un suspiro de satisfacción. Sacó su móvil para mirar la hora y fue entonces que se dio cuenta de la cantidad de llamadas perdidas que tenía y mensajes; el chat familiar estaba con más de doscientos mensajes sin leer. ¿Pues qué había sucedido? Y entonces leyó la mala noticia.

—¡Elizabeth! Sube, maldita sea.

Gritó su hermano pálido y desesperado. Elizabeth dejó caer el muñeco y la caja de chocolates al suelo y se apresuró a subir al auto.

>>—Kanao ha tenido un aborto espontáneo.

Informó su hermano, mientras Elizabeth con manos temblorosas cerraba la puerta.

—¿Cómo sucedió?

—No tengo ni puta idea, solamente lo que la madre de Kanao publicó en el grupo.

—Debemos ir al hospital ahora.

Ordenó Elizabeth mientras comenzaba a hacer llamadas; tenía que saber más detalles. Necesitaba saber cómo estaba Kanao. Solamente necesitaba llegar a ella.

Capítulo 16

Kanao estaba en shock y horrorizada por lo que estaba sucediendo. Miraba hacia sus piernas sin aliento y débil. Observó con horror las manchas de sangre que corrían por sus piernas y manchaban el inmaculado piso blanco del comedor.

Había estado tranquilamente tomando su almuerzo cuando el malestar de estómago que tuvo durante toda la mañana se transformó en un dolor incesante en el bajo vientre.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas formando un caudaloso río de tristeza. Kanao había estado sintiendo malestares intermitentes desde hacía un tiempo, pero nunca pensó que llegaría a esto. Jadeando en busca de aire, instintivamente se sostuvo el vientre plano.

—No, por favor. No.

Dijo en tono de súplica. Kanao dejó escapar un grito de frustración. A pesar de sus mejores esfuerzos por contenerlo, no podía ocultarlo, por mucho que se mordiera la lengua.

—La ambulancia ya viene en camino, mi amor.

Dijo su madre abrazándola y haciendo todo lo posible para calmarla. Kanao asintió con dificultad mientras sollozaba, juntando las piernas, tratando desesperadamente de detener la sangre.

El dolor se intensificó y Kanao gritó más desesperadamente. A su mente acudió el nombre de Elizabeth; no estaba segura en realidad si lo gritó en voz alta, pero en lo único que podía pensar ahora mismo es que desearía que ella estuviera ahí a su lado.

Si ella pudiera venir y decirle que todo estaría bien… Incluso si las cosas no iban a ir bien, tenerla a su lado sería suficiente. El miedo y el dolor que sentía eran insoportables y deseaba verla.

Cosa que era absurda, ya que de todas las personas que la rodeaban, ella era la única que no deseaba a su bebé.

Elizabeth desde un inicio quiso que abortara y hoy eso se estaba haciendo realidad.

>>—Todo estará bien, cariño. Los paramédicos llegaran pronto.

Dijo su madre temblorosa, mientras con ayuda de otra sirvienta la ayudaban a sentarse. Su madre le secó el sudor frío y las lágrimas del rostro de Kanao.

Ella era una bola de agonía, pero aun así logró asentir. Lo único que Kanao pudo hacer fue soportar el dolor y seguir orando inconsolablemente que no quería perder a su bebé.

Lo que sucedió después lo recordaba como en sueños, pues perdió la noción del tiempo. Llegaron los paramédicos y la revisaron, para después trasladarla al hospital en ambulancia.

Al llegar, la llevaron a la sala de emergencia con rapidez. Estuvieron un rato con ella varios médicos y luego las enfermeras se turnaban para tomarle el pulso, la tensión, o solo para hacerle preguntas.

Después apareció otro médico, la examinó, habló con la enfermera jefe y más tarde anunció que el aborto era inminente.

Se apoderó de Kanao un extraño aturdimiento, impidiéndole pensar. Quería gritar, decirles que no era cierto lo que estaba sucediendo, pero al sentir otra dolorosa punzada en el vientre, supo que era una tontería no aceptar la realidad.

Los dolores se presentaban con más frecuencia, aumentando en intensidad, al tiempo que el útero se dilataba para expulsar al niño. A las cinco, dos enfermeras la llevaron en una camilla hasta el ascensor, dejándola en una habitación aislada por una cortina donde, después de más estudios y comprobaciones, la dejaron sola.

Su conciencia comenzaba a desvanecerse con la pérdida de sangre y el cansancio. La penumbra llenaba la habitación. Sus sollozos de dolor y súplicas desesperadas surgían de Kanao en débiles jadeos. La atmósfera en el dormitorio era pesada y opresiva.

—Mi bebé…

Kanao levantó la cabeza de la almohada. Quería pedirle al médico que protegiera a su bebé, pero el dolor era tan intenso que no podía mover los labios como deseaba. Ni siquiera pudo pedir que el dolor terminará rápidamente, porque eso significaría aceptar perder a su bebé.

Kanao sabía que a estas alturas era imposible que algo saliera bien. Pero se aferró a un rayo de esperanza. Se imaginó que la

sangre se detenía, el dolor la abandonaba y el bebé comenzaba a crecer bien otra vez, como si nada hubiera pasado, pero era una mera fantasía.

El sueño de que el verano siguiente pudiera llevar a su bebé a Honolulu y conociera sus hermosas playas era ahora un sueño efímero.

Su voz se hizo más débil, pero de todos modos llamó a Elizabeth. Tenía demasiado miedo y presentía que sólo ella podría calmarla. Desde que se enteró del embarazo no había podido relajarse ni un solo momento.

Por supuesto que tuvo dudas, miedo e incertidumbre, pero jamás dudó de querer a ese bebé. Incluso nunca le molestó tener esas náuseas matutinas.

Se odiaba a sí misma por ser débil. Se preguntó si todos sus temores, ira y frustraciones tuvieron un efecto negativo en su bebé. Kanao incluso comenzó a preguntarse si sus sueños egoístas de amor por Elizabeth fueron los que hicieron que su corazón colapsara y pusiera a su hijo en peligro.

Tal vez su hijo se sintió ofendido porque ella amara a una mujer que no lo quería, por eso había tomado la decisión de abandonarla. Kanao se sintió avergonzada y tonta. Todos esos eran pensamientos absurdos e ideas tontas.

Justo cuando contemplaba cómo odiaría a su hijo por sus pecados, un dolor terrible recorrió su cuerpo. Sintió algo diferente a la sangre que fluía y no podía moverse. Todo lo que pudo hacer fue soportar la sensación de desesperanza e impotencia mientras soportaba el dolor.

Momentos más tarde, escuchó cómo el médico informaba a su madre y a su esposo que el aborto era inminente. Que la expulsión del feto ocurriría sin complicaciones mayores. <<*Feto*>> Odiaba esa palabra.

Hubo un intercambio de palabras en voz baja por parte de los tres invasores en la habitación, pero para Kanao todo fue solo un ruido ahogado. Cerró los ojos y luchó con todas sus fuerzas por evadir su realidad.

❀

Los pasillos del hospital estaban llenos de Macmillan; todo aquel que de verdad había llegado a apreciar a Kanao y a su madre no tardó en llegar cuando su padre compartió la noticia por el chat familiar. Al igual que algunos miembros más morbosos, estaban ahí para enterarse del chisme, nada más. Y como Keith Macmillan estaba en el hospital, no se hizo esperar para que la prensa se presentará curiosa para averiguar qué era lo que había sucedido. *<<Otro escándalo alrededor de los Macmillan>>*

Cuando Elizabeth cruzó la puerta de la habitación de Kanao, ya había aceptado esa sombría realidad. Era una habitación muy amplia y elegante para los estándares de un hospital; siendo la hijastra de Keith Macmillan, Kanao estaba siendo atendida magníficamente.

Sin embargo, por muy costosa que fuera la hospitalización de esa habitación, no dejaba de ser lúgubre y terrible. El aire estaba impregnado por el típico olor a medicinas. Había un médico y un par de enfermeras que tenían expresiones sombrías, que estaban ocupándose de Kanao.

Elizabeth los ignoró y se dirigió al lado de Kanao. Ella yacía inconsciente, con una palidez mortal en su piel seca. Su madrastra se había encargado de contarles cómo habían sucedido las cosas y lo doloroso que había resultado para Kanao.

Elizabeth tragó el bulto de su garganta y apretó las manos en puño para controlar su respiración. Entonces Kanao dejó escapar un suspiro muy débil y superficial. Su semblante era pálido, grisáceo. No necesitaba ver sus hermosos ojos azules para distinguir su tristeza y dolor.

—Necesita reposo, hija.

Elizabeth no se había dado cuenta de que su padre la había seguido. Ahora él se encontraba a los pies de la cama.

—Es afirmativo, señor Macmillan.

Intervino el médico con el típico tono complaciente que todo hombre o mujer utilizaba cuando deseaba quedar bien con el exgobernador.

>>—Ha expulsado con éxito el producto y por ahora le hemos recetado tranquilizantes.

Dijo el médico manteniendo esa sonrisa falsa.

—¿Ella presentará alguna complicación? ¿O su vida está en peligro?

Demando saber de Elizabeth. Miró al hombre como si fuera el enemigo. El médico miró a su padre como esperando que lo salvará o algo así. Era el típico error de muchos que creían que a Keith Macmillan era al único que tenían que rendirle cuentas. Al ver que el exgobernador también aguardaba a que contestara la pregunta de Elizabeth, el doctor tuvo la delicadeza de tartamudear antes de contestar.

>>—Existe el riesgo de contraer infecciones, principalmente en el útero, debido a la presencia de restos del embarazo o la introducción de bacterias. Estas infecciones pueden provocar complicaciones graves si no se tratan adecuadamente.

—¿Y qué está haciendo respecto a eso?

Preguntó Elizabeth con frialdad. El médico, aunque incómodo, se ensartó en alegar cada una de las cosas que estaban realizando para evitar el peor panorama. Aunque a los ojos de Elizabeth el médico le pareció un idiota lamebotas, por lo menos con sus palabras intentó demostrar que era profesional y sabía qué estaba haciendo. Cuando terminó el médico, junto con sus enfermeras, se marcharon. Su padre también se disculpó para ir a informar a la familia sobre lo que había dicho el médico.

Una vez que se quedaron solas en la habitación, Elizabeth se sentó en una silla y observó a Kanao dormir, casi en estado de coma. Sintió la necesidad de llevarla a un lugar mejor que no oliera a muerte y miseria, pero siendo conscientes, eso era imposible. Kanao permanecería mínimo tres días en el hospital, si es que no había complicaciones. *<<Kanao tuvo un aborto espontáneo>>;* recordó las palabras que la madre de Kanao había publicado en el grupo familiar.

Elizabeth repitió las palabras en su cabeza. Dicha realidad no debería afectarle, puesto que esa fue su primera idea cuando se enteró del embarazo de Kanao. Esto obviamente no fue una decisión

consciente, sino un desafortunado suceso; no obstante, ¿por qué se sentía culpable?

Con cuidado tomó la mano de Kanao, y no le gustó sentirla tan fría. Se sentó al lado de la cama, sosteniendo su mano. La miró fijamente y su mente poco a poco comenzó a aclararse. A pesar de lo oscura y difícil que era la situación, Kanao estaba a salvo.

Elizabeth no profundizó demasiado en sus propios sentimientos; sería un ejercicio inútil. Ahora mismo era mejor mantener la cabeza fría como siempre e intentar sobrellevar esta situación y pensar con certeza qué era lo mejor para Kanao.

Exhaló un profundo suspiro determinado. Conociendo a Kanao, esto le traería una profunda tristeza y esas consecuencias podrían ser incluso peores. Sintió profundo alivio al notar que la respiración de Kanao se hacía más fuerte y profunda. Determinada, Elizabeth salió de la habitación con todo el cuidado que pudo y se encontró con su padre, la madre de Kanao y algunos otros parientes, entre ellos Luisa. Todos tenían en común esos ojos tristes que, por supuesto, al plantarse delante de ellos, se centraron en ella.

—Tenemos que contactar a un buen terapeuta.

Informó con contundencia.

>>—Es mejor tenerlo al pendiente para cuando Kanao esté estable.

La madre de Kanao emitió un sonido de angustia y se abrazó a su esposo.

—La tristeza por la pérdida afectará mucho a mi pequeña.

Elizabeth mantuvo un silencio respetuoso en consideración de su madrastra. Ella también había estado muy ilusionada por convertirse en abuela.

—Pobre Kanao. Esto es horrible.

Agregó Luisa.

—Lo que ahora menos necesita es nuestras lamentaciones. Necesitamos encontrar la forma de ayudarla, no de compadecerla.

Como siempre, Elizabeth reaccionaba con frialdad, no porque quisiera ser cruel, sino porque era lo que se necesitaba hacer. Era consciente de que esto sería una grave pérdida para Kanao, pero físicamente estaba a salvo; el aborto pudo ser peor y cobrar fatales

consecuencias para ella. No obstante, con los cuidados necesarios, pronto podría volver a recuperar la salud. Y respecto al bebé…

Era común pensar que, a pesar de un aborto, la madre podría volver a embarazarse, cosa que no estaba en la mente de Elizabeth, obviamente. Kanao mejoraría, sería más fuerte, permitiendo que las cosas volvieran a la normalidad. ¿Tener un hijo era importante? Para Elizabeth no lo era, sin embargo, si esta relación con Kanao continuaba, tal vez…

Negó con la cabeza. Debería dejar de pensar en estupideces. Elizabeth sabía que un aborto espontáneo era trágico, pero no por compensar la pérdida; ella había cambiado de opinión con respecto a lo de tener hijos, no era una de sus prioridades y confiaba en que con la ayuda psicológica adecuada, después de dejar atrás el dolor, Kanao podría volver a vivir una vida sin preocupaciones, la cual estaba a salvo y era lo único que importaba. Así veía Elizabeth las cosas. Pasando una mano exageradamente por su cabello desordenado, volvió a mirar a sus familiares con firmeza.

—Alguien debe ocuparse de sacar todas las cosas de bebés que le regalaron a Kanao.

Dijo eso mirando a Luisa, la cual abrió mucho los ojos.

—¡Tienes razón! Si regresa a casa y ve todo eso…

Su prima dejó la frase inconclusa, pero todos entendieron; la madre de Kanao se soltó a llorar con más fuerza, mientras su padre la consolaba. Ellos definitivamente no serían de ayuda.

—Encárgate de que limpien todo.

Ordenó Elizabeth a su prima.

>>—Y que arreglen una recamara de invitados en el primer piso, preferentemente alguna de las que tienen vista al jardín. Por unos días a Kanao le costará trabajo subir y bajar las escaleras. Y teniendo cerca el jardín tengo la esperanza que prefiera salir a pasear que quedarse encerrada.

—Cierto, cierto. Yo me encargo.

Dijo su prima tecleando en su teléfono velozmente.

>>—Siempre piensas en todo, prima.

Elizabeth no esperaba halagos. No era una jodida superheroína. Solamente estaba tomando las decisiones más acertadas por el bien

de Kanao; era lo único que le importaba.

Capítulo 17

Cuando Kanao abrió de nuevo los ojos, confirmó que lo sucedido no fue producto de una pesadilla, sino de una triste realidad. Más que dolor físico, descubrió que el dolor del corazón era mucho peor.

—¿Kanao?

Giró bruscamente la cabeza hacia la persona que pronunció su nombre. Se encontró cara a cara con Elizabeth.

—¿Qué haces aquí?

Le preguntó ella en tono casi acusador.

—¿Y dónde iba a estar?

Ella caminó hacia la cama.

>>—De hecho, toda la familia Macmillan ha invadido el hospital.

Kanao, aunque mareada, negó con la cabeza.

—De ellos no me extraña…

Sintió un nudo en la garganta, porque era la verdad. La mayoría de los Macmillan habían demostrado que, aunque fuera un poco, su bebé le importaba. ¿Pero Elizabeth?

—¿Qué necesitas, Kanao?

Preguntó Elizabeth. No pudo contestar inmediatamente, ya que un intenso dolor le recorrió el cuerpo y dejó escapar un grito. Elizabeth lanzó una maldición entre dientes y a gritos comenzó a llamar a los médicos.

Entre la bruma de su agonía y el pánico, observó cómo un médico y dos enfermeras entraban en la habitación y la revisaban. Sumado a eso, la voz de Elizabeth retumbaba en la recámara exigiendo que le dieran algo para el dolor. Poco después, una de las enfermeras le puso una inyección que pronto la hizo sentirse adormecida. El dolor continuaba, pero no con la intensidad de antes. Todo lo que pasó después lo recordaba como entre brumas.

Debió quedarse dormida, pues, cuando despertó, se encontraba de nuevo en su cuarto. Las cortinas de las ventanas estaban cerradas y ya no tenía dolor, solo sentía un vacío. Despacio, recorrió con los ojos la habitación y se sobresaltó al ver a Elizabeth sentada en una silla cerca de la cama.

No estaba dormida, pero parecía tener la mente en algún otro lugar, por lo que pudo contemplarle durante largo rato sin que ella se diera cuenta. Notó el cansancio que se adivinaba en sus ojeras y la expresión sombría de su rostro. Vestía un impecable vestido azul ajustado y tacones, por supuesto. Sin importar la circunstancia, Elizabeth Macmillan no perdía el estilo y la elegancia. Elizabeth miró hacia la cama y sus ojos se encontraron. Durante un momento, no pudo hablar, pero al fin logró preguntarle:

—Ya ha terminado todo, ¿no es cierto?

La voz se le quebró.

>>—Mi bebé se ha ido.

Elizabeth vaciló y después movió afirmativamente la cabeza.

—Sí.

Kanao cerró los ojos, preguntándose qué había hecho mal para terminar poniendo la vida de su bebé en peligro. Sintió un horrible nudo en la garganta.

—¿Es muy tarde?

—Son las once de la noche.

—¿Y mi madre?

—Hace un par de horas, mi padre la llevó a descansar un poco; se están hospedando en el hotel que está al otro lado de la calle. No quieren separarse mucho de ti.

Dijo Elizabeth con voz plana.

>>—Puedo llamarles si lo deseas.

—No es necesario.

Suspiró cansada.

>>—Vete a casa, Elizabeth. No es necesario que te quedes.

Le dijo, cansada. Hundió el rostro en la almohada y las lágrimas que había reprimido comenzaron a brotar de sus ojos. Poco después, sintió que Elizabeth le rozaba la mejilla con un pañuelo, secando las lágrimas que corrían sin parar; pero eso fue más de lo que podía soportar.

>>—Quisiera estar sola.

Elizabeth profirió una maldición en voz baja y después se levantó.

—Le diré a la enfermera que te dé algo para dormir.

Kanao había gritado que no deseaba más medicamentos, y eso desencadenó que un episodio de histeria se desatara. Lloró, gritó y maldijo hasta que una enfermera le inyectó un tranquilizante.

Horas más tarde, Kanao despertó cuando aún no había amanecido, cuando los primeros ruidos del día hicieron a Kanao salir de su sueño. Durante largo tiempo, siguió debatiéndose entre la vigilia y el sueño. Y en todas esas ocasiones, Elizabeth estuvo ahí a su lado. Kanao la odio por eso. No quería su compasión. Ni su lástima. ¿Para qué fingir que le importaba si ella siempre estuvo en contra de su embarazo? En la mente de Kanao en ese momento, ella era el enemigo y la última persona a quien quería ver.

Y Kanao ni siquiera tenía las fuerzas necesarias para volver a gritar y exigir que se marchara. Así que decidió ignorarla todo el tiempo y Elizabeth tampoco parecía que deseaba conversar mucho.

Después de la primera ronda de los médicos, llegó su madre y Kanao nuevamente se soltó a llorar. Gracias a Dios Elizabeth había salido de la habitación sin siquiera despedirse y eso fue un alivio y una desilusión al mismo tiempo. Cuando llegó su desayuno, también comenzaron a llegar enormes ramos de flores.

Para distraerla, su madre le fue leyendo las notas de las tarjetas para que supieran quién las había enviado. La verdad era que no le importaban para nada las malditas flores, pero este era el intento desesperado de una madre porque ella recuperara un poco el espíritu que se había marchitado junto con el pequeño que perdió. Además, se dio cuenta de que ninguno de esos ramos de flores era de parte de Elizabeth.

Por la tarde, a la hora de las visitas, llegó Olga Macmillan a visitarla y más parientes de la familia del esposo de su madre, pero la visita menos esperada y más alegre que recibió fue la de su tía Anahela. La llegada de tu tía fue como un bálsamo para el dolor de Kanao.

Obsequios y visitas fueron llegando. Eliot entró con un hermoso oso de peluche y se notaba que él estaba nervioso, ya que no tenía la menor idea de qué decirle en estas circunstancias. Llegados a un punto, Kanao le pidió a su madre que ya no entraran más personas; quería tener un poco de calma.

Por la tarde, apareció un terapeuta para hablar de lo ocurrido. Hubo tanto movimiento en su habitación toda la mañana que le fue prácticamente imposible pensar en su pérdida hasta que el terapeuta apareció y Kanao nuevamente comenzó a llorar. Llorar y llorar era lo único que podía hacer, pero el hombre nunca le dijo que parara; al contrario, le dijo que esa era su forma de expulsar todo su dolor.

Los médicos le informaron que se quedaría en observación esa noche, a pesar de que ella lo único que deseaba era salir de ahí.

Por la noche, le fue permitido ducharse y, después de una última valoración por parte de un grupo de doctores, Kanao se quedó sola.

Era la primera vez que estaba sola en todo el día; a pesar de que la televisión estaba encendida, por fin Kanao tuvo tiempo de pensar en sus circunstancias. Su bebé se había ido. Colocó una mano temblorosa de nuevo en su vientre. Cerró los ojos e intentó contener la inundación de lágrimas que le caían bajo las pestañas. ¿Por qué? ¿Por qué Dios se había llevado a su hijo? ¿Era un castigo por sus actos?

Su cabeza, su cuerpo y su alma estaban sumidos en la confusión. Un dolor como ninguno que hubiera conocido antes le llenaba su corazón y su mente. Escuchó la puerta abrirse, pero no levantó la cabeza. No quería ver a nadie más. Sollozó ocultándose en un lugar del que nunca más quería salir. Un lugar de oscuridad y sueños rotos.

Una mano le acarició la mejilla, le apartó el cabello de la cara; sabía a quién le pertenecía esa mano. Reconocería esos dedos delgados y suaves de entre varios.

—Vete. Quiero estar sola.

Kanao sintió que se ponía tensa. Cuando sintió que Elizabeth le besaba la mejilla.

—¿Cómo te sientes?

—Creo que es… una pregunta absurda.

Logró responder. Después, reuniendo suficiente valor, se atrevió a decirle.

>>—No enviaste flores.

—¿Quieres que te obsequie flores?

Kanao abrió los ojos y miró a Elizabeth a los ojos. Ella estaba tan impasible como siempre. Fría y serena.

—No las necesito.

<<*No de ti*>> sintió Kanao mucho rencor contra Elizabeth, aunque conscientemente sabía que ella no tenía la culpa directamente de lo que sucedería.

—¿Qué necesitas entonces?

«*¿Necesitar?*» Necesitaba lo que acababa de perder. Deseaba gritarle que deseaba a su hijo, el niño que perdió. Pero era algo que Elizabeth no podía darle, que jamás le daría y que ella misma ni deseaba. Observó los duros rasgos de su rostro y, con un suspiro, contestó.

—Nada.

—El médico dice que podrás volver a casa mañana.

Informó ella con voz imperturbable. Ya se lo había dicho también a ella. ¿Qué podía responder? Fue un microsegundo; sin embargo, Kanao notó que los ojos de Elizabeth dejaron entrever algo…

>>— Kanao...

—No, Elizabeth, por favor. No soportaría un sermón ahora.

Dijo presa del pánico. No quería escuchar lo que fuera a decir. Porque inconscientemente ya sabía lo que diría. Elizabeth la sujetó por la barbilla, obligándola a levantar la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que quiero sermonearte?

Ella no contestó y, después de un rato, Elizabeth dejó escapar un suspiro, irritado.

>>—Lo que ha sucedido ha sido obra del destino. ¿Quién lo sabe? Ahora, lo único importante es que te recuperes.

—Yo sé que tú no quieres tener hijos, pero yo sí quería a mi bebé.

Intento no perder la compostura.

—El médico ha dicho que, a pesar de todo, hay posibilidades de que te embaraces sin complicaciones en el futuro. No hay daños en tu útero…

—Si. Cierto.

Dijo con sarcasmo.

>>—Solamente tengo que encontrar a un hombre que me embarace, ¿cierto?

Dijo con crueldad. Kanao no era así. Pero estaba dolida. Estaba furiosa y era difícil controlarse. Vio cómo Elizabeth apretó la mandíbula, pero no dijo nada. En cambio, se levantó y fue hacia la ventana. Durante largo rato, estuvo observando la escena que se veía abajo, hasta que después se dio la vuelta lentamente y comentó:

—Todo está listo en casa para tu regreso.

Hizo una pausa.

>>—Me ofrecería a venir a recogerte, pero tu madre y tu tía insistieron en ellas mismas llevarte a casa. Mi padre ya ha hablado con todos para que intenten no abrumarte con visitas inesperadas y logres recuperarte con calma.

<<Otra vez evadiendo el tema>>.

—Todos me han enviado flores; por favor, dales las gracias en mi nombre.

—Te han tomado mucho cariño.

<<¿Y tú?>>, quiso gritar, *<<¿Me has tomado cariño o todo sigue siendo un lamentable fracaso?>>*

Elizabeth algunas veces era tierna y muy afectuosa, pero solo para convertirse al momento en una tirana sin misericordia. Tratar de descifrar sus propias emociones era ya bastante difícil, y mucho más tener que intentar comprender las de Elizabeth.

Estaba a punto de hacer una pregunta cuando la puerta se abrió; fue su tía Anahela, la cual le informó que esa noche ella se quedaría a cuidarla para que Elizabeth fuera a descansar. A Kanao le pareció que Elizabeth estuvo a punto de rebatir. Pero al final concedió. Al cabo de un rato, Elizabeth se fue y Kanao no le pidió que se quedara. Su abrumador atractivo parecía llenar la habitación y su poderosa fuerza la hacía sentirse increíblemente indefensa. Durmió toda la noche y se despertó sin energías.

Sin más complicaciones fue dada de alta y así como si nada, comenzó su nuevo día. En una realidad donde el niño que llegó de improviso a su vida se había ido. Sin siquiera hacerse a la idea de qué clase de madre hubiera sido.

Capítulo 18

Seguía lloviendo. Habían pasado tres días desde que Kanao regresó del hospital. Y todos y cada uno de esos días fueron horribles. No brilló el sol. Nubes oscuras y lluvias intermitentes enfriaban los días y esa mañana en particular amaneció lloviendo.

Los primeros dos días Elizabeth había pensado que era algo favorable, pues con tan pésimo tiempo Kanao no estaría vagando fuera de la casa o escaparía como aquel día que fue de paseo al acuario. De esa forma descansaría y recuperaría sus fuerzas.

Pero la situación se complicó cuando Kanao se negó a salir de su habitación, ni siquiera para comer. En la casa de su padre, el ambiente era plomizo y gris en la mayoría de los miembros de la familia.

Elizabeth se estaba hospedando en la casa de su padre e intentaba permanecer en casa la mayor parte del tiempo. Lo que podía atender por teléfono y desde su laptop, lo hacía. Lo demás sería reprogramado.

Elizabeth alternaba su tiempo entre el estudio de su padre y la habitación de Kanao en el primer piso. La distancia al estudio era corta, así que podría estar en segundos si Kanao necesitaba algo. Además, casi la mayoría del tiempo, lograba trabajar desde la mesilla del desayuno, mientras vigilaba el sueño de Kanao, como ahora.

La tranquilidad del momento fue interrumpida cuando entró Anahela. La tía de Kanao se había negado a marcharse y era con quien casi cohabitaba en la habitación de Kanao. Se notaba lo protectora y unida que era a su sobrina. Mucho más que su propia madre. Y era por ese motivo que Elizabeth casi siempre andaba luchando por el dominio con ella, respecto a todo lo que involucraba a Kanao.

—Niña perezosa, ¿aún no te levantas?

Anahela fue la primera que rompió el silencio de aquella mañana, acercándose a la cama. Elizabeth, a la defensiva, se levantó de la silla e intentó interceptarla.

—Aún es pronto, Anahela. Dejemos que descanse.

Dijo en tono severo; sin embargo, Anahela ni se perturbó.

—Tonterías. Debe levantarse.

Oyó lo que ella farfulló entre dientes, lo cual sin duda había sido su intención.

>>—Si la dejamos encerrarse en sí misma va a echar raíces en esa cama.

Le dijo en tono acusador.

—Debemos ser comprensivos y dejarla descansar. El psicólogo vendrá esta tarde…

—¿Has hablado tú con ella?

Demando saber. Elizabeth parpadeó.

—Lo que menos quiero es molestarla.

Otro juramento por parte de Anahela fue pronunciado lo bastante alto como para que lo oyera.

—Está sufriendo mucho, Elizabeth.

Le dijo exasperada.

—No hay nada que podamos hacer para evitar dicho dolor. Solo el tiempo podrá curarla.

Esa vez, Anahela se limitó a mirarla con la cabeza muy alta y los brazos cruzados sobre el pecho, sin decir una palabra mientras la lluvia caía y golpeaba las ventanas.

Elizabeth la había tenido difícil estos días; no tenía la menor idea de qué hacer para ayudarla, salvo intentar apoyarse en los profesionales y en la medicina. El médico le dijo que solo necesitaba tiempo para superar el golpe y Elizabeth no deseaba dar un paso del que luego no podría retraerse. Si por ella fuera, era capaz de sacar a la fuerza a Kanao de la cama y obligarla a sonreírle. No obstante, intentaba ser comprensiva. Si estaba con ella, la consolaba y hacía todo lo que pudiera; eliminaría la distancia que había entre ellas, una distancia que quería respetar.

—Podríamos hacer más.

Dijo Anahela.

>>—Si no puedes darle lo que ella necesita, quizá otro pueda.

Elizabeth miró a la mujer con suspicacia. No había forma de que ella supiera…

—¿Qué quieres decir? Ya hago todo lo que puedo.

—Entonces haz mucho más. Eres la persona más importante para ella en este momento. Lo mínimo que puedes hacer es corresponderle.

Elizabeth parpadeó sorprendida.

—¿Cómo sabes…?

Anahela la apuntó con el dedo.

—Yo crie a esta niña. Es mi niña del corazón y no hay nada sobre ella que pueda escapárseme.

—Anahela, no…

Anahela levantó una mano para detenerla.

—No me importa que ambas sean mujeres, nunca me entrometo en las decisiones de mi sobrina. Lo único que te pido es que seas lo que ella necesita o, mejor, aléjate antes de que sea demasiado tarde.

—Yo no deseo hacerle ningún daño a Kanao.

Dio un paso hacia ella mientras la lluvia no dejaba de caer.

—Tal vez no deliberadamente, pero mi sobrina es una buena chica, una luz en el camino para cualquiera que la conoce. Y siento que tú eres quien puede apagar esa luz.

Elizabeth apretó los puños.

—¡Te equivocas! Yo misma soy admiradora de esa luz que mencionas.

Anahela entrecerró los ojos.

—Admiración y amor, no es lo mismo. Y lo que más merece mi sobrina es el amor incondicional de una persona que la ponga a ella como primera prioridad ante todo.

Anahela desvió la mirada hacia su laptop y las carpetas en la mesa.

>>—Y es claro que tú no eres esa persona.

Dándole la espalda, Anahela se dirigió al cuarto de baño. Esa mujer había conseguido lo que pretendía. Elizabeth sentía los golpes como si se los hubiera ocasionado un mazo en lugar de aquellas palabras.

Pasaron varios minutos; entonces oyó unos pasos que se acercaban, pasos de hombre.

—Elizabeth, necesito hablar contigo.

Le dijo Eliot a su espalda.

—Ahora no.

No estaba de humor para hablar, pero sus deseos no importaban.

—Tengo una sugerencia que hacerte y me gustaría que lo pensaras.

Elizabeth se acercó a la cama de Kanao. Anahela desde el baño; se escuchaba que estaba cantando una melodía lo suficientemente alto para perturbar el sueño de Kanao. Elizabeth estaba considerando si sería más rápido ahogar a Anahela en la bañera o estrangularla con una toalla para que se callara. Su hermano se acercó a su lado.

>>—¿Cómo se encuentra?

—Es difícil decirlo, si no se le permite descansar.

Dijo entre dientes mirando la puerta del baño con furia.

—Estaba hablando con mi padre y ambos creemos que enviar a Kanao, su madre y a su tía de vacaciones sería una buena opción.

—No creo que esa idea me agrade mucho.

Eliot siempre le proponía ideas bastante acertadas y, aunque sabía que aquélla en particular no le agradaba, Sería complicado alejarse de la oficina por bastantes días.

—Piénsalo, un clima más soleado les sentaría muy bien a esas mejillas tan pálidas.

Quizá la idea de Duncan no fuera tan mala. Pero Elizabeth se anteponía a que Kanao se alejara de su vista.

—No necesitamos vacaciones.

Intervino Anahela saliendo del baño.

>>—Lo que necesita mi pequeña es recuperar su vida. Su rutina.

Eliot iba a argumentar. Sin embargo, ambos se quedaron pasmados mientras observaban cómo la mujer se acercaba a la cama y apartaba las sábanas un poco rudamente, mientras murmuraba palabras en un idioma que Elizabeth no comprendió. Sintió el impulso de ir ahí y alejar a la mujer de Kanao, pero su hermano la detuvo.

>>—Vamos, tesoro. Es hora de levantarse perezosa.

Argumentó la mujer pellizcando las mejillas de Kanao. Su hermano entonces la sujetó con más fuerza. Refunfuñando, Kanao intentó apartar las manos de su tía, pero está, riendo, le dio una palmada en el trasero para que abriera los ojos. <<*La voy a matar, lenta y dolorosamente*>>, pensó Elizabeth asesinamente.

Su ira fue un poco aplacada cuando Kanao por fin abrió los ojos e intentó incorporarse con ayuda de su tía.

—¿Kanao?

Le dijo su hermano con voz temblorosa.

>>—¿Qué tal te encuentras?

Kanao parpadeó, pero su vista aún no enfocaba a nadie en particular.

—Tengo frío. Parece que no consigo entrar en calor.

Respondió por fin con un susurro apenas audible. Si le sorprendió la debilidad de su voz, más lo hizo su aspecto. Tenía la piel tan pálida como un fantasma y la mirada perdida. Entonces, Elizabeth apartó a su hermano y se acercó a Kanao por el otro lado de la cama. Se agachó a su lado y le tocó la mano. Estaba helada.

—¿Cómo puedes tener tanto frío?

Dijo mientras le subía bien las mantas en las que estaba envuelta. Kanao no respondió, solo recibió sus cuidados sin moverse. Anahela la miró como si fuera la enemiga. A Elizabeth poco le importaba. Le ordenó a su hermano subir la temperatura del termostato.

Una sirvienta entró con una bandeja de comida y Elizabeth le ordenó acercarse para alcanzar la taza de té.

>>—¿Quieres un sorbo? Está caliente, quizá te haga entrar en calor.

Pensó que iba a rechazarlo, pero asintió levemente y dejó que le pusiera la taza en los labios. Sólo dio un pequeño sorbo antes de retirar la cara.

—No quiero más.

Miró a su alrededor como si acabara de darse cuenta de que no estaban solas.

—¿Tía? ¿Qué hora es?

—Hora de levantarte, cariño. Tengo listo el baño para ti.

—Solo quiero dormir.

Kanao volvió a perder la mirada en las llamas. Elizabeth no sabía qué decir y eso le incomodaba.

—El baño te vendrá bien, Kanao. Puedo ayudarte.

No hubo respuesta.

>>—¿O prefieres desayunar primero? ¿Qué tal waffles con helado?

Buscó algo de interés en su rostro al oír su postre favorito, pero no lo encontró.

—No tengo hambre.

La propuesta no tuvo el resultado esperado. Kanao estaba peor de lo que había creído y no pudo evitar preguntarse cuánto tiempo tardaría en recuperarse de la pérdida. Elizabeth no tenía ningún consejo que ofrecerle. Sin embargo, al mirar a la mujer que tan solo unos días antes le había regalado sonrisas y dulzura, deseó poder decirle algo. Luchó contra el impulso de acercarse y abrazarla. Dio un paso hacia ella, pero se detuvo cuando Anahela se interpuso.

—Hoy vendrán agradables visitas a la casa.

Anunció Anahela, sentándose y abrazando a Kanao.

>>—Y esperan de todo corazón poder verte.

—Anahela, Kanao no está…

Intervino Elizabeth, pero la mirada de la tía la interrumpió.

—Olga Macmillan desea que la asesores con el diseño de su vestido para su fiesta de cumpleaños.

Añadió apartando las mantas y jalándole las piernas para que se acercara al borde de la cama; de esa forma sería más fácil obligarla a levantarse. Elizabeth solamente deseaba apartarla de Kanao. ¿Por qué estaba siendo tan cruel? Se supone que amaba a su sobrina. Además, Elizabeth había sido clara respecto a las visitas; Kanao no estaba de ánimo para ello.

>>—Y otra de las cuñadas de tu madre, quiere que le ayudes con el tema de la fiesta de cumpleaños de su nieta. Será tema de playa. Quien mejor que nosotras para opinar.

—No estoy preparada…

Su voz era tan débil como su aspecto y Elizabeth supo que no tendría fuerzas suficientes para enfrentarse a la multitud Macmillan.

—Lo estás, cariño. Eres buena en los diseños y te encantan las fiestas.

Animó su tía.

>>—Te ayudaré a tomar un baño y después iremos almorzar al hermoso salón. Aunque no podamos salir al jardín. Esta casa tiene lugares muy elegantes y bonitos.

Anahela intentó tirar de ella para que se levantara. Elizabeth se apresuró a ayudar. Al final fue Eliot quien terminó alzándola en brazos y llevándola al baño. Elizabeth se sintió tan impotente. Kanao en ningún momento la miró y eso la hizo sentir peor.

Al final fue Anahela quien la ayudó a bañarse y a vestirse. Una hora después, sujeta del brazo de Anahela y de Elizabeth, Kanao entró en el salón donde todos la recibieron cálidamente.

—Esto es mala idea…

Susurró Kanao.

—Sólo te quedarás unos minutos; después yo misma volveré a acompañarte a tu habitación.

La animó Elizabeth. La sentía tan frágil, como si fuera a romperse en cualquier momento. La madre de Kanao colocó unos almohadones en una silla junto a la gran chimenea que dominaba una de las paredes. Una vez Kanao estuvo sentada, prácticamente todas las tías y primas de Elizabeth la rodearon.

—Gracias a todas por venir.

Comentó Kanao con la voz débil. Luisa se acercó a Kanao y le dijo algo que la hizo sonreír; fue una tenue sonrisa, pero seguramente era la primera desde el día del aborto. Las otras mujeres se acercaron también y le hablaron en voz muy baja. Elizabeth, por su parte, se alejó un poco. Aunque no le gustaba el plan de Anahela, tenía que reconocer que las intenciones eran buenas.

—No frunzas el ceño. Ellas solamente quieren animarla.

Comentó su hermano acercándose a ella y ofreciéndole un trago, el cual Elizabeth rechazó.

—Abrumarla no creo que sea buena idea.

—Que se quede encerrada tampoco lo es.

Dijo su hermano, un tanto confundido. Él seguía sin poder creer que lo que Elizabeth le comentó el otro día fuera verdad. Elizabeth había dejado la bebida.

—Kanao, cuéntanos cómo te sentiste ese día.

¿Acaso estaba loca? ¿Cómo se le ocurría a su tía Olga pedirle que le contara algo que le provocaría tanto dolor? Kanao estaba demasiado débil como para enfrentarse a nada. Elizabeth se dio media vuelta para acercarse y echar a todas de la casa, pero entonces oyó la respuesta de Kanao.

—Desconsolada, yo amaba a mi bebé.

El llanto le impidió seguir hablando. Nadie habló mientras ella lloraba, pero Elizabeth apenas podía aguantar las ganas de acudir a su lado.

—¿Ya habías pensado en nombres, cariño?

Preguntó Anahela, al tiempo que la agarraba de la mano. Kanao se secó las lágrimas y asintió. Entonces empezó a decir nombres, tanto de niño como de niña, y por qué le gustaba cada uno. También les contó sobre nombres que había desechado y por qué. De ahí todas se soltaron a contar cómo fue que escogieron los nombres de sus hijos y a burlarse de aquellos que sonaban tan ridículos.

Elizabeth observó la escena con el corazón encogido de tristeza por Kanao. Su llanto la conmovía más de lo que quería admitir. Lo que había creído una crueldad había sido en realidad la mejor manera de ayudarla a afrontar su dolor. Se alegró de que sus parientas y Anahela estuvieran allí para ayudarla y darle el apoyo que tanto necesitaba.

Los siguientes dos días pasaron despacio, pero Kanao no siguió encerrada en sus aposentos. Anahela decía que comía más, pero él seguía viéndola demasiado débil. Las mujeres de la familia se turnaban para venir a verla todas las mañanas, almorzaban con ella y después se marchaban. Fue entonces que Elizabeth sintió esperanza. Pronto todo volvería a la normalidad.

❀

Para Kanao todos los días se tornaron repetitivos. Kanao se despertaba temprano cada mañana, ordenaba su habitación y continuaba con sus rutinas diarias.

Se podría decir que la mejor parte de sus días era la hora en la que podía salir temprano de su habitación cuando la mansión estaba sumida en la semioscuridad y el silencio. De esa forma podría pasear por los jardines sin estar bajo la mirada compasiva de su familia y los empleados.

Amaba caminar sola por las mañanas. La brisa fresca podría aclararle las ideas, por lo menos por un par de horas.

Después, solamente tenía que desayunar, descansar, comer, volver a descansar y esperar a que llegara la noche. Era mejor obedecer la rutina a ganarse un sermón de la tía Anahela. Ahora que ya la había obligado a salir de su lecho de autocompasión, no volvería a permitir que quisiera autodestruirse en su miseria.

Su recuperación estaba siendo notablemente rápida a pesar de su situación. Hasta el momento, todos sus chequeos mostraban mejoría constante. No obteniendo el mismo resultado en su salud mental. Aunque el terapeuta afirmó que esto llevaría tiempo y que era normal pasar por este duelo.

De pie junto a la alberca, Kanao contempló el agua azul bajo el resplandor de la mañana. Era sereno e impresionante, pero por milésima vez, deseó que fuera el océano. Extrañaba el mar, el olor a sal, la arena entre sus dedos.

Mientras estuvo hospitalizada y le dieron el alta y su madre mencionó que volverían a casa, Kanao en lo único que pudo pensar era en tomar un avión e ir directamente a su isla; esa sí era su hogar. Tenía semanas viviendo en la mansión Macmillan, pero no llegaba a sentirla como su casa. Ni a los Macmillan como a su familia. Consideró que ese sentimiento era a causa de su cuerpo débil y su dolorido corazón. Sin embargo, con el paso de los días sus ideas no habían cambiado.

Al llegar, le habían asignado una habitación en el primer piso, para que no tuviera que subir escaleras y, a pesar de que ahora tenía más libertad de movimiento, le daba lo mismo si se quedaba abajo o volvía al segundo piso. Si le preguntaban, prefería quedarse

donde estaba. Además, su madre le informó que todas las cosas de bebé habían sido retiradas y almacenadas para el futuro. Al escuchar esa noticia, en lugar de haber sido un consuelo, fue como si recibiera un golpe de nuevo en el corazón. Por ese motivo no quería volver a subir.

Kanao permaneció en la orilla de la alberca, contemplando la mansión durante un largo rato. Luego retrocedió con pasos ingrávidos; se sentía como un fantasma. Mientras su mente vagaba por esos pensamientos malignos, se encontró afuera de la puerta de su dormitorio sin darse cuenta.

Resignada, entró en la habitación y siguió con su día. Desayunó con su madre y su tía; después volvió a su recámara y encendió el televisor, solamente con tal de escuchar algo de ruido.

Por lo general, no prestó atención a la programación, salvo en un momento, cuando escuchó que un programa de chismes mencionaba a la familia Macmillan y a una nueva inversión que estaba realizando su padrastro en una obra de reconstrucción de un puente. El que mencionaran a Keith le recordó el escándalo de Elizabeth y Nicole Kidman. Vagamente se preguntó cómo iría el asunto. Con Kanao tan triste y sin interés, no podría importarle menos.

Tampoco le importaba Elizabeth, aunque ella estaba hospedándose en la casa; y constantemente estaba frente a ella. Elizabeth venía a su habitación y Kanao fingía dormir. Cuando se encontraban en alguna parte de la casa, Kanao se aseguraba de no estar a solas con ella.

Recordaba vagamente unas palabras de Elizabeth cuando Kanao estaba aún aturdida; su tía la había forzado a salir de la cama y a que conviviera con todos y se animara un poco. Fue entonces que Elizabeth le dijo que debería dejar de sobre pensar las cosas y enfocarse en su salud. Que la vida continuaba.

El rostro de Kanao se había torcido como si estuviera tratando de entender algún idioma extranjero. ¿Por qué Elizabeth era tan poco sensible? Kanao perdió a su bebé, no un juguete; tenía derecho a deprimirse tanto como fuera posible y a odiar a todo el mundo. En

este caso, tristemente, estaba comenzando a odiarla a ella. Un fuerte golpe en la puerta sacó a Kanao del borde del abismo.

—Adelante.

Dijo desde su posición en la cama. Entonces la puerta se abrió y se escucharon unos pasos suaves, tan delicados y sutiles como el andar de una gacela. Y conocía bastante bien esos pasos; al alzar la cabeza se encontró con Elizabeth, parada en la puerta.

Kanao se levantó y se encontró con la mirada de Elizabeth. Los primeros minutos se sumieron en un incómodo silencio durante un largo momento, evaluándose mutuamente y sin querer ser las primeras en hablar.

Kanao se puso ansiosa bajo su fría mirada; inconscientemente comenzó a jugar con el borde de su sudadera, agradecida de que hasta ahora habían logrado evitar la conversación que ninguna de las dos quería tener.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor.

Se apresuró a contestar.

—¿Necesitas algo?

—Gracias, pero estoy bien.

Dijo Kanao. Su intento de sonreír hizo que las comisuras de sus labios temblaran, como si hacerlo requiriera mucho esfuerzo. Incluso Elizabeth pudo sentir que su sonrisa era falsa.

En lugar de forzar cualquier palabra fingida, Kanao simplemente se mordió el labio, reconociendo que Elizabeth tenía cierta aversión a las palabras sin sentido y a la risa incómoda.

Mientras el silencio se prolongaba, Kanao intentó abordar un tema de conversación seguro.

—Luisa dijo que ya tenías listo el plan de inversiones.

Elizabeth entrecerró los ojos.

>>—¿Por qué aceptaste ayudar? Pensé que Eliot era quien lo haría.

—Porque las finanzas son mi área de especialización, no de mi hermano. Pensé que lo sabías.

Comentó Elizabeth dando un paso más hacia Kanao.

>>—¿Estás preparada para comenzar con tu negocio?

Kanao se encogió de hombros.

—Quiero trabajar. El doctor ha dicho que estoy casi completamente recuperada; está bien que salga.

Se encogió de hombros.

>>—O puedo regresar a mi trabajo con la señora A….

—Tu plan de negocios está listo y es viable. Solamente necesitamos afinar algunos detalles. Eliot ya trabaja en ello.

Dijo Elizabeth asintiendo, para sorpresa de Kanao.

—Gracias.

Elizabeth miró a Kanao y, mientras lo hacía, sus ojos normalmente plácidos parecieron profundizarse, como si estuviera sumida en sus pensamientos, transmitiendo alguna emoción o pensamiento oculto.

Kanao quería intentar decir algo más para levantar el ánimo, pero se quedó sin palabras. Su mente se quedó en blanco y luchó por captar un pensamiento. Elizabeth dio otro paso. Era como si estuviera intentando moverse lentamente para no asustarla.

—¿Quieres que salgamos a cenar a alguna parte?

Preguntó Elizabeth.

>>—¿Qué te parece la comida china? ¿O mariscos?

—Elizabeth, yo...

—¿Qué? ¿Piensas vivir encerrada aquí por el resto de tu vida?

Preguntó Elizabeth con voz fría.

>>— ¿Hasta cuándo?

No estaba segura de qué decir, ¿una semana, un mes, el próximo año? Nada parecía una respuesta adecuada.

—No estoy de ánimo…

—¡Ya es suficiente de encierros! Comprendo tu pérdida…

—¿Lo haces?

Kanao se levantó y enfrentó molesta a Elizabeth.

>>—Hasta donde recuerdo, fuiste tú quien siempre estuvo en contra de mi embarazo.

Con los ojos semicerrados vio a Elizabeth. La luz de la lámpara de noche iluminaba los destellos de sus ojos y revelaba su frustración. Kanao no quería ver su indignación. Solo quería volver a dormirse. Ir al lugar donde no necesitaba pensar en la realidad. Pero

era hora de afrontar la verdad. Elizabeth llegó pronto a ella y la estrechó contra ella, aunque Kanao intentó alejarse.

—Kanao, yo nunca quise ofenderte… Pero un embarazo no deseado.

—Yo sí deseaba a mi bebé.

Parte de ella quería sollozar contra su pecho y buscar la fuerza y el consuelo entre sus brazos, pero otra parte quería apartarse de su abrazo y culparla. Era culpa de Elizabeth. Ella le trajo mala suerte y esta desgracia fue invocada por sus malos deseos. Ahora su hijo estaba muerto. El corazón se le endureció como una piedra y la ira le aceleró el pulso. Se puso rígida y la empujó, sorprendida de cuánta fuerza física tenía aún.

—Deberías hacer caso a tus consejeros y regresar con tu ex novia.

Dijo fríamente.

>>—Cásate, ten tu alianza y vuélvete presidenta de la república si lo deseas, a mí ya no me importa. Yo no tengo ninguna importancia para ti.

—Kanao, por favor. Yo he...

—No, no quiero oír tus palabras. Mi niño se fue. Y en honor a él jamás perdonaré que hayas querido eliminarlo desde el comienzo. Tu deseo se hizo realidad.

Sus palabras eran intencionadas; quería hacerle daño como ella le había hecho.

—¿Me estás culpando? Yo no tuve nada que ver con tu aborto.

Su voz era grave.

>>—Fue cosa de Dios o del destino o algo que estaba destinado a suceder.

Elizabeth estiró una temblorosa mano para cogerle la barbilla. Kanao cerró los ojos con fuerza y le apartó la mano, sin deseos de mirarla. Sin deseos de ver el dolor que pudiera sentir.

—Déjame. Ya no soy un títere de tus maquinaciones. Ya no seré una de las chicas con las que follas.

—¡Por todos los santos, deja de hablar así!

Kanao alzó la cabeza hacia ella.

—¿Acaso tienes algún sentimiento hacia mí?

No quería formular esa pregunta, pero debía hacerlo.

>>—¿Me amas?

Pasaron los segundos, pero Elizabeth no contestó y esa era toda la respuesta que Kanao necesitaba. Ella ya no sabía qué creer. Los hechos superaban su deseo de confiar en sus palabras.

Elizabeth le cogió la cara y apretó sus labios contra los suyos. Kanao se negó a devolverle el beso, se negó a permitir que sus caricias la debilitaran. Combatió las emociones que amenazaban con salir a la superficie, las que le rompían el corazón. Quería odiarla con cada centímetro de su ser, quería deshacerse de ella, quien le había causado tanto dolor. Kanao volvió a empujarla.

—Comprendo tu ira y tu dolor y por qué quieres culparme a mí. Pero debes comprender la situación.

—¿Qué situación? Es simplemente saber si entre nosotras existe amor o solamente estoy perdiendo el tiempo. Es amor, no una transacción comercial.

Se cruzó de brazos y se preparó para su diatriba. Elizabeth frunció el ceño.

—Kanao…

—Y no quiero continuar con el negocio. Buscaré otras opciones por mi cuenta. Y puedes estar segura de que pagaré tu tiempo y las molestias.

—No hablas en serio.

El pecho de Kanao estaba vacío. No le quedaba nada más que una profunda insensibilidad.

—Lo digo en serio. No quiero estar cerca de ti. Me causa dolor.

Dijo yendo hacia el baño.

—Kanao, sé que lo que te sucedió es doloroso, necesitas ayuda, estás pensando de forma irracional.

—Mi corazón murió con el niño que se me arrebató.

Y con un portazo cerró la puerta.

Capítulo 19

La noche siguiente, su padrastro insistió en que salieran a cenar. De hecho, fue un complot orquestado por todos. Desde su padrastro, tía, madre, Eliot, Luisa y, gracias a Dios, Elizabeth no estaba en el plan. Desde hacía tres noches, desde que Kanao había explotado, ella no había vuelto. Y Kanao no sabía si sentirse aliviada o mortificada. Reconocía que todo su rencor contra el universo lo había descargado contra Elizabeth, y eso no era justo.

Tal vez Elizabeth planteó en un principio la posibilidad de interrumpir su embarazo, pero no fue la causante de su aborto espontáneo. Estaba siendo injusta e irracional. Y planeaba disculparse, pero ahora mismo no tenía aún la fortaleza.

Kanao estaba mirando las luces de la ciudad que pasaban, mientras el coche de Eliot se deslizaba por las avenidas. Después de la cena, todos habían decidido ir al teatro, pero ella estaba realmente agotada; por eso Eliot se ofreció a llevarla de vuelta a casa. Se sentía mal por no tener la alegría y fuerza necesaria para convivir por más tiempo en la última noche de su tía en la ciudad; sin embargo, aún no tenía muchos ánimos para nada. Tan agotada estaba que, sin darse cuenta, se había quedado dormida en el auto de Eliot. Despertó mucho tiempo después.

—Oh, lo siento.

Dijo Kanao de repente, sentándose con la espalda recta. Se ajustó la ropa y se arregló el cabello desordenado, con las mejillas sonrojadas.

—Duerme un poco más, aún falta tiempo para llegar a casa.

Comentó Eliot señalando el GPS del tablero. Kanao enarcó una ceja.

—¿Estás siguiendo la ruta más larga?

Eliot se encogió de hombros.

—Parecías muy tranquila mientras dormías.

—Aún me gana un poco la debilidad. Pero el médico dijo que era normal.

Dijo Kanao, después de recuperar el aliento. Realineó el cuello torcido de su blusa, mientras Eliot seguía el camino por la avenida que, a pesar de la hora, tenía algo de tráfico. Kanao comenzó a relajarse y la mirada de Eliot se suavizó mientras observaba a Kanao.

—Por lo menos has recuperado un poco de color en las mejillas.

Kanao miró por la ventana mientras Eliot la observaba.

—Eso es ganancia. Pero todo lo demás está mal.

Kanao siempre se limitaba a decir que estaba bien, pero no era de esa forma. Tenía una tristeza profunda, falta de motivación, dificultad para dormir o comer, ansiedad y sentimientos de culpa y desesperanza.

—Kanao.

Eliot susurró su nombre. Kanao se volvió para mirar a Eliot con cautela. Parecía agotada y sus ojos lánguidos todavía le dejaban sin aliento. La bella mujer era como un encantamiento seductor.

—Lamento mucho tu pérdida, Kanao.

Comentó Eliot con tristeza, aunque él siempre estuvo al pendiente; estos días jamás habían tenido tiempo para hablar a solas.

—Solamente no me digas que no pasa nada y que puedo volver a embarazarme.

Eliot apretó el volante y la miró con horror.

—¿Quién te dijo algo tan horrible?

Kanao miró por la ventana.

—Todo el mundo lo piensa.

—Kanao…

—Era solo un feto, ¿no es así? No era una persona como para ser importante.

Kanao colocó cuidadosamente sus manos en su regazo, luchando contra las lágrimas que tan desesperadamente deseaban liberarse. Su respiración se estabilizó gradualmente. Por su parte, Eliot, desesperado, buscó la forma de orillarse y colocar las luces intermitentes.

—Kanao, no sé quién te dijo esas cosas horribles, pero no todos pensamos así.

Eliot sujetó sus manos.

>>—Aunque no lo creas yo si estaba emocionado porque llegara ese bebé a la familia.

Kanao lo miró por entre la neblina de sus lágrimas.

—¿En serio?

—¡Sí! Iba a convertirme en tío. ¿Cómo no emocionarme?

Eliot realmente era maravilloso. Aunque las cosas resultaron diferentes a lo que ella imaginaba, era innegable que era cierto.

>>—Mi padre estaba pletórico de felicidad, ya que desde hace tiempo había perdido la esperanza de que Elizabeth o yo lo convirtamos en abuelo. Sobre todo Elizabeth.

Con la mención de ella, Kanao apartó sus manos.

—Bueno… pues eso ya no sucederá.

Miró nerviosa por la ventanilla. Pasaron segundos donde sintió la mirada pesada de Eliot sobre ella.

—¿Sucedió algo entre tú y mi hermana?

Kanao se sintió temblar.

—Nada.

—Kanao…

Escuchó un gran suspiro, pero Kanao no tenía el valor de mirar a Eliot a la cara.

>>—Soy consciente de que tú y mi hermana han….

—Ya no hay nada.

La miró decidida.

>>—Fue un error, una imprudencia.

Se rió con amargura.

>>—Fui tan estúpida.

Eliot se adelantó y acunó la mejilla de Kanao.

—Oye, no eres estúpida.

Dijo con furia.

>>—Es Elizabeth la que hace tiempo se olvidó de toda cortesía y delicadeza.

—¿Es por culpa de lo que le hizo Nicole?

Kanao estaba siendo masoquista por querer saber más. Pero deseaba por lo menos consolarse con el hecho de haber conocido a Elizabeth en el momento equivocado.

—Elizabeth siempre fue una chica de carácter fuerte.

Comentó Eliot algo incómodo.

>>—Es verdad que todos notamos que Nicole siempre fue amorosa, hasta en público. Y creo que lo que sucedió la hizo endurecerse más. Pero mi hermana no es una mala persona. Eliot pasó la mano por la palanca de cambios.

>>—Creo que solamente se protege para que no le hagan daño de nuevo.

—¿Y eso le da el poder para hacer daño a los demás?

Dijo molesta y luego se limpió las lágrimas.

>>—Discúlpame, no quiero hablar mal de ella y de hecho no es mucho de lo que tengo que hablar…

Era verdad que Elizabeth en el exterior era cruel y certera, pero con ella había mostrado un lado amable que pocos conocían. Era su coraje el que le estaba impidiendo ver todo el panorama.

>>—Ella fue buena conmigo… salvo por querer que yo…

Se llevó la mano al vientre. Eso sin duda era algo que Kanao no le perdonaría jamás. Tal vez con el tiempo. Era hora de pasar al siguiente capítulo, de olvidar la infelicidad y el dolor. Tenía que avanzar.

—Dime algo, Kanao.

Dijo Eliot, interrumpiendo los profundos pensamientos de Kanao.

—¿Te enamoraste de Elizabeth?

—¡No!

Gritó Kanao bruscamente.

>>—No…

Dijo sin mucha convicción. Kanao contuvo las lágrimas e incluso se obligó a mostrar una débil sonrisa.

>>—Fue solo… algo sin importancia.

Eliot asintió. No estoy muy convencido de sus palabras. Después, volvió a incorporarse de nuevo al tráfico.

❀

El baño estaba en silencio. Después de que Eliot la dejara en casa, había decidido tomar un baño para relajarse. Kanao se sentó en silencio en medio de la bañera, mirando el resto de burbujas que

flotaban en su superficie, y esperó a que pasara el tiempo. Todos estos días había estado muy aterrorizada, pero ahora que estaba allí, se sentía tranquila.

Después del baño, Kanao se colocó una enorme sudadera y se recogió el cabello en un apretado moño. Últimamente, Kanao no paraba de sentir mucho frío; por eso la ropa deportiva y de abrigo era su gran consuelo últimamente. Sobre todo las enormes sudaderas; era como estar recibiendo un abrazo cálido e invisible.

Poco después, Kanao estaba parada en medio de su habitación del segundo piso. Había decidido esa noche regresar ahí y ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Tal vez porque era la habitación en la que había estado esos meses viviendo después de que llegó a la ciudad.

—Este no es mi hogar.

Susurró para sí misma mientras se sentaba en el borde de la cama. Ella dejó escapar un suspiro de resignación. Enumeró todas las cosas que habían cambiado en su vida desde el día en que su madre le anunció que se casaría. También reflexionó sobre cómo ella misma había cambiado.

Ella se rió para sí misma, sintiéndose infantil en sus expectativas. Pasó de ser una chica confundida y aterrorizada de esta vida a una mujer que había experimentado el sexo lésbico, sobrevivido a la jungla social y con expectativas de montar su propio negocio, más la pérdida de su bebé.

Vagamente llegó a considerar que si no hubiera venido a la ciudad, tal vez nada de esto hubiera sucedido. ¿Sería así? Si se hubiera dado cuenta de su embarazo y se hubiera quedado en Honolulu, tal vez su bebé…

Mientras miraba alrededor de la habitación, sus ojos se fijaron en su reflejo en el espejo. Era un desastre. Un maldito desastre; se sentía como en un pozo, llena de desesperación. Ahogándose. Con ojos somnolientos y mente confusa, Kanao cayó de espaldas y miró al techo. Tenía que encontrar la manera de salir del pozo.

Minutos o tal vez horas después, Kanao se despertó de su sueño y se dio cuenta de que se había quedado dormida sin querer. Se sentó lentamente y no se sintió triste ni decepcionada.

Consideró volver a dormir ahora que no se sentía tan mal. Estaba aturdida, como somnolienta. Tal vez eso aseguraría que no tendría pesadillas esa noche.

Kanao suspiró y desató la cinta del cabello despeinado, se quitó la sudadera para que no le estorbara y le fuera incómodo. Cuando fue a lanzarla lejos, se dio cuenta de que dicha sudadera no era otra que aquella que habían comprado en el parque en la reserva. Kanao no prestaba mucha atención a sus acciones últimamente y por eso no se dio cuenta de qué sudadera había escogido del closet.

La realidad de sus patéticos sentimientos por Elizabeth Macmillan le rasgó el corazón. Irremediablemente, era hora de aceptar que ella se había enamorado de Elizabeth, pero en cambio, Kanao no era nada para ella. Y eso le dolía mucho más que la infidelidad de su ex. ¿Era porque no amó al hombre que la dejó embarazada? En cambio, se enamoró de Elizabeth y fue una cosa estúpida de hacer. Bien se lo había advertido ella, que tuviera cuidado con los depredadores, y se enamoró de la peor de ellos. Poco a poco su mente se fue aclarando.

Cuando finalmente salió de su sueño drogado, todas las piezas de su vida cayeron en su lugar. Se sorprendió al oírse llorar y sentir el calor de las lágrimas corriendo por sus mejillas. La habitación se volvió borrosa.

Kanao luchó por deshacerse de la sensación de no estar bien. Cuanto más intentaba luchar contra las lágrimas, más aumentaba su dolor. Se levantó de la cama para buscar un pañuelo, pero se desplomó en el suelo tan pronto como sus pies tocaron el suelo.

Ella actuó como si estuviera bien, aunque no lo estaba. Los recuerdos inundaron su mente desde el primer día aquí, como la mayoría de los Macmillan la miraron por encima del hombro y, si eran buenos con ella y su madre, era por órdenes de Keith o la tía Olga. Recordó todas las miradas de desprecio por su apariencia y por su forma de vestir. También rememoró su primera noche con Elizabeth, cómo fue solamente un juego para ganarle la partida a Eliot.

Los innumerables momentos malos y buenos le siguieron, llenos de incertidumbre y de cuidar lo que decía y hacía para no

avergonzar a su madre frente a su nueva familia. Todo lo vivido con Elizabeth, cómo le había dado la espalda en el hospital el día de su embarazo, el maldito cheque que le regaló… Sin embargo, a pesar de todo esto, se enamoró de Elizabeth.

La única razón por la que enfrentó los duros momentos de discriminación era porque tenía a Elizabeth. Amar a Elizabeth le resultó natural y fácil, pero sentía que había olvidado cómo respirar.

Kanao tuvo que admitirse a sí misma ahora que ya no podía amar a Elizabeth y que en el siguiente capítulo ella no existía. Las lágrimas cayeron de sus mejillas y aterrizaron en el dorso de su mano. Ella ya no la amaba y ya no podía sonreírle. Entonces, ¿por qué estaba ella todavía aquí?

Kanao no pudo encontrar una razón para quedarse, ni siquiera por su madre; ella ahora se había adaptado bien a su marido y a su nueva familia. Este era su hogar ahora, pero no de Kanao. Se secó las lágrimas y se puso de pie. Con determinación, se dirigió hacia su closet. Era momento de decidir su camino por sí sola.

Capítulo 20

—Dime.

Ordenó Elizabeth con voz plana.

—¡Kanao se ha ido!

Informó su hermano a gritos.

>>—Todo indica que tomó un vuelo en la madrugada con escala en los Ángeles y después irá a Honolulu.

Elizabeth permaneció inmóvil, mirando la pantalla de su computadora. Su hermano le estaba dando una noticia que ya sabía.

>>—¿Elizabeth? ¿Me estás escuchando?

Insistió su hermano. Sin contestar, Elizabeth cortó la llamada. La luz de la pantalla cayó sobre su rostro mientras dejaba escapar un suspiro.

—¡Maldita sea!

Dijo Elizabeth, pasándose una mano por el pelo. Se dejó caer pesadamente sobre su silla; esa noticia que le había dado su hermano le había llegado a la una de la mañana. Elizabeth había estado trabajando cuando a su móvil llegó un mensaje de texto de Kanao. Como tenía el chat abierto en la computadora, fue en letras grandes que pudo enterarse de que Kanao se iba de Nashville definitivamente. Su móvil volvió a sonar.

—Deja de molestar.

Le dijo a su hermano de mala manera.

—¿Qué, acaso estás sorda? Te estoy diciendo que…

—Que Kanao se fue, lo sé.

—¿Lo sabes?

Su hermano sonaba sorprendido.

>>—¿Ella te dijo que se iba?

—Dile a Luane que no se preocupe, ella volvió a casa, y Anahela sale hoy para allá.

—Pareces demasiado tranquila… ¿Acaso ya no te interesa?

—Es suficiente.

Cortó.

>>—Solo asegúrate que nuestra madrastra esté tranquila. Si le sucede algo, nuestro padre jamás nos lo perdonará.

Y con eso, volvió a terminar la llamada. Sus ojos cansados apenas podían mantener la concentración. No había dormido en toda la noche. De hecho, tenía días sin dormir correctamente.

Elizabeth miró hacia la chimenea de gas de su estudio; después de darle un trago directamente a su botella de escocés, regresó la mirada a la pantalla. Un mensaje que Kanao le envió tal vez justo antes de abordar el avión, porque cuando Elizabeth intentó llamarla, ya no contestó.

Elizabeth.

Lamento la forma en que te traté la otra noche. Sé que estuvo mal. Descargué toda mi ira, rencor y frustración en ti, cuando sé conscientemente que nada tuviste que ver con mi… aborto.

Y no tengo el valor de disculparme cara a cara contigo. Y soy una cobarde por enviarte esto justo cuando estoy a punto de subirme a un avión, pero no podía irme sin antes intentar arreglar un poco las cosas contigo. No quiero llevarme más rencores.

Vuelvo a casa, no puedo quedarme ni un momento más. No me atreveré a pedir tu comprensión porque sé que nunca me comprenderías.

Necesito irme; esta ciudad me agobia, ya no siento que soy yo. Ya no puedo encontrar felicidad aquí. Se ha convertido en un doloroso y complejo proceso continuar. Estoy agotada de tener que intentar adaptarme a este mundo de los Macmillan, simplemente no soy yo.

Elizabeth dejó de leer y encendió un cigarro. Después de dar una profunda calada y exhalar el humo, soltó una carcajada. Incluso después de leer este mensaje varias veces, todavía la situación le parecía absurda. Y si, había roto su promesa de no beber y no fumar; pero Kanao se había ido, así que ya no tenía sentido que se estuviera esforzando. Y bebería y fumaría hasta hartarse.

Quiero agradecerte por todos esos agradables momentos que pasamos juntas. Aunque no lo creas, has sido maravillosa conmigo. Pese a tu duro carácter y personalidad fría, conmigo siempre te mostraste amable y paciente. Hasta cariñosa cuando estuvimos en la cama…

Y aunque es extraño haber deseado estar con una mujer, no se sintió extraño estar contigo. Todo lo contrario. Pero me di cuenta de que esto entre nosotras no conducirá a nada. No me necesitas, no me amas y no deseo seguir amando a alguien que no puede devolver los mismos sentimientos que puedo brindarle.

¿Amor? ¿Acaso ella estaba insinuando que la amaba? Elizabeth no pudo evitar reírse de cómo el mensaje sonaba como el de una niña pequeña quejosa, haciendo pucheros porque no se sale con la suya. ¿Era realmente el amor la razón por la que estaba haciendo esto? ¿Fue todo por amor? Mientras leía la carta, una avalancha de recuerdos inundó su mente desde el momento en que Kanao había llegado a Nashville.

Cuando recibió este mensaje y lo leyó por primera vez, su único pensamiento fue salir inmediatamente al aeropuerto. ¿Qué desacierto de su parte? Crearía esto una novela dramática romántica, en la cual un final feliz sería ir a rogarle al aeropuerto que no la abandonara.

Elizabeth se reprendió a sí misma por su comportamiento tonto, actuando como si el mundo fuera a acabarse. El shock repentino se sintió como si la mojaran de repente con agua helada, haciendo que su corazón se acelerara erráticamente. Además, su cerebro se vio inundado por un torrente de pensamientos irracionales.

—Se fue.

Susurró con un tono lleno de resentimiento. La ansiedad amenazaba con consumirla, potencialmente llevándola a la locura y desatando el caos. Haciendo una pausa para tomar un respiro, Elizabeth encendió otro cigarro y el humo se elevó en el aire mientras contemplaba antes de volver a prestar atención al mensaje.

Te debo mucho, Elizabeth. Y quiero terminar las cosas de mejor forma, ya que, aunque esté marcando mi distancia, nuestros padres están casados y, por el bien de ellos, tarde o temprano será inevitable volvernos a encontrar. Ojalá hubiera podido despedirme como es debido, pero no pude soportarlo de momento; a lo mejor, con el paso del tiempo, volverte a ver ya no sea tan difícil. Así que aunque me taches de cobarde, decidí irme en medio de la noche.

Muchas gracias por todo lo que has hecho por mí y me gustaría disculparme profundamente por todo el mal que pude haber causado. He dejado ese hermoso baúl con ropa que me obsequiaste; estoy segura de que puedes volver a venderlo y recuperar de nuevo tus ingresos. El cheque que le obsequiaste a mi bebé nunca lo cobré. Lo rompí esa misma noche.

Regresaré a casa ahora; lo único que te pido es que no me odies demasiado y cuida de mi madre, por favor.

Kanao

Elizabeth se quedó mirando la pantalla, como si dichas letras se burlaran de ella. Se preguntó si Kanao había mandado el mensaje con el propósito de que ella fuera a buscarla y cayera de rodillas, confesándole su amor eterno. ¿Acaso era una estrategia para que se sintiera culpable por algo que no hizo? Irracionalmente, Kanao la acusaba de haber deseado que perdiera a su bebé y la culpaba por ello, aunque fue una cosa de la naturaleza, no de las acciones de Elizabeth. Sin embargo, Elizabeth dejó pasar ese incidente y planeó hablar con ella cuando estuviera más calmada. La comprendía. Estaba sensible y vulnerable. Pero confió en que, con el paso de los días, Kanao reconsiderara su postura y comprendiera que su aborto no fue causado por nadie, salvo por un designio divino.

Elizabeth permaneció en silencio durante mucho tiempo, perdida en sus pensamientos. Finalmente, se levantó y, llena de odio y de coraje, lanzó su laptop al suelo.

—¡Maldita sea!

Furiosa consigo misma y con Kanao. Se dirigió hacia el estante de licores. Si Kanao pensaba que ella iría a buscarla o que le llamaría

para rogarle, estaba muy equivocada. Elizabeth nunca caería en su juego tonto. Se rió a carcajadas mientras se llevaba la botella de coñac a los labios. No había nada más que decir ni qué hacer.

Capítulo 21

Elizabeth estaba plácidamente recostada en la cama; no sabía qué horas eran, pero a pesar de que su teléfono estaba silenciado, en la quietud de la habitación logró distinguir los sonidos de vibración del aparato contra la mesilla de noche. Fuera quien fuese el que estuviera llamando, Elizabeth lo asesinaría más tarde.

Elizabeth había estado de mal humor y se desquitaba con todo el mundo. Su constante irritación parecía empeorar con cada día que pasaba.

Incluso Nicole había sido receptora de su ira. Después de tanta insistencia por parte de Nicole, Elizabeth había aceptado reunirse con ella y fue solamente con el propósito de amenazarla. Si ella no la dejaba tranquila de una buena vez, sería la misma Elizabeth la que se encargaría de pararse frente a un pódium y dar una declaración tajante sobre su infidelidad. El partido, la política y los negocios podrían irse todos a la mierda a consideración de Elizabeth. Ya estaba harta de que todo el mundo intentara manipularla y decidir qué era lo mejor para ella y para todos los que estaban protegiendo sus intereses.

Nicole lloró, suplicó e incluso le declaró de nuevo su amor. Además de habérsele insinuado sensualmente. Tontamente, Nicole había tenido la esperanza de que Elizabeth caería en esa ocasión, ya que había aceptado reunirse con ella en una habitación de hotel; hasta se había vestido para la ocasión. Nada más lejos de la realidad.

Elizabeth la citó ahí, porque era donde se estaba hospedando en los últimos días. Después de la destrucción masiva que hizo en su departamento el día que Kanao se marchó, tuvo que contratar a alguien para la remodelación y, aprovechando, había pedido varios cambios.

Aquel día en que Elizabeth enloqueció y desató su ira contra los muebles, le sirvió para intentar poner todo en perspectiva. Desquitó

toda su ira y su rencor y se recordó a sí misma quién era. No permitiría que los berrinches tontos de una mujer la afectaran. Si Kanao Nash quería volver a su preciosa isla, que lo hiciera. Elizabeth no la necesitaba.

Como tampoco necesitaba todo el drama que Nicole Kidman había desatado a su alrededor. Lo único que deseaba era que la dejaran tranquila de una buena vez.

Esa mañana, aunque llegó tarde a la oficina, <<*de nuevo*>> tuvo una jornada ocupada. Llamadas, reuniones, videoconferencias. Casi ni siquiera tuvo tiempo de pensar y eso le gustaba. Sin darse cuenta de ello, ya estaba atardeciendo.

Elizabeth se levantó, caminó hacia la ventana y miró el cielo enrojecido mientras se ponía el sol. Trabajar, torturar a sus empleados y pelearse con la competencia era un hábito que había desarrollado desde que Kanao se fue.

Se volvió y miró hacia su computadora. Nuevamente estaba mirando la fotografía que su madrastra había enviado a toda la familia. La foto, por supuesto, fue enviada por Anahela para tranquilizarlos. Efectivamente, Kanao había vuelto a Honolulu y esta foto era de Kanao frente al mar mirando al horizonte. Algo demasiado cliché, pero Anahela había tomado la foto para enviarla a su hermana y asegurarle que su hija estaba a salvo y parecía tranquila.

Y efectivamente así parecía. Los reflejos de la luz distorsionaban un poco la imagen, pero se lograba distinguir su perfil derecho. Ella estaba sonriendo y con la cabeza hacia el cielo como intentando absorber en cada poro de su piel la luz del sol y la sal del mar.

Kanao no había hecho ningún esfuerzo por contactar a Elizabeth, ni una sola vez; de hecho, solo hablaba con su madre de vez en cuando. Sabía por Eliot y Luisa que ellos intentaron llamarla, pero ella jamás contestó.

—Niña tonta.

Fuera cual fuese su juego, estaba funcionando; tenía a todos preocupados por ella y hasta sintiéndose un poco culpables. Después de todo, cuando ella llegó por primera vez a Nashville, hubo quienes no la trataron bien en un principio. Y ahora ella había

decidido volver a su hogar, lo que le hacía preguntarse a muchos miembros de la familia: ¿Los Macmillan eran monstruos? Muchos hasta temían asustar a Luane y que esta terminará divorciándose de Keith y entonces sí. Su padre era capaz de divorciarse de la familia.

—Elizabeth, ¿estás ocupada?

Escuchó la voz de su hermano.

—Adelante.

Elizabeth se volvió y caminó hacia su escritorio. Su hermano, galante y apuesto, entró en su oficina.

—Tengo noticias sobre el proyecto de aduanas.

Dijo su hermano, enzarzándose en un discurso legal sobre temas de importación. Estaban a punto de iniciar un proyecto de inversión sobre productos importados de piezas mecánicas desde la India. No le tenía mucha fe a ese negocio, ya que era bastante conocido que la mano de obra china era más barata. Pero estaban estudiando las posibilidades. Su hermano estaba convencido de que era un buen mercado para explorar.

—Envíame la información por correo y la estudiaré más tarde.

Dijo Elizabeth acercándose a su silla. La verdad, había dejado de escuchar a la mitad del discurso de su hermano. Eliot, siendo tan astuto como era, se acercó al escritorio.

—Durante la cena de anoche, Luane nos contó que Kanao está muy recuperada; al parecer, el océano le sienta bastante bien a su salud.

Eliot era muy consciente de la disminución de la paciencia de su hermana últimamente, así que hizo todo lo posible para transmitir su mensaje con tacto. Elizabeth arqueó una ceja ante la declaración, una clara señal de que no le agradaba el cambio de tema.

—Es lógico.

Comentó Elizabeth ocultando la imagen de su pantalla; se había olvidado de que estaba ahí. Lo bueno era que su hermano no la había visto.

>>—Si sacas un pez del agua morirá. Si lo pensamos fríamente, Kanao nunca debió venir a Nashville.

Dijo Elizabeth asintiendo, como si no fuera gran cosa. Su hermano la observó con suspicacia.

—Si no te conociera, pensaría que de verdad ya no te importa Kanao.

Elizabeth dejó lo que estaba haciendo y miró fijamente a su hermano.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué no estoy deshecha por su partida? ¿Qué tan patética crees que soy?

Dijo Elizabeth.

—Hermana…

—Ella volverá, está muy unida a Luane. No creo que de buenas a primeras se olvide de su madre. Así que no hay necesidad de actuar de esa manera.

Elizabeth le dedicó a su hermano una de sus sonrisas características. Eliot comprendió que era mejor abandonar el tema. Su hermana era terca, obstinada y orgullosa. Y ni aunque la torturara con el peor de los castigos, admitiría que estaba sufriendo por la partida de Kanao. Así que solamente tenían que dar tiempo al tiempo para que alguna de las dos recapacitara antes de que fuera demasiado tarde.

❀

A pesar de que se había negado a la invitación de Eliot de acudir a la noche de juego de cartas con los primos. Elizabeth decidió acudir al final. Quitarles su dinero a estos tontos siempre le resultó una actividad complaciente y lo que más deseaba Elizabeth en esos momentos era ocupar su mente en algo.

La reunión en esa ocasión fue en el departamento de Eliot. En la cual estaban ellos dos, más cuatro de sus primos. Sus fríos ojos azules recorrieron la mesa y se fijaron en Isaac, quien frunció el ceño mientras miraba fijamente su mano. En lugar de pronunciar ninguna palabra, Isaac simplemente asintió y tosió. El largo juego estaba llegando a su fin y, como siempre, Elizabeth había ganado.

En otras circunstancias, conseguir dinero fácil siempre fue satisfactorio, pero en esta ocasión, le dio exactamente igual. Al contrario. Está menos tranquila, ya que su primo Jeremiah estuvo sentado frente a ella casi toda la noche. Tener a quién enfocar su ira le dio una motivación para ganar. Su primo tuvo la decencia de

mostrarse nervioso la mayor parte del tiempo y humillarlo fue una satisfacción muy placentera.

Contra ese idiota no tuvo remordimiento en mostrar toda su crueldad. Qué bien merecido se lo tenía. Por más tiempo que pasará, Elizabeth jamás le perdonaría la fechoría cometida contra Kanao. Ni siquiera en la siguiente vida.

La atmósfera era tensa y todos estaban siendo especialmente cautelosos ante las afiladas miradas de ira de Elizabeth. Su hermano, como siempre, intentó armonizar la situación, pero fue imposible. Él tenía la culpa por invitar a ese indeseado a sus eventos. Asqueada de tener que mirarlo, Elizabeth se puso de pie.

—Oh, ¿ya te vas?

Preguntó uno de sus primos. Elizabeth ignoró las miradas de alivio de todos los presentes y comenzó a recoger sus ganancias.

—Ya no tienen nada que les pueda quitar. Así que iré a derrochar mis ganancias por ahí.

Sus primos y hermano, en lugar de sentirse abatidos, casi hasta pareció que estaban deteniéndose de gritar de alegría. Elizabeth estaba segura de que cuando su hermano cerró la puerta tras de ella, absolutamente todos vitorearon su partida.

Las calles de Nashville a las tres de la madrugada estaban desiertas y frías. Elizabeth, aunque ebria, aún estaba lo suficientemente consciente para conducir. Era una imprudencia de su parte, pero intentó manejar con precaución.

Al detenerse en un semáforo, bajó el cristal de su lado. Deseaba que el aire fresco despejara su mente. Inconscientemente, miró hacia el cielo. Un cielo gris y sin estrellas. Al menos en esa parte de la ciudad, a causa de tanto edificio y contaminación, no se podría apreciar el cielo. Estrellas.

—Kanao…

El nombre escapó de sus labios como una nube de niebla helada y flotó hacia el cielo nocturno. Elizabeth encendió un cigarro. Un hábito que recuperó ahora que ella se había ido y no tenía que andar venerando una promesa rota.

A través del humo espeso y oscuro, podía ver recuerdos de Kanao, sobre todo en ese viaje que realizaron. Donde ella se mostró

contenta y relajada.

Recordó el momento en que la hermosa joven con ojos de ciervo asustado le llamó la atención por primera vez. Elizabeth ahora admitía que había quedado cautivada desde el primer segundo como todos los demás. Y que no fue solo por ganarle la partida a su hermano que la persiguió.

Ese momento fue el inicio de todo. Podría haberlo evitado y disfrutar de su soledad, pero en lugar de eso se lanzó a ganar. Y una vez que Kanao estuvo en sus brazos, su mundo tembló. La invadió una sensación insoportable de ansiedad. Y aunque desde entonces hasta el día del aborto estuvo renuente a ver la verdad. Ese fatídico día precisamente había llegado a la conclusión de estar dispuesta a ser lo que Kanao necesitara. Tarde comprendió que todo el tiempo Kanao se entregó irremediablemente a ella, pero en cambio Elizabeth siempre estuvo preparada para alejarse y no involucrarse demasiado. El sonido del claxon la hizo regresar a la realidad y se apresuró a pisar el acelerador.

Cuando llegó a su departamento, ya estaba lo suficientemente lúcida y odiaba eso. Deseó estar lo suficientemente borracha para caer en la cama inconsciente.

Recostándose en la cama, Elizabeth volvió a pensar en sus circunstancias. La situación se había salido de control por confiarse y pensar que tenía todo controlado.

Elizabeth miró hacia el techo y exhaló un enorme suspiro, haciendo todo lo posible para eliminar la sensación persistente de desesperación y fracaso. Había estado experimentando estos sentimientos mucho últimamente y le resultaba más difícil controlar sus malos hábitos.

>>—¿En verdad este es el final?

Mientras Elizabeth consideraba su pregunta, cerró los ojos. Pronto se quedó dormida, pero no fue un sueño tranquilo, fueron pesadillas donde, por más que lo intentó, nunca pudo alcanzar a Kanao de nuevo.

Capítulo 22

Para el fin de semana su tía Olga y su padre no le dieron alternativa. Tuvo que asistir a esa reunión familiar sin pretextos. Era el aniversario de bodas de sus abuelos y aunque ellos ya tenían años fallecidos, sus hijos siempre realizaban una reunión para honrarlos de forma alegre y no en cada aniversario de sus muertes.

No era una fiesta, ni un baile, pero sí un motivo para reunir a la familia para convivir y comer.

Mientras miraba los rostros de sus familiares intentó mostrarse lo más cauta posible. Gracias a Dios no muchos insistieron con el tema de Nicole Kidman y quienes intentaron preguntar, rápidamente cambiaron de idea al verse contemplados por la mirada dura de Elizabeth.

Caminando lentamente entre la multitud, Elizabeth recibió numerosas sonrisas y preguntas sobre el paradero de Kanao. Siendo la hermanastra y tan unida a Kanao como muchos pensaban que lo era, pues resultaba lógico que le preguntaran por ella. Elizabeth las respondió hábilmente, repitiéndose una y otra vez, que ella estaba bien y pronto volvería. Estaba profundamente agradecida de tener la habilidad de mantener la calma en medio de situaciones terribles.

Le picaba el corazón al pensar en Kanao y que cada rato estuvieran cuestionándola sobre ella y lamentaran tanto la pérdida del bebé la molestaba.

—Elizabeth, ¿estás bien?

Preguntó Eliot en voz baja. Ni siquiera la vio acercarse a ella. Elizabeth sostuvo su vaso sin apretar.

—Por supuesto. ¿Por qué no lo estaría?

Se volvió para mirar a Eliot con una enorme sonrisa falsa; su hermano, a su vez, se limitaba a observar a Elizabeth.

—Honestamente, solamente pregunte por cortesía. Después de todo, a ti no te afecta nada. ¿Cierto?

—Bueno, gracias por tu preocupación, pero estoy bien.

—Elizabeth.

—Deja de hacer un drama, Eliot. Las relaciones fallidas nunca han matado a nadie.

Elizabeth sabía que estaba diciendo tonterías, pero no pudo evitarlo. La constante mención de Kanao la estaba abrumado. Al pasar junto a Eliot, que todavía tenía mucho más que decir, Elizabeth fue a unirse a un grupo de mujeres de su familia que por lo general sus conversaciones giraban en contar los chismes de la alta sociedad. Ella no soportaba mucho tiempo tanto chisme, pero por el momento era el mejor curso de acción para evitar a todo aquel que solamente querían cuestionarla de su vida.

Para Elizabeth toda la fiesta estaba resultando aburrida. En medio de una mezcla de bebida y charla desenfrenada, Elizabeth bebió mucho más de lo que normalmente debería. Cuando sintió que perdía el control, su paciencia comenzó a agotarse.

Dando las excusas adecuadas, Elizabeth abandonó el salón y se dispuso a marcharse; buscaría que el chofer de su padre la llevara a su departamento y dejaría su coche ahí esa noche.

Mientras salía al jardín delantero, unas voces masculinas llamaron su atención. Elizabeth consideró que seguramente meseros o los mismos choferes estuvieran reunidos y cotilleando entre ellos. Sin embargo, al acercarse más a la zona del jardín, pudo distinguir las voces. Eran varios de sus primos. Negando con la cabeza, Elizabeth estaba a punto de regresar cuando la voz de Jeremiah llamó su atención. Y no fue su voz, sino lo que dijo.

—Yo sabía que la hijastra del tío Keith era una zorra de primera.

Comentó el idiota con aires de grandeza.

>>—La verdad, la muy puta intentó seducirme primero, pero como nos descubrieron decidió hacerse la víctima. Menos mal que toda la verdad salió a la luz.

Se rió. La ira brotó a raudales en las venas de Elizabeth. Apretó los puños. Lentamente se dio la vuelta y se acercó al grupo de tontos que reían sin parar.

>>—Dudo mucho que ella supiera quien era el padre de su bastardo.

—¿En serio?

Elizabeth preguntó con calma. Ella soportaba tantas cosas, pero la estupidez masculina no estaba en la lista.

>>—Siempre supe que eras un estúpido Jeremiah, pero tan estúpido.

Avanzó peligrosamente hacia su enemigo. Como era de esperar sus compinches, se abrieron como si fueran una ola retrocediendo. Dejando solo a su compañero para que se enfrentará a la ira de la bruja de la familia Macmillan. No por nada Elizabeth tenía una reputación de malvada y desalmada.

>>—Pensé que te lo había dejado claro el otro día. No te iba a dejar pasar por alto cualquier transgresión hacia Kanao.

Elizabeth dijo con calma mientras Jeremiah intentaba escabullirse a su alrededor. Robin no dudó e intentó a huir, la ventaja fue que el lugar donde estaba era estrecho a causa de las columnas de la terraza y los rosales, además él estaba mucho más borracho que Elizabeth, así que en un ágil movimiento, Elizabeth alcanzó a meterle el pie, lo cual causo que Jeremiah rodará en el pasillo y se estrellará contra los arbustos.

Elizabeth lo persiguió y Jeremiah intentó huir de nuevo. Cuando Elizabeth lo alcanzó, lo pateó en el trasero, causando que cayera al suelo con un chillido repugnante.

—¿Qué diablos te pasa, loca?

Bramó Jeremiah.

>>—Esta vez sí te voy a denunciar por asalto.

—¿Acaso crees que eso me preocupa?

Elizabeth se rió y le clavó el tacón en medio de la espalda.

>>—Eres libre de hacer lo que quieras. Pero me temo que la policía tendrá que ir a tomarte la declaración al hospital porque es ahí donde vas a terminar cuando termine contigo.

Jeremiah empujó su pie bruscamente para intentar salir de debajo de su agarre, eso la hizo desestabilizarse, pero no se rendiría tan fácil. Ya que lo único en lo que podía pensar era en golpear a este hombre repugnante cara.

Robin gritó cuando la punta del zapato de Elizabeth golpeó peligrosamente su costilla derecha expuesta. No obstante,

rápidamente unos fuertes brazos la sujetaron de la cintura y la levantaron como si no pesara nada.

—¡Cálmate Elizabeth!

Gritó su hermano intentando contenerla. Sumado a eso, Luisa también se colocó enfrente de ella intentando calmarla.

—¡Suéltame, Eliot! ¡Voy a darle una lección de modales a este imbécil!

Gritó embravecida, hasta intentó patear a su hermano. El caos se desató, entre gritos, peleas y disgustos. Ofendido, Jeremiah gritaba que Elizabeth estaba loca, por su parte, de la boca de Elizabeth solamente salían amenazas contra su primo. Entre la alegata, entonces alguien les contó a Eliot y a Luisa porque Elizabeth estaba tan furiosa contra Jeremiah y lo que sucedió después, fue que Eliot entonces intentaba luchar entre sujetar a Elizabeth y a Luisa. Su prima, al enterarse de las palabras explícitas y vulgares de Jeremiah, no perdió tiempo y ella misma terminó por darle un puñetazo en la nariz a Jeremiah con el puño cerrado.

El implacable asalto de Luisa dejó a Jeremiah sin tiempo para recuperar el aliento y aprovechando la sorpresa de su hermano, Elizabeth aprovechó para darle una gloriosa patada en la entrepierna.

>>—No he terminado contigo idiota. Esta vez nadie lograra defenderte.

Le gritó Elizabeth, intentando traspasar a su hermano, que estaba intentando hacer de barrera para contener a las dos mujeres embravecidas.

—Te voy a enseñar a respetar a las mujeres, cabrón.

Escupió Luisa. Jeremiah no dejaba de lamentarse con el rostro destrozado y con sangre y saliva manchando en su mejilla y barbilla.

El incidente fue tan escandaloso que toda la familia terminó enterándose. Algunos se indignaron al ver a Jeremiah en ese estado, pero al enterarse del motivo por el cual quedó así, opinaron que permitieran que Luisa y ella terminaran el trabajo.

Su padre, siendo el pacifista de la familia, exhortó al orden. Estaba furioso contra Jeremiah, pero él jamás estaría de acuerdo

con semejantes actos de violencia. Le ordenó a Eliot llevarse a Luisa y Elizabeth del lugar.

A Elizabeth no le quedó más remedio que obedecer. Era una lástima que no pudiera golpear a ese imbécil remedo de hombre hasta cansarse.

Poco más tarde, estaban llegando a casa de su padre, a pesar de que Elizabeth le gritó más de una vez a Eliot que la llevara a su departamento.

—Es orden de nuestro padre, hoy te quedas aquí.

—No necesito estar en custodia.

Gritó a su hermano, mientras pisaba fuertemente, cruzando la entrada de la sala.

—¡Comprendo tu furia, Elizabeth! Pero debes controlarte. ¿Acaso enloqueciste?

No había otras palabras para describir a Elizabeth. Sí, estaba loca. Demente.

—Ese imbécil merecía un castigo.

—No puedes seguir así, Elizabeth. Estás fuera de control.

Comentó su hermano intentando alcanzarla mientras subía las escaleras.

>>—Ve a Hawái y recupera a Kanao, cueste lo que cueste, suplica de rodillas si es necesario. Pero arregla tu jodida vida antes de que te metas en más problemas.

Eliot ya no pudo contener su ira y todas sus frustraciones salieron a la luz mientras le gritaba a Elizabeth. Era cierto que Jeremiah se pasó con sus comentarios y ya ajustaría cuentas con su primo, pero no era solo este incidente. Era todo lo sucedido en los últimos días, Elizabeth estaba en el borde y lo que Jeremiah hizo, fue la gota que derramó el vaso. Eliot había pensado que Elizabeth estaba manejando bien las cosas.

—¿Ir a buscarla?

Elizabeth suspiró mientras intentaba sostenerse del barandal de la escalera. Su cabeza cayó hacia un lado y simplemente miró a su hermano como si estuviera loco.

>>—¿Por qué tengo que buscarla yo? Ella es la que debe darse cuenta de que lo que hizo es una niñería. No puede seguir

escapando las cosas.

—Ella está dolida y tú debes disculparte.

—¿Por qué? Yo no la hice abortar. Me culpa por lo sucedido, pero yo jamás le habría causado daño deliberadamente.

Apretó los dientes.

>>—Pronto recapacitará y se dará cuenta de su error. Volverá.

Murmuró Elizabeth aturdida.

—¿Y si no lo hace?

Comentó Eliot.

>>—¿Qué tal si decide regresar con su ex?

Elizabeth apretó la mano en el barandal.

—Cállate, Eliot. Deja de decir tonterías o terminare golpeándote igual que a Jeremiah.

Elizabeth se apartó del barandal y se giró para seguir caminando escaleras arriba.

>>—Kanao me ama.

Murmuró poco convencida.

>>—Ella volverá.

—Elizabeth….

—¡Volverá!

Elizabeth continuó murmurando para sí misma mientras se dirigía al segundo piso. Fue directamente a la habitación de Kanao, al menos la que habitó más tiempo en esa casa. Incluso el edredón llamativo que Kanao había casi siempre utilizado, seguía ahí. Luane dijo que Kanao nunca le había pedido enviarle el resto de sus pertenencias, así que la habitación permanecía tal cual la había dejado. Con un movimiento poco elegante se tumbó en la cama.

Capítulo 23

Elizabeth despertó a causa de los sonidos de la podadora en el jardín.

—Maldita sea.

Murmuró molesta. Siempre era lo mismo. En la casa de su padre, nadie podría dormir hasta una hora decente. Elizabeth giró de costado con un ligero dolor de cabeza palpitante. Todos los recuerdos de su triste realidad la golpearon. Se miró a sí misma y se dio cuenta que aún estaba vestida con su ropa del día anterior, excepto por los zapatos y también había una manta enredada entre sus piernas. alguien había tenido la consideración de evitar que se resfriara.

Lentamente se incorporó y el repentino mareo la hizo estremecerse.

Con una mezcla de alivio y frustración, Elizabeth se levantó de la cama y dejó escapar un suspiro. Fue y abrió las cortinas opacas. El sol de la mañana la cegó y entrecerró los ojos por la ventana. La brisa fresca era reconfortante e inconscientemente llevó su mano hacia sus bolsillos en busca de su cigarrera.

De repente la puerta se abrió sin aviso y de la nada apareció su hermano, vestido con ropa de deporte, una bandeja de desayuno en la mano y una mirada severa y seria.

—Finalmente despertaste, hermanita. Estabas viviendo el sueño de los muertos.

Dijo su hermano dirigiéndose hacia la mesilla de la esquina.

>>—Como buen hermano, tuve la consideración de traerte el desayuno para que tomes fuerzas antes del buen sermón que te espera a la hora del almuerzo. Padre está furioso.

—¿Es eso así?

Elizabeth intentó reír y se acercó en busca de esa taza de café tan necesaria.

—Sí, de hecho, hasta la tía Olga está haciendo fila para reprenderte. Pobre Luisa, ya me imaginó cómo le fue.

Su hermano la miró de forma divertida. Elizabeth dejó escapar un suspiro y tomó asiento frente a la mesa, donde estaba su desayuno, a pesar de lo mal que se sentía. Tenía hambre.

—En lugar de un sermón, deberían tratarnos como heroínas. Estábamos intentando borrar de este planeta a un patán.

—En eso estoy de acuerdo.

Eliot se sentó frente a ella.

>>—Pero te arriesgaste demasiado. En ocasiones te olvidas que eres una dama, Elizabeth. Jeremiah pudo hacerte daño. Un hombre tiene más fuerza que una mujer.

—Recuerda que tome clases de defensa personal, Eliot.

Elizabeth se llevó un trozo de piña a la boca.

>>—No me subestimes.

Eliot rodó los ojos.

—Aun así. Ese tonto pudo acerté daño.

—Mejor adviértele al imbécil que no se cruce en mi camino o terminaré lo que empecé a noche.

—No te preocupes. Los mayores se están encargando de eso.

Eliot colocó las manos sobre la mesa.

>>—Esta vez no lo dejarán pasar. Tuvo suerte una vez, pero esta ocasión será enviado a Nueva York por su padre. No quiere tener problemas con sus hermanos y su hijo idiota puede poner en peligro su posición en la familia.

—Jeremiah debió ser denunciado por asalto desde la primera ocasión, pero su padre no hace más que protegerlo.

—Estoy de acuerdo contigo, pero créeme, el exilio será un peor castigo.

—No estoy de acuerdo.

No queriendo entrar en un debate de lo que era correcto y lo que no, Eliot decidió cambiar el tema.

—Nuestro padre pretende llevar a Luane de vacaciones la siguiente semana.

Elizabeth enarcó una ceja.

—¿Vacaciones?

—Si. Quiere llevarla a Honolulu a visitar a su hija. Luane ha estado muy triste desde su partida y quiere animarla un poco.

Elizabeth frunció el ceño con arrugas más profundas.

—Si Luane le pide a nuestro padre quedarse a vivir en esa isla a cambio de no divorciarse. Nuestro padre sin duda cambiará de residencia.

Keith Macmillan estaba tan enamorado de su esposa que irremediablemente le daría todo lo que ella pidiera. Todos en la familia ya habían aceptado esa verdad y aceptado que Luane era una espléndida mujer, digna esposa de su padre. En opinión de muchos y en especial de Elizabeth, su padre no pudo conocer esposa mejor.

Elizabeth tomó un sorbo de su café, reflexionando sobre la noticia. Aunque eran "Vacaciones" bien podrían ser meses los que su padre y su esposa pasarían en Honolulu, después de todo hasta una casa tenía ahí. La pequeña llama de esperanza de que Kanao regresará pronto estaba comenzando a flaquear. Elizabeth luchó por contener las náuseas de estar borracha.

—Estoy planeando unirme a su viaje aunque sea unos días. Estoy seguro que Luisa también estaría encantada de conocer ese paraíso tropical…

—¿Tu y Luisa irán? ¿Con qué propósito?

Preguntó Elizabeth, dejando la taza de café.

—¿Cuál va a ser?

Su hermano la miró severamente.

>>—Intentar hacerla recapacitar y que vuelva a casa, con nosotros su familia.

—Para ella su hogar es esa isla y su única familia son Luane y Anahela. Y si la ponen a escoger, apuesto a que escogería a su tía.

Su hermano iba a protestar. Pero Elizabeth alzó la mano para callarlo.

>>—Ama a su madre, lo se. Pero sus lazos de unión y camaradería están más inclinados hacia Anahela. Por algo tuvo que venir su tía a levantarla de la cama. Cosa que no logramos nadie de nosotros.

—Ven con nosotros, Elizabeth. Juntos podemos convencerla.

—No creo que sea posible.

—Tienes que hablar con ella.

Recalcó su hermano.

—Mírate en el espejo y te estás autodestruyendo. Necesitas ir ahí y rogarle que te perdone. Se sincera y acepta tus sentimientos de una buena vez.

—Ella necesita tiempo para reflexionar y sanar.

Dijo Elizabeth con mal humor levantándose de la mesa.

—Elizabeth…

—Ella volverá.

Declaró mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la puerta. No quería seguir escuchando tonterías.

❀

Los días pasaron y Elizabeth intentó continuar su vida como siempre. Un tarde, tuvo una discusión con Luisa cuando ella se presentó a su despacho e intentó convencerla de que fuera con ellos a Honolulu. Cosa a lo cual Elizabeth se negó.

Y eso desencadenó que Luisa la enfrentará de una vez por todas y le contará sobre sus sospechas sobre su verdadera relación entre ella y Kanao. Si. Luisa era todo, menos tonta. Inmediatamente había notado el interés de Elizabeth por Kanao y no fue difícil adivinar lo que en verdad estaba sucediendo con ellas.

Elizabeth no lo negó, pero tampoco le permitió que se entrometiera en algo que no debería de ser de su interés. Desde ese día, ellas no conversaban en absoluto.

Como bien le había informado su hermano, su padre y Luane se fueron a Hawái. Durante tres días esperó noticias ansiosamente, aunque ante los demás fingía que no le interesaba en absoluto.

Pero al final la única noticia que tuvo por parte de su padre fue que Kanao estaba bien y había recuperado su fortaleza.

Como estaba previsto, su hermano y Luisa también viajaron a Hawái; y por comentarios de sus otras primas, Luisa había regresado con un bronceado espectacular. Su hermano en cambio, fue el único que acudió a su despacho y con una sonrisa complaciente le informó que Kanao había recobrado su salud. Y eso fue todo, antes de que la conversación con su hermano girará en torno a cosas laborales.

Durante varias horas su hermano nunca le mencionó nada más sobre Kanao Nash. Inmediatamente Elizabeth descubrió que era estrategia de su hermano para que Elizabeth le exigiera noticias sobre Kanao. Y Elizabeth, soportó tanto como pudo. Hasta que el tonto de su hermano le insinuó que podía presentarle a un par de amigas que seguramente le gustarían y de esa forma volvería al juego de la conquista.

—¿Acaso eres idiota?

—Según tus criterios, siempre lo he sido.

Se burló su hermano mientras guardaba todas las carpetas en su escritorio.

—Pensé que Luisa y tú, estaban dispuestos a traer a Kanao de regreso a Nashville.

Su hermano detuvo su labor de guardar las carpetas en su portafolio.

—¿Por fin dejaras de ser idiota y me vas preguntar?

—Eliot…

Elizabeth habló peligrosamente.

>>—No juegues conmigo.

—¿Y tú si puedes jugar con los demás?

Cuestiono su hermano lleno de fastidió.

>>—Olvida ya tus juegos, Elizabeth.

Suspiró.

>>—Además no tengo mucho que informar. Tenías razón. Hawái le sienta bien a Kanao. Es mejor dejarla donde está.

Elizabeth lo observó con suspicacia.

—¿Qué sucedió allá? ¿Ella te dijo algo?

—¿Decirme que?

Su hermano se ajustó la corbata.

>>—¿Cosas sobre ustedes?

Negó con la cabeza.

>>—La verdad es que no. Ni siquiera hablamos de ti.

Apartó el maletín y se sentó frente a Elizabeth.

>>—Verla de nuevo me hizo encontrar una diferencia entre la chica extraña y extravagante que llegó a nuestra casa la primera vez y la chica rota y destruida que se fue.

Hizo una pausa y esa mirada tan seria causó que Elizabeth se preocupara.

>>—Siendo francos, creo que ella no pertenece a esta ciudad.

Sonrió pensativo.

>>—Ella está mejor en Honolulu.

Dijo con contundencia. Y aunque su hermano no entró en detalles. Elizabeth sintió esa verdad como si hubiera sido un espadazo directo al corazón. Todo lo que Elizabeth había estado considerando hasta ahora se derrumbó. Esa tonta certeza de que algún día Kanao regresaría se hizo añicos delante de sus ojos y aunque el orgullo de Elizabeth se opusiera, sintió un gran dolor en el corazón.

Elizabeth quedó tan afectada y sumida en sus pensamientos que no fue consciente en el momento que su hermano se marchó dejándola sola. Además de que le dio la orden a su secretaria que cancelara todos sus pendientes por el resto del día y que no deseaba que nadie la molestara.

Fue muy noche cuando al fin salió de la oficina y ni siquiera había logrado aclarar todas sus ideas, a pesar de que se terminó casi una botella de tequila ella sola.

En esas condiciones obviamente ella no podía manejar, así que había pedido un vehículo por aplicación. Mientras el auto se deslizaba por la ciudad, se quedó quieta, mirando al cielo oscuro a través de la ventana, sintiéndose como si estuviera en un abismo oscuro y silencioso. Murmuró maldiciones y se rió para sí misma.

<<*Ella no volverá*>> por fin dijo las palabras que tanto le había costado negar hasta ahora. Esa certeza agobiaba a Elizabeth. ¿Eso era todo? ¿Un adiós en un mensaje sin siquiera haberle dado la oportunidad de decir nada? ¿Ella merecía ese trato? ¿Tan cruel la había tratado para que Kanao la desechará como si nada?

Recordó los momentos tiernos y fríos que habían compartido juntas. Esos recuerdos se instalaron en su corazón y se convirtieron en una constante en su mente. ¿Elizabeth solamente estaba jugando? Tal vez al inicio ¿Pero después? ¿Qué cambió? ¿Por qué le obsesionaba tanto Kanao? ¿Por qué le dolía su abandono?

Sabía que cada momento que había pasado con ella no había sido vacío o solamente por sexo. Elizabeth aceptó que siempre supo que Kanao si desarrolló sentimientos por ella. Fue bastante obvio. Pudo verlo en sus ojos, en su sonrisa y en el más mínimo gesto. Y aun así Elizabeth no se alejó, porque le gustaba ser receptora de todo ese cariño. Así que de buenas a primeras, no podía creer que su amor por Elizabeth hubiera llegado a su fin de esta manera. Incluso si fuera culpa suya, ¿cómo podría ella abandonarlo así?

Ella la había culpado por todo, sin siquiera una palabra ni la oportunidad de reconciliarse. La dulce y tierna Kanao también podía ser cruel. Elizabeth se giró hacia el conductor.

—Cambiare la ruta. Lléveme al aeropuerto.

Ordenó Elizabeth. Sus ojos finalmente recuperaron lucidez.

—¿El aeropuerto?

El hombre la miró por el retrovisor.

—Si. Le pagaré lo que me pida. Pero lléveme al aeropuerto.

Elizabeth decidida, sacó su móvil y ella misma cambió la ruta desde la aplicación. Y después entró a navegar en línea para buscar un vuelo disponible. Estaba de suerte, logró reservar un vuelo que haría tres escalas, pero eso no le molestó. Contra viento y marea, Elizabeth iría a buscar las respuestas que necesitaba.

Capítulo 24

Kanao se despertó sobresaltada después de haber tenido una pesadilla. En ella volvió a revivir el dolor que sintió cuando perdió su bebé. Su terapeuta le dijo que era normal. Al llegar a Honolulu, lo primero que hizo su tía fue llevarla a terapia, y pronto fue diagnosticada con depresión postaborto. La especialista le explicó que, aunque no es un diagnóstico formal, era bastante común que las mujeres que pasaban por este trauma manifestaran síntomas como falta de motivación, problemas para dormir o comer, sentimientos de tristeza, desapego y recuerdos recurrentes del aborto.

Kanao poco a poco estaba mejorando, pero no con la velocidad o los resultados que ella esperaba. Miró hacia el techo, escuchando la calma en la isla antes de darse la vuelta y encender la lámpara. Sabía que intentar volver a dormir ahora sólo llevaría a su mente a pensar en tonterías, así que se levantó y apartó el mosquitero de la cama. Fue una noche calurosa, así que había optado por dejar las ventanas abiertas. Así que utilizar mosquiteros en las camas en esta zona de la isla no era una opción. Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas.

Más allá de la ventana no había nada más que oscuridad total; Kanao ni siquiera podía distinguir nada a causa de la hilera de árboles y palmeras. El océano estaba lejos de la casa de su tía. Tendría que caminar un par de kilómetros para llegar a una de las playas.

Estas visitas le recordaban mucho a su tiempo de calma en la reserva nacional en Nashville. Aunque no le gustaba recordarlo, admitía que esos días fueron la gloria para ella.

Ahora que había alcanzado un punto de calma entre su mente y su corazón, y gracias a sus terapias, le era posible pensar un poco más con claridad y objetivo. Primero que nada. Era consciente de que su aborto fue una cosa de la naturaleza y no era ni siquiera médicamente explicable.

El médico le había explicado que, en su caso, la mayoría de las veces, la causa del aborto es desconocida, pero puede deberse a problemas con el desarrollo del bebé, como anomalías cromosómicas y muchas variantes. Si bien es una experiencia común, no es algo que la persona embarazada haya causado.

Kanao había sido demasiado cruel en culpar a Elizabeth. Pero en su mente, ella quiso culpar a alguien y Elizabeth fue la única que desde el principio planteó la opción del aborto voluntario. Por lo tanto, en la mente de Kanao fue el chivo expiatorio perfecto. En su mensaje antes de partir, se había disculpado, aunque sabía que no era suficiente. Esperaba que con el tiempo adquiriera el valor para poder mirarla a los ojos y poder disculparse apropiadamente. De momento, no deseaba verla.

Y la razón por la que no quería verla era ni más ni menos que por sus sentimientos. Irremediablemente, Kanao aceptaba que se había enamorado de ella. La amaba con tanta intensidad que se despreciaba a sí misma por sentirse así. Ella no quería amarla, pero el amor era tan profundo que dejó una marca honda en su mente, como una cicatriz que nunca sanará por completo. ¿Por qué amar a una persona que no le interesaba el amor o las relaciones para el caso? Era solamente una pérdida de tiempo.

El día que finalmente reconoció sus sentimientos, sintió como si hubiera despertado de un largo sueño y se estrelló contra una triste verdad. Elizabeth nunca le devolvería esos sentimientos, ni podría brindarle los sueños que Kanao aún albergaba en su corazón, como el de casarse o formar una familia.

Pensativa, Kanao cerró las cortinas y empezó a limpiar el desorden del día anterior, trozos de tela y utensilios de costura que habían quedado sobre el escritorio. Quería dejar todo listo antes de ir a trabajar.

Parte de su recuperación era intentar encarrilar su vida; aunque su madre se ofreció a ayudarla financieramente, Kanao quería hacerlo por su cuenta. Así que había conseguido un trabajo de afanadora en un hotel, y por las tardes trabajaba en una librería del centro.

En realidad, no era necesario tener dos empleos, pero Kanao agradecía mantener su tiempo ocupado y su cuerpo cansado; así, de esa forma, por las noches terminaba tan agotada que podría dormir profundamente.

En ocasiones conseguía ese objetivo y en otras le costaba conciliar el sueño a pesar de que tenía todo el cuerpo adolorido. Más ahora que su madre estaba de visita. Y no solamente vino su esposo y ella, sino que Eliot y Luisa también estuvieron aquí unos días. Fue bueno verlos. Aunque Kanao no deseaba volver no quería decir que dejaría de tener contacto con los Macmillan. Después de todo, ahora su madre era uno de ellos.

<<Elizabeth jamás vendrá>>. Intentó no sentir desilusión ante eso. De hecho, era un alivio que ella no viniera; sin embargo, no dejaba de ser desilusionante que para Elizabeth importara tan poco que ni siquiera un mensaje ni una llamada había recibido por parte de ella.

Se sentó en la cama y miró alrededor de su habitación. Dondequiera que mirara, los recuerdos la abrumaban. Había escapado de Nashville para evitar los recuerdos dolorosos, pero incluso aquí, con sus cosas, en su ambiente, no podía dejar de pensar en Elizabeth.

Los recuerdos de Elizabeth la perseguían constantemente. El recuerdo más potente fue el de ellas durmiendo juntas en una cama tan estrecha como en la que estaba ahora. Vagamente admitió que amaba dormir en una cama tan pequeña si Elizabeth estaba ahí. Amo esos días en los que estuvieron tan unidas.

Recordaba vívidamente la forma en la que Elizabeth la abrazaba con fuerza, la forma en la que sus dedos acariciaban su espalda. En cómo encontraba consuelo en sus brazos. Era una sensación tan extraña para ella tener a alguien en quien apoyarse y confiar. Fue un sentimiento extraño, pero dulce hasta la médula.

Kanao trató de contener las lágrimas mientras el recuerdo se desarrollaba en su mente. Todos los sentimientos que sentía por Elizabeth la invadieron. El calor de sus lágrimas se podía sentir en sus mejillas. Respiró hondo y contó hasta diez.

El recuerdo se desvaneció y su mente se enfrió. Kanao agarró con fuerza una almohada y hundió su rostro en el suave algodón relleno. En cuestión de segundos, la tela quedó empapada por sus lágrimas. ¿Por qué mierda se había enamorado? Parecía que lo único que Kanao sabía hacer era tomar malas decisiones.

Todos los hombres en su vida fueron idiotas. Uno de esos idiotas la embarazó y después fue a involucrarse con una mujer cuando ni siquiera le gustaban las mujeres. Y no estaba enloqueciendo por ello. En sus días en Honolulu, fue a la playa por las tardes antes de su turno en la cafetería y se encontró observando a muchas mujeres bellas en traje de baño.

Algunas realmente espectaculares; sin embargo, Kanao no logró excitarse por ello. No descartaba la posibilidad de que, si en un futuro estuviera dispuesta a enamorarse de nuevo, lo hiciera de una mujer o un hombre. El género de verdad no era relevante. Era cuestión de la persona. Ojalá esa persona no fuera la equivocada de nuevo.

El dolor y la desolación se apoderaron de mí mientras admitía nuevamente la verdad. Estaba profundamente enamorada de una mujer que no sabía cómo corresponderle o simplemente decidió no hacerlo. Esto último fue lo que más la molestó.

Si tan solo estos sentimientos dejaran de atormentarla e impedirle seguir adelante. Cuando sus lágrimas silenciosas finalmente cesaron, Kanao cerró los ojos y pidió un deseo. Deseó que el olvido llegará pronto.

Capítulo 25

—Las cortinas realmente te quedaron preciosas, cariño.

Dijo su tía Anahela, terminando de colocar la cortina que Kanao le había entregado esa mañana en la sala. No era gran cosa. Eran solamente un par de cortinas, en color rosa pálido, bordadas con flores.

Y combinaban perfectamente con el mantel de la mesilla del café que Kanao había bordado la semana pasada. Todo lo había hecho en colores claros y neutros, para tratar que el departamento de su tía luciera un poco más elegante ahora que su madre y su marido millonario venían frecuentemente a visitarlas. ¿Cuánto tiempo quedarían? Luisa y Eliot se habían marchado hacía días.

—Tu madre no quiere marcharse. Aunque no lo creas, extraña mucho el mar.

Kanao se enderezó y se ajustó el cuello. ¿Acaso su tía había leído su mente?

—Es bueno verla de nuevo. Aún me siento culpable por haberla abandonado.

—Cariño. Tu madre no te culpa por haberte ido.

Su tía se acercó y le levantó el rostro sujetándola por la barbilla.

>>—Tu eres una buena hija, la apoyaste en el momento en que más te necesitaba, pero eres libre de escoger donde quieres estar.

Kanao sonrió.

—Este es mi hogar.

—Lo sé, mi vida.

Ella la miró con un profundo sentimiento.

>>—¿Pero es realmente donde quieres estar?

Su tía la miró con determinación. Si alguien la conocía mejor que nadie esa era su tía. Kanao no pudo contestar. De hecho, desde que llegó a Honolulu, no había tocado el tema directamente con su tía, pero Kanao lo sabía a ciencia cierta. Ella sabía de su relación con Elizabeth.

Kanao ya parecía estar a punto de llorar; se le llenaron los ojos de agua y se le hincharon las mejillas. Su tía sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo ofreció.

>>—Ve a tomar un baño, cariño. Prepararé la cena.

Ordenó tranquilamente, dejando a Kanao ahí en medio de la sala, llena de sentimientos encontrados. Kanao permaneció un par de minutos ahí, intentando recomponerse, hasta que el timbre de la puerta la hizo salir de su ensoñación.

De todas formas, no se levantó rápidamente, ya que su tía ya se estaba aproximando a la puerta para abrirla. No fue lo que dijo su tía, sino la forma en la que giró el rostro para mirar a Kanao, que supo que algo andaba mal. Fue entonces que una figura conocida atravesó la puerta sin siquiera esperar la invitación de su tía.

—No, no puede ser.

Jadeó Kanao. Pero así era y allí estaba, junto a la puerta. Era difícil de creer, pero no había lugar a dudas. No era una alucinación, ni una pesadilla, era Elizabeth Macmillan en persona.

Kanao se quedó pasmada observando a la mujer que perturbaba sus sueños y dominaba sus pesadillas, parada enfrente de ella.

>>—¿Por qué estás aquí?

Elizabeth no dijo nada y se limitó a mirar a Kanao. Por su parte, Kanao no evitó su mirada. Mientras tanto, Anahela retrocedió varios pasos hacia atrás; esta no era su batalla y, a consideración de ella, era momento de que ambas aclararan las cosas.

Elizabeth dejó escapar un suspiro y miró a su alrededor. No esperaba ningún tipo de hospitalidad, pero nunca se imaginó en una situación como esta y no estaba segura de dónde seguir. O porque mierda había decidido venir, cuando se juró que nunca le rogaría. Como sea, Kanao fue la que reaccionó primero.

>>—¡No debiste venir!

Gritó Kanao mientras se apresuraba hacia su habitación.

<<*Otra vez, va a escapar*>>. No le extrañó en lo absoluto. Elizabeth la miró, con la cabeza ladeada. Si ella pensaba que podría escapar tan fácilmente, estaba equivocada. Asintiendo hacia donde Anahela se hacía la disimulada, Elizabeth siguió a Kanao.

Esta casa era sumamente pequeña como para llegar a su dormitorio en pocos pasos. Al menos asumía que era su dormitorio y era fácil deducir que era así por la decoración y por el aroma. Aspiró aire. Sí. Definitivamente era el aroma inconfundible de Kanao.

Al entrar en la alcoba, se dio cuenta de que Kanao siempre presintió que la seguiría. De hecho, hasta parecía un conejo rabioso en su madriguera preparada para defender su territorio.

Le encantó ver esa mirada. Había recobrado la luz de sus ojos. Aún recordaba cómo en los últimos días sus ojos siempre mostraron dolor y pérdida; ahora estaban brillantes y llenos de vida. El color había vuelto a su rostro y parecía más viva, más saludable que la última vez que Elizabeth la había visto. Elizabeth dejó escapar otro suspiro de alivio. Verla sana era una preocupación menos para su conciencia.

—¡¿Por qué viniste?!

Gritó Kanao, sus palabras mezcladas con ira. Elizabeth dio un paso más dentro de la habitación.

—Porque escapaste. Y me enviaste un mensaje. Creo que es cortés de tu parte permitirme el derecho de réplica.

Dijo Elizabeth con sarcasmo.

—Eso es…

Kanao luchó por pronunciar las palabras.

—Bueno, es justo. Todo delincuente tiene derecho a una defensa justa eso está garantizado en La Sexta Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos.

La luz de la luna brillaba en las esquinas de los ojos de Kanao. Miró a Elizabeth sin pronunciar una sola palabra, con el rostro tenso, pero había pocos indicios del miedo y la intimidación que había sentido antes.

>>—¿Realmente pensaste que huir como una cobarde a medianoche era la solución? En lugar de hablar conmigo primero.

Elizabeth abrió lentamente los ojos y, con paso mesurado, se acercó a Kanao. La pálida luz de la habitación iluminaba apenas el ambiente.

—No hui, regresé a casa. Este es mi hogar.

Kanao luchó por pronunciar las palabras.

—Bueno, decidiste regresar a donde siempre viviste, respeto eso. Pero, ¿enviarme un mensaje? ¿De verdad pensaste que eso sería suficiente?

Kanao miró a Elizabeth sin pronunciar una sola palabra, con el rostro tenso, pero había pocos indicios de vergüenza y preocupación. No obstante, estaba enfrentándola con valor.

—Lo siento.

Dijo Kanao, después de respirar profundamente y conjurar su confianza.

>>—En ese momento, no tenía la confianza para hablar con nadie.

—¿Por qué?

—Estaba tan cansada que lo único en lo que podía pensar era en regresar a casa y lamerme las heridas.

La voz de Kanao empezó a temblar. El recuerdo de ese día la hizo ahogarse y luchó por recuperar el aliento.

—¿Me sigues culpando?

Preguntó Elizabeth, su tono cada vez más agudo.

—No.

Dijo Kanao.

>>—Fui injusta. No eres culpable. Mi cerebro lo sabe, pero mi corazón…

—¿Qué? ¿Me odias ahora?

Elizabeth resopló.

—No, es eso.

Dijo Kanao, con la espalda recta y la barbilla en alto.

>>—Pero ahora veo todo con claridad.

Kanao señaló el espacio entre ellas.

>>—Esto no nos llevara a nada.

—En serio, ¿crees eso?

—Sí, todo lo que querías de mí era solo mi cuerpo y te lo di. No tenemos nada más.

—¿Tan superficial crees que soy?

Los ojos de Elizabeth se oscurecieron.

—Seamos sinceras, Elizabeth. No tenemos nada en común. Mis prioridades no son las tuyas y no somos compatibles en nada; salvo

en la cama.

Kanao sonrió con tristeza.

>>—Así que es mejor dejar las cosas como están. Vuelve a casa. Yo por mi parte me quedaré donde siempre debí estar.

Suspiró.

>>—Tal vez con el tiempo…

—¿Así de simple? ¿Cada una por su lado?

Elizabeth apretó los puños.

>>—¿Quieres que finjamos que nada sucedió?

Por primera vez, Elizabeth se quedó sin palabras. Sus manos recorrieron su cabello despeinado, rebosantes de energía nerviosa y un atisbo de temblor.

>>—Tú me amas, ¿no?

Preguntó, con la garganta seca mientras tragaba con fuerza, luchando por luchar contra el impulso de gritar de frustración. Kanao la miró fijamente cuando respondió.

—Ya no.

Dijo Kanao con calma. Cuando se encontró con los fríos ojos de Elizabeth.

—¿Tan superficiales fueron tus sentimientos que te deshiciste de ellos tan fácilmente?

A Elizabeth le resultaba difícil de creer; incluso con el comportamiento gélido de Kanao, le resultaba complicado identificar a esta mujer. ¿Era su Kanao? Sintió que quería reír incontrolablemente.

—No es así.

Kanao dejó escapar un suspiro.

>>—Mis sentimientos eran sinceros. ¿Pero qué caso tenía? Tu no me ofrecías nada. Mirando hacia atrás, me doy cuenta de que mi amor era una ilusión, construida sobre mentiras y engaños. No era más que una fantasía ingenua de una inocente y tonta isleña.

Dijo Kanao con calma.

>>—Me diste la espalda cuando más lo necesitaba porque estabas protegiendo tus intereses y gustos.

Atacó.

>>—No querías a mi bebé, pero aun así, me buscaste cuando todo el drama de Nicole Kidman se desató.

Un viento feroz soplaba por entre las ventanas abiertas. Elizabeth apenas lo sintió, pero mientras observaba a Kanao de cerca, luchaba por comprender la realidad de la situación. Kanao mantuvo la compostura, encontrando su mirada con serena determinación.

>>—Jamás me ofreciste amor, o la promesa de un futuro juntas. Así que sí. Me deshice de ese amor falso. Cada una iremos por nuestro lado.

Kanao habló en un tono natural y sonrió con una sonrisa brillante que hasta parecía sincera.

>>—Y en verdad deseó que encuentres lo que buscas. Tu padre es maravilloso y gracias a su política, ha ayudado a muchas personas. Sé que tú conseguirás cosas mejores. Y no necesitas una historia romántica para conseguir el apoyo de nadie. Escucha tu propia mente en lugar de a tus asesores.

Kanao dio un paso atrás.

>>—Te prometo que tendrás mi voto.

—¿Acaso quieres seguir jugando?

Gritó Elizabeth.

>>—Desde el principio supiste qué clase de persona soy. Y tú me amaste, Kanao, amaste a esa cruel mujer que todos criticaban. Esa mujer que fue capaz de engañar a su prometida y que era cruel con todos.

Rio con sarcasmo.

>>—¿De verdad no sabes distinguir a esa Elizabeth de la Elizabeth que de verdad te mostré solamente a ti? ¿Acaso eres ciega?

—¿Estás intentando decirme que eras diferente conmigo de lo que eres con todos los demás?

—¿Qué no fue obvio?

Kano negó con la cabeza.

—Creo que solamente vi lo que yo quise ver. Me ilusione.

Kanao permaneció serena y tranquila, sin una pizca de emoción en sus palabras.

>>—Nos engañamos mutuamente, Elizabeth. Cada una debe recordar quién es y volver a su lugar.

—Olvidarnos…

—Sí. Creo que es lo mejor para las dos.

Kanao miró a Elizabeth con ojos cansados; su rostro angelical parecía desgastado.

>>—Así que, por favor, regresa y olvídate de mí.

—Kanao…

—Esto es todo lo que me quedaba por decirte.

Kanao habló en un tono carente de emoción; Elizabeth sintió desprecio por parte de ella. Sintió cómo la insoportable agonía consumió sus sentidos y la dejó sintiéndose irracional. Mientras tanto, Kanao continuó deslizándose a un costado como si quisiera escapar.

Elizabeth rápidamente la sujetó por el antebrazo y la empujó hacia la pared más cercana.

—¿El fin para nosotras? No seas tonta.

Kanao intentó apartarla cuando el miedo surgió en su pecho.

>>—¿Qué importa dónde empezamos o cuáles fueron nuestras intenciones iniciales? ¿Eres tan tonta como para pensar que para mí, esto sigue siendo sexo? Si no me importaras no estaría hoy aquí.

Elizabeth se había vuelto loca y estaba derramando sus emociones.

>>—Si no sintiera nada ¿Crees que todo lo que hice por ti no tiene sentido?

—¡Suéltame!

Gimió Kanao, luchando contra el firme agarre de Elizabeth.

>>—¿Estás molesta porque no pronuncio las palabras? ¿Quieres más?

Elizabeth agarró con más fuerza el hombro de Kanao.

>>—¿Quieres otro hijo?

Ante esas palabras, Kanao la miró con horror.

>>—Puedo dártelo. Solamente tengo que comprarte esperma congelado y listo.

—¡Para!

Dijo Kanao al borde de las lágrimas.

—¿Amor? Está bien, si el amor es tan importante para ti, entonces te lo daré. ¿Eso funcionará para ti?

—¿Qué?

Kanao dejó de luchar.

—Prometo amarte, Kanao, te amaré en todas las formas que pueda, te daré hijos, te compraré todo lo que tu corazón desee, así que...

Una bofetada fuerte y repentina resonó en la pequeña habitación, cortando las palabras de Elizabeth.

Elizabeth, con la cabeza girada hacia la izquierda, se dio cuenta de lo que acababa de suceder. Quedó tan sorprendida que su estado de shock fue peor que el dolor en su mejilla que se extendió por el resto de su rostro. Kanao la había abofeteado con fuerza, haciéndola retroceder.

—¿Amor? En primer lugar, no tienes amor que darme.

A pesar de su enojo, Kanao hizo todo lo posible por perseverar y mantener la compostura y no soltarse a llorar. Cada palabra de Elizabeth fue como una puñalada al corazón.

>>—Si crees que amar es simplemente tratarme como posesión, mimarme cuando te conviene, comprarme regalos caros y cumplir mis caprichos, entonces quiero decirte que no tienes la menor idea de que es el amor y mucho menos llegaste a conocerme de verdad.

El enfado de Kanao era palpable.

>>—Tú no sabes amar, Elizabeth. Estoy empezando a dudar que amaste también a Nicole Kidman.

Las tranquilas palabras de Kanao parecieron cuchillos afilados. Elizabeth la miró con furia.

—Tú no sabes…

—¡Y no me interesa saber!

Gritó.

>>—No necesito nada de ti, Elizabeth, ni tu amor, ni tu atención, así que vuelve a Nashville y busca a alguien que esté más dispuesta a ser complaciente con tus gustos

—¿Hablas en serio?

Elizabeth todavía se frotaba la mejilla enrojecida. Kanao apretó el puño y levantó los ojos hacia los de ella. El rostro demacrado y el

cabello revuelto de Elizabeth, que era lo peor que había visto en su vida, la hacían parecer una persona completamente diferente. Parecía más delgada, ojerosa. Hasta ahora notaba que Elizabeth vestía un vestido arrugado, no traía maquillaje. La Elizabeth que ella conocía nunca actuaría de esa manera. Fue entonces que captó el olor a tabaco y a alcohol.

—Hablo más en serio que la persona que rompe sus promesas.

Kanao estaba decidida a vivir una buena vida, libre de Elizabeth y de cualquier dolor adicional que la mujer cruel y egoísta pudiera causarle. Ella creía que esta era la única manera de seguir adelante y vivir su vida al máximo.

>>—Lo digo en serio, ya no te quiero. ¿No entiendes lo que eso significa? ¿Querías una explicación? Aquí la tienes.

Recalcó cada palabra.

>>—No te quiero. No te culpo por la pérdida de mi bebé y te perdonó por todo. Ahora puedes irte en paz.

—Vaya…

Susurró Elizabeth, peinándose suavemente el cabello con los dedos, mientras la luz de la mesilla arrojaba un brillo resplandeciente en las profundidades de sus fatigados ojos cenicientos.

>>—Así que finalmente el conejo asustado enseñó las garras.

La voz ronca de Elizabeth atravesó la quietud de la habitación como un cuchillo punzante.

>>—De acuerdo. El juego será a tu manera.

Kanao permaneció en silencio, ya que no supo descifrar las palabras de Elizabeth. Por su parte, Elizabeth se alejó de Kanao, dejándola sola en la habitación. Kanao permaneció en la puerta, con la postura erguida y la espalda recta, hasta que escuchó los pasos de Elizabeth alejarse, para después escuchar la puerta de la casa ser cerrada bruscamente con un portazo. Todo había terminado.

Elizabeth se alejó de la casa de Anahela sin pensarlo dos veces y ni siquiera miró hacia atrás. Subió al vehículo rentado que había dejado aparcado frente a la casa y lo puso en marcha. Mientras esté aceleraba, en su cabeza más clara que nunca antes, Elizabeth comenzó a trazar su nuevo plan de vida.

Continuará…



Notas del autor

Sígueme en Facebook. Por favor. Te lo agradeceré eternamente.

https://www.facebook.com/profile.php?id=100065244660352

Para más información sobre mi o se mis próximos proyectos; sígueme

https://beraya.webador.mx/